

DESAGÜE

DIEGO RODRÍGUEZ
LANDEROS





DESAGÜE

Esta obra se realizó con el apoyo de la Fundación de las Letras Mexicanas a través del Programa de Becas y Formación para Jóvenes Escritores 2015-2017.

Coedición:
Secretaría de Cultura
Dirección General de Publicaciones
(Programa Cultural Tierra Adentro)
Fondo de Cultura Económica

Primera edición, 2019
© Diego Rodríguez Landeros
© Daniel Bolívar por diseño de portada

D.R. © 2019, de la presente edición:
Secretaría de Cultura
Dirección General de Publicaciones
(Programa Cultural Tierra Adentro)
Av. Paseo de la Reforma 175, Cuauhtémoc,
C.P. 06500, Ciudad de México

D.R. © 2019, de la presente edición:
Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho Ajusco 227
C.P. 14738, Ciudad de México

ISBN Secretaría de Cultura: 978-607-631-057-1
ISBN Fondo de Cultura Económica: 978-607-16-6534-8

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito de la Secretaría de Cultura/Dirección General de Publicaciones

Impreso y hecho en México/*Printed in Mexico*

DESAGÜE

DIEGO RODRÍGUEZ
LANDEROS



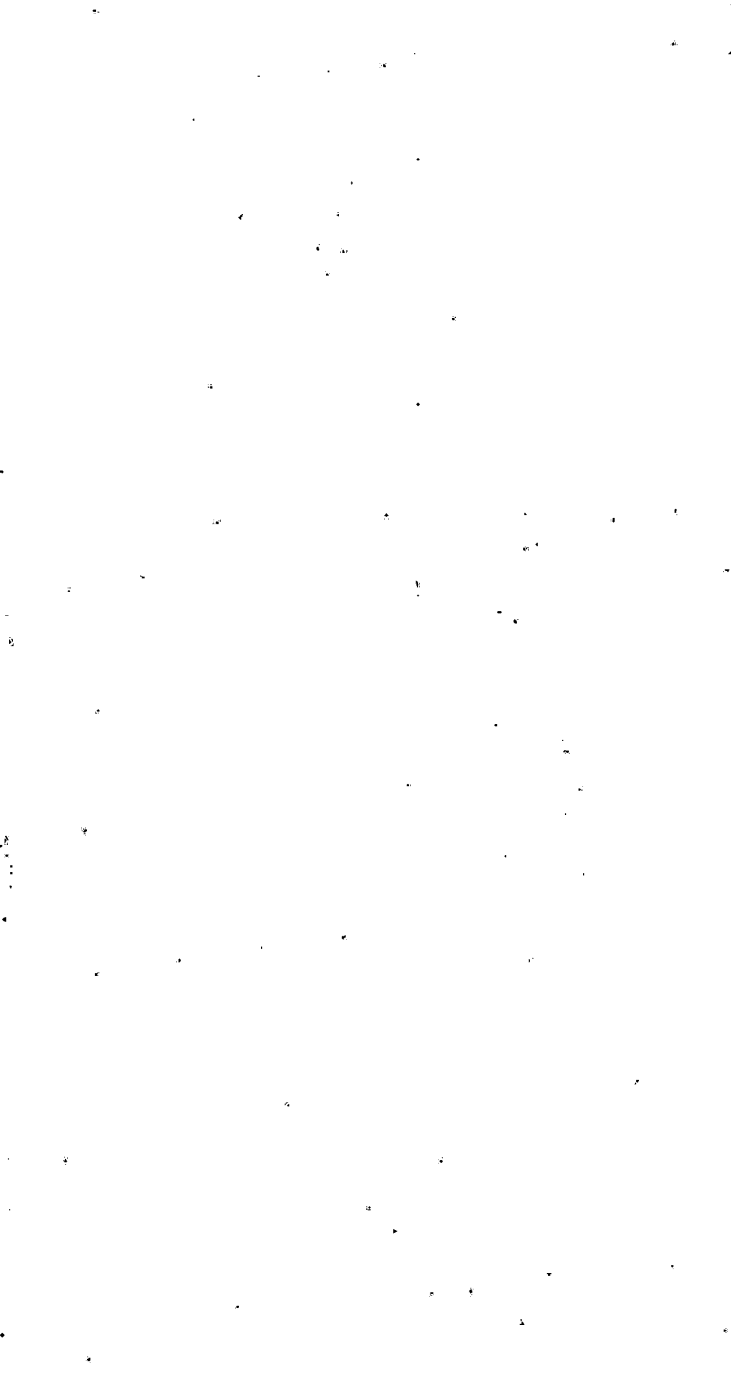
TIERRA DENTRO

ÍNDICE

EL KILÓMETRO CERO 15

LA HISTORIA DE DIOS 82

Apropiaciones 163



*Para mi madre
Gina Bernardette Landeros Pineda (20 de
mayo de 1957-1 de diciembre de 2018):
la risa, el canto, el baile, el dibujo,
la mirada, las palabras.*

Te encuentro en cada detalle de mi vida

Había visto bien el mundo: como una cloaca, en la que se desarrollaban las formas más hermosas y complicadas, si se miraba el tiempo suficiente, si se abandonaba la vista a aquella perseverancia microscópica. La cloaca tenía dispuestas las bellezas de la naturaleza para la mirada aguda, para la mirada revolucionaria. Pero seguía siendo una cloaca. Y quien la mira mucho tiempo, la mira durante decenios, se fatiga y muere y/o se precipita en ella de cabeza.

THOMAS BERNHARD, *EL FRÍO*

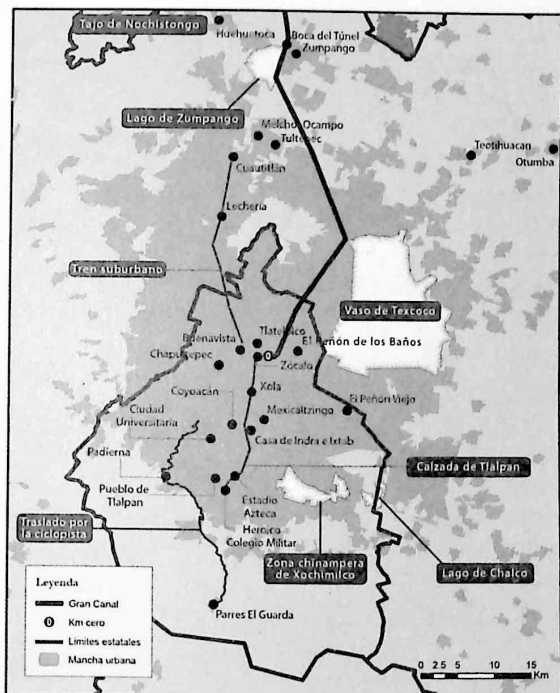
ZONA LACUSTRE DE LA CUENCA DEL VALLE DE MÉXICO



Proyección: Cónica equidistante de Alberts

Autor: Sebastián Estremo Paredes

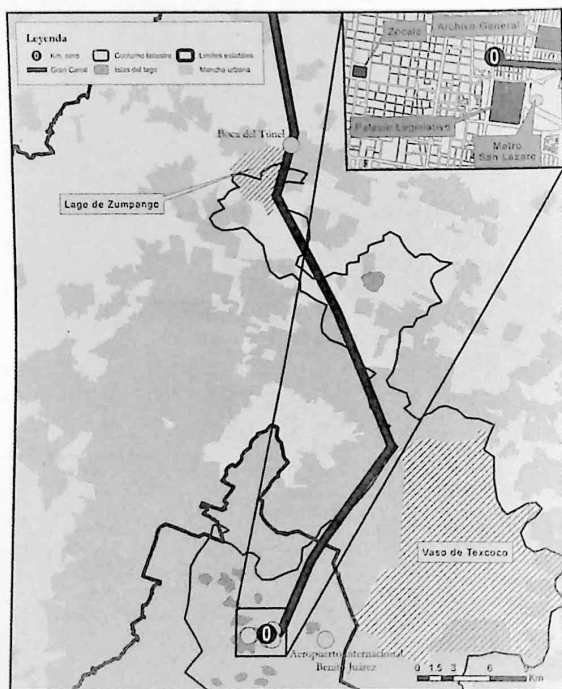
MANCHA URBANA DE LA CIUDAD DE MÉXICO Y SUS ALREDEDORES



Proyección: Cónica equidistante de Alberts

Autor: Sebastián Estremo Paredes

EL GRAN CANAL DEL DESAGÜE DEL VALLE DE MÉXICO



Proyección: Cónica equidistante de Alberts

Autor: Sebastián Estremo Paredes

EL KILÓMETRO CERO

*Y te diré otra cosa: no existe nacimiento
de ninguno de los seres mortales ni tampoco
un fin en la funesta muerte.*

EMPÉDOCLES, *DE NATURA*, FRAGMENTO OCHO

I

Aspiren el humo y aguarden. Con mis dos caras, cuatro ojos y dos bocas contaré algo. Yo lo sé todo; conozco lo ocurrido, los hechos verdaderos y falsos, las quimeras que he inventado. Yo mismo soy una. Escuchen. Pierdan su mirada en las formas ascendentes del humo y vean surgir de ellas los contornos de la historia. Imaginen cómo se dibuja el kilómetro cero del Gran Canal del Desagüe del Valle de México. Vean a un hombre joven, alto y esbelto acercarse, caminar por la avenida. Sabía que al llegar a ese sitio comenzarían los peligros, el descenso. Es lo único que ustedes necesitan saber. Aspiren de nuevo, escuchen.

Era de mañana y él estaba a punto de arribar al Gran Canal del Desagüe, decidido a recorrer los 47.5 kilómetros que se extienden a partir de ahí, sinuosos como el cuerpo de una víbora, hasta la desembocadura, en Zumpango. Como alguien que espera convertirse muy pronto en un indigente cuya existencia se precipitará por peldaños oscuros, estaba dispuesto no solo a andar esa distancia, sino a saltar, como lo hizo ella, desde lo alto de un parapeto hacia el vacío, a la boca del túnel que ruge monstruosamente al tragarse las aguas negras del Valle de México.

Por primera vez en su vida se hallaba en el inicio de algo que podría registrar en cada uno de sus aspectos, y eso le produjo una sensación parecida a la felicidad o a la esperanza, pese a encontrarse en el periodo postrero de su existencia, en las vísperas de la muerte.

¿Cuánto tiempo necesitaría para llegar a su destino?

No tenía prisa, pero caminó con mayor velocidad las últimas cuadras. En la avenida Congreso de la Unión vio a una docena de personas congregadas alrededor de ollas humeantes de tamales y atole. Lucían con frío y sueño, y, entre dientes, con voces apenas audibles, se gastaban bromas pesadas o se insultaban, como si hablar y masticar fuera un pretexto para mostrarse los colmillos. Vio también montículos de basura, perros dormidos y vagabundos que platicaban acerca de la vigilia nocturna que, como hombres prehistóricos en bosques poblados de fieras, tenían que mantener para evitar los ataques de los monstruos urbanos, sus embestidas silenciosas y mortíferas.

—La ciudad está infestada de fieras —escuchó decir a uno de ellos.

Entonces pensó que él mismo, al igual que esos hombres sucios, tendría que poner en práctica recursos de todo tipo para hacer frente a la Bestia ofídica del Gran Canal.

Se acercó decidido hacia el monstruo del desagüe, como si emulara al dios Indra del *Rgveda*, quien con su rayo fulminante atacó a la serpiente nebulosa que retenía las aguas y, al matarla, hizo correr esas aguas hacia el mar, hizo nacer al sol, al día y a la aurora. La consecuencia inesperada fue que el líquido emanado de la víbora se tornó incontenible. El dios huyó y atravesó los 99 ríos navegables, perseguido por la sombra de la criatura o por su propia sombra, pues el terror que lo embargaba le impedía discernirlas.

Pero él, que avanzaba por la calle, no era ninguna divinidad ni tenía planeado luchar contra el monstruo. Lo único que deseaba era recorrer el Canal e imitar a su novia suicida. Si guardaba una semejanza con el dios era que él también iba rápido, huyendo de su propia sombra.

III

Esta historia comienza (es un decir, porque ninguna historia nace en un punto localizable, sino que corre oculta desde tiempos imprecisos y, de repente, eclosiona, despliega sus viscosos tentáculos, se alimenta de formatos diversos, muta, sigue avanzando, se repliega, intermite) en el kilómetro cero del Gran Canal del Desagüe, obra con la que Porfirio Díaz consumó el proyecto virreinal de drenar el Valle de México, limpiar los estancados albañales de la capital y conjurar para siempre las inundaciones y la insalubridad.

Ahí, bíblicamente legitimado como patriarca de la nación, el 17 de marzo de 1900 el general Díaz dominó su propio Mar Rojo y anunció frente a políticos y periodistas que conduciría a su tribu a la tierra seca del progreso y la modernidad. Ahí, en ese kilómetro cero de prosapia porfiriana, empieza la historia que él (llamémosle Indra, en homenaje al dios; de la misma manera que a ella la llamaremos Ixtab, en recuerdo de la diosa maya del suicidio) planeó largo tiempo en su habitación iluminada por el resplandor acuoso de la computadora. Un resplandor que lo hacía sentir como buzo dentro de un acuario poblado de criaturas desconocidas que lo rozaban y desaparecían en sus cuevas.

Pero los monstruos auténticos no desaparecen, pensaba Indra, solo se esconden y, como los perseguidos o las pesadillas, saben que el mejor refugio es siempre el más visible. Así lo entendía la serpiente gigantesca del Gran Canal, que con su cabeza puesta en el kilómetro cero logró permanecer ignorada durante décadas. Sin embargo, ahora basta un celular con acceso a Google Earth para que cualquiera la observe desde su habitación, como si espicara a un animal tras una vidriera.

Indra la veía y en ocasiones se asustaba con la imagen de su propio rostro reflejado en la pantalla. La insólita figura de la Bestia era una máscara detrás de la cual él se agazapaba.

En el *Diccionario ilustrado de seres fantásticos* que Indra había fotocopiado en la biblioteca de la universidad y que ahora hojeaba desesperadamente sobre su escritorio lleno de libros, papeles arrugados, vasos sucios y ropa usada, Massimo Izzi asegura que un monstruo es un ser creado por los hombres como expresión de una exigencia simbólica de la psique que no encuentra plena correspondencia en ninguna reali-

dad conocida. Una definición que sirve también para esta historia que inicia en el kilómetro cero del Gran Canal, aunque los inicios verdaderos no existan, sean solo ficciones, mentiras útiles, marcas convencionales para no sentir que se navega en el infinito.

IV

¿Y si todo fuera en verdad una ficción? ¿Y si Indra no hubiera llegado aquella mañana, después de meses de planeación, al kilómetro cero? ¿Y si Ixtab jamás se hubiera suicidado ni se hubiera mudado con Indra al departamento que él terminó habitando en soledad, presa fácil del caos mental y la entropía? ¿Y si ambos no se hubieran enamorado, si en la universidad no se hubieran detenido en el mismo sitio el día en que se dirigieron la palabra por primera vez? ¿Si desde meses atrás no se hubieran encontrado, como dos desconocidos, en las mismas aulas, ni hubieran elegido matricularse en la misma facultad? ¿Y si ambos no hubieran nacido?

¿Y si Porfirio Díaz, como una estrategia de poder, no hubiera construido el Gran Canal del Desagüe, ni nunca nadie hubiera tenido la idea de secar los lagos del Valle de México para construir encima de ellos una ciudad de estilo occidental? ¿Y si el Imperio azteca no hubiera sucumbido al acero español, si la mañana del 13 de agosto de 1521 los habitantes de Tenochtitlan, en lugar de presenciar el fin de su mundo, se hubieran levantado, como de costumbre, de sus esteras, hubieran atado sus sandalias y se hubieran dirigido a sus actividades cotidianas; si ese día las canoas hubieran surcado las aguas con la parsimonia de siempre? ¿Y si los aztecas, recién llegados al Anáhuac, no hubieran supe-

rado su origen chichimeca; si hubieran permanecido entre los juncos de su islote, semidesnudos, comiendo zancudos y rindiendo pleitesía a sus vecinos; si Iluitzilopochtli, el deforme colibrí zurdo, no les hubiera dicho, con terquedad y valentía: “Aquí estaremos, dominaremos, esperaremos, nos encontraremos con las diversas gentes, pecho y cabeza nuestros; con nuestra flecha y escudo nos veremos con quienes nos rodean, a todos los conquistaremos”?

¿Y si Quetzalcóatl, siglos antes, no hubiera abandonado Tula; si su permanencia hubiera evitado que las tribus chichimecas invadieran el Valle de México y se asentaran en las orillas de los lagos, poblando lentamente esta región que colinda con la aurora y el ocaso? ¿Y si los volcanes no hubieran tapado, con lava y cenizas, las salidas naturales de drenaje en este valle que se convirtió en una cuenca donde el agua de las montañas se acumuló y formó los lagos de Chalco, Xochimilco, Texcoco, Xaltocan y Zumpango? ¿Cómo sería esta historia? ¿El Valle de México, con su Gran Canal del Desagüe, con sus monstruos y pobladores suicidas y locos, sería una geografía fantástica? ¿Sería falso lo que ahora les cuento?

V

Quizá todo inició la noche (Ixtab ya estaba muerta) que Indra descubrió que, visto desde una toma aérea de Google Earth, el kilómetro cero del Gran Canal revelaba su naturaleza de criatura mutante, mezcla de ciempiés, cucaracha gorda y víbora; las patas, 14 de cada lado, eran tuberías simétricas que emergían del suelo. Esa parte, correspondiente al torso y a la cabeza,

era la más ancha. Más allá del kilómetro cero, la anatomía se angostaba y adquiría el aspecto del rabo de un alacrán, un trilobites o un espermatozoide que fecundaba al óvulo tumefacto de la urbe.

A la noche siguiente, con mayor detenimiento, Indra vio en la pantalla cómo el monstruo, entubado y bajo tierra, surcaba la ciudad como la cicatriz de una cirugía mal suturada. En la frontera con Ecatepec, la criatura se intersecaba con el cauce tóxico del río de los Remedios y emergía a cielo abierto para mostrar su brillo azogado que distorsionaba el reflejo sucio de las nubes. Tomando despreocupadamente el sol como los reptiles, cruzaba sin pudor los interminables suburbios del norte, se llenaba de basura, pasaba por debajo de avenidas elevadas, se alimentaba de tuberías y se internaba en un paisaje híbrido de asfalto roto, polvo, árboles escuálidos, milpas, chabolas y cementerios de autos.

En Zumpango, a un costado de la laguna, la cola del animal desaparecía en la boca de un túnel labrado en el seno de un anfiteatro, pirámide invertida con escalinatas, rellanos y explanadas. Vista desde la toma satelital, esa construcción, más parecida a un templo pagano que a una cañería, hizo pensar a Indra en la arquitectura de una civilización hierática y atroz.

Conocía muy bien ese edificio, llamado Caja Colectora. Fue ahí donde Ixtab saltó. ¿Cómo había iniciado todo? Indra se concentró en la pantalla y con el cursor desanduvo su recorrido virtual por el Gran Canal del Desagüe. Llegó al kilómetro cero e hizo un acercamiento en esa área del mapa.

A partir de entonces lo vigiló en las madrugadas. Escrutaba cada segmento torácico, cada par de patas. Los revisaba para comprobar que nada cambiara o se moviera, aunque bien visto eso fuera imposible, pues

el monstruo parecía muerto, fosilizado en medio de capas geológicas de ciudad. A veces, frente al monitor, Indra pensaba que él mismo era como Bjarne Sjöstrand.

Sjöstrand fue un solitario que nunca subía las persianas de su departamento de Estocolmo. Iluminado únicamente por el resplandor mortecino de las pantallas, examinaba día y noche imágenes de Google Earth para encontrar indicios del monstruo del lago Ness. La concentración que la tarea requería le sirvió durante años para ahuyentar las inclinaciones autodestructivas que, como una bandada de pájaros, revoloteaban sobre su cabeza de hombre atormentado.

En 2014, sin comprender muy bien por qué participaba en algo tan opuesto a su habitual ostracismo, Sjöstrand ganó el concurso “Mejor avistamiento anual del monstruo del lago Ness”, organizado por la casa de apuestas William Hill. El premio, entregado por Gary Campbell, experto mundial en Nessie, consistió en dos mil libras esterlinas y una estatuilla de bronce, efigie del monstruo, que el escultor representó con un cuerpo gordo, pequeñas aletas laterales, cuello ondulante y una cabecita cuya jeta mostraba una sonrisa alucinada y ambigua. La imagen galardonada fue el acercamiento de una toma de Google Earth donde se alcanza a ver, muy lejano y en un enrarecido tono verde, algo parecido a un fideo de aproximadamente 20 metros de largo. La criatura tiene ahí un aspecto filiforme o vermicular coincidente con la tradicional iconografía de Nessie, que suele imaginarse como un plesiosaurio desgarrado.

Meses después de la premiación y de padecer una moderada fama en ciertos círculos criptozoológicos que detestaba por considerarlos frívolos y lenguaraces, Sjöstrand se ahorcó en el baño de su departamento, aniquilado por los reflectores, las entrevistas y sus

fotografías en portales de internet. Nunca se perdonó el haber mostrado al público su revelación solitaria del monstruo.

Antes de morir, envió un escueto correo electrónico a Gary Campbell que terminaba con las siguientes palabras: "Hemos encontrado una huella extraña a orillas de lo desconocido. Hemos concebido teorías profundas, una tras otra, para justificar su origen. Finalmente, logramos construir a la criatura que había dejado esa huella. ¡Y he aquí que éramos nosotros!" Campbell, con su característica indiscreción, publicó el mensaje en su sitio web y la noticia se extendió con rapidez.

Una noche, envuelto por el silencio de su cuarto, Indra intentó recrear las últimas horas de Sjöstrand preguntándose si algún día tendría el valor suficiente para hacer lo mismo.

"Es cierto que me parezco a él —reflexionaba—. Desde hace algún tiempo soy un solitario buscador de monstruos que, extraviado en su propio laberinto, se descubre con desconcertante frecuencia al pie de la senda de los suicidas. Una senda que intuyo erizada de cardos, pantanosamente dubitativa, guarnecida por macizos cuarteles de rabia, fosas sin fondo, frondas inesperadamente hermosas y en cuyo final, a orillas de lo desconocido, con toda seguridad ruga un monstruo que soy yo mismo."

Eso imaginaba Indra cuando pensó tener motivos válidos para recorrer la senda, que sería el Gran Canal del Desagüe: comenzar en el kilómetro cero y terminar en Zumpango. Una caminata de varios días durante los cuales decidiría matarse, como lo había hecho Ixtab en el túnel, o simplemente no hacerlo. Una oportunidad para deliberar.

Esta historia comienza en el kilómetro cero del Gran Canal del Desagüe, pero también podría hacerlo mucho antes porque Indra sabía que no era el primero en ver monstruos en la cartografía hidrológica del Valle de México. En la primera mitad del siglo xvii, un holandés que realizaba actividades de espionaje en la Nueva España advirtió que los lagos, ríos y arroyos de esta geografía conformaban la figura de la Bestia del Apocalipsis.

Se gozaba entonces de la llamada tregua de los 12 años, intervalo de paz en la sangrienta guerra de Flandes, conflicto que culminó en 1648 con la independencia de los Países Bajos con respecto al yugo de la Corona española. El rey Felipe III contrató al ingeniero holandés Adrian Boot para que viajara a México a inspeccionar el desagüe de la cuenca que desde 1607 dirigía un sabio y enigmático extranjero llamado Enrico Martínez.

En esas mismas fechas se construía en Ámsterdam el impresionante sistema de canales en forma de abanico que todavía hace merecer a esa ciudad el título de La Venecia del Norte. Ante ese ejemplo prodigioso de convivencia urbana con el agua, era comprensible pensar que un ingeniero neerlandés daría una opinión adecuada, o incluso una solución a las inundaciones que azotaban la Ciudad de México, capital de piedra engastada en el centro de un refulgente lago.

A Felipe III lo conocían como El Piadoso, y no le alcanzó la suspicacia para ver que Adrian Boot era un agente secreto al servicio de los protestantes independentistas y los piratas holandeses. Ordenó que se le pagara al ingeniero la elevada suma de 100 ducados al mes a partir de julio de 1613. Boot llegó a México en septiembre de 1614. El 17 de noviembre visitó por

primera vez las obras del desagüe, que descalificó (“no valen nada”, sentenció) por considerarlas onerosas y plagadas de defectos técnicos. El ambicioso proyecto del desagüe consistía en drenar, por medio de un tajo a cielo abierto y un enorme túnel, los lagos del Valle de México.

Boot propuso conservar el entorno acuático como una estrategia para evitar el hundimiento del terreno y salvar los edificios, a la manera de lo realizado en Ámsterdam. También proyectó la construcción de un dique que contuviera el agua de los lagos adyacentes a la capital del virreinato, el trazado de calzadas, la apertura de canales de mampostería para la navegación urbana, el funcionamiento de esclusas, compuertas y de máquinas como las que se usaban en Holanda para expulsar el líquido sobrante y utilizarlo en la irrigación de huertos. De esta manera la Ciudad de México sería “maestre y señora del agua”.

El ingeniero realizó su mapa del monstruo hidrológico del Valle de México, conocido hoy gracias a que el viajero Giovanni Francesco Gemelli Careri lo copió y publicó en Nápoles en 1700 con el título *Hydrographicamelo Mexicano rappresentato nelle sue Lacune*, por su evidente semejanza con la silueta de un camello. Boot, sin embargo, identificaba en esa figura a la Bestia del Apocalipsis de san Juan.

El 15 de julio de 1637, con ojos estrábicos, saliva blanca en las comisuras de la boca y cargando en los brazos gran cantidad de papeles, mapas y cuadernos, Boot irrumpió violentamente en una sesión del Ayuntamiento para mostrar a los funcionarios su descubrimiento del monstruo satánico.

Extendió sobre una mesa el mapa y, señalando ciertos puntos, explicó que el lago de Chalco era la

cabeza y el cuello de la criatura; la laguna de México, el estómago; los pies, los cuatro ríos del poniente; las alas, los ríos de Texcoco y Papalotán; la cola, las lagunas de San Cristóbal y Xaltocán; la cornamenta, los ríos de Tlalmanalco y Tepeapulco.

—Y lo que no se discierne con claridad son las babas de la Bestia —dijo volteando a ver a cada uno de los miembros del Ayuntamiento, quienes, asustados y boquiabiertos, empezaron a considerar la posibilidad de que el holandés tuviera razón.

Alterado y nervioso, aunque satisfecho de sí mismo, Boot guardó el mapa y abrió un cuaderno donde estaban trazados unos cálculos esotéricos. Mostrándolos, afirmó haber puesto números a las letras de los 10 reyes aztecas para comprobar que sumaban 666.

Con una voz alta y desgarrada que mezclaba el tono autoritario del clarividente con el terror del condenado, advirtió que los mexicanos vivían en el seno de la Bestia, y que, si proseguían con el plan de secarla, ella se vengaría y lo destruiría todo.

Fue esa actitud demencial la que causó que las autoridades rechazaran definitivamente su proyecto y que el 17 de septiembre de 1637 el Santo Oficio, blandiendo la doble acusación de herejía y espionaje, se presentara en su casa, confiscara sus bienes y lo encarcelara en el Colegio de la Compañía de Jesús hasta el 19 de abril de 1638, fecha en que fue liberado y en que se le vio por última vez. Nadie sabe si murió en México, si regresó a Holanda burlando las aduanas novohispanas, si se suicidó o si, por algún extraño fenómeno, se hizo pequeño, igual que los lagos, hasta dejar de existir.

Ninguna historia inicia en un punto localizable. Identificar el principio de algo es tan imposible como encontrar su final; al menos como ecos o reflejos, las cosas subsisten: transportadas por la luz, las imágenes de todo lo que ha sido viajan por algún lugar del cosmos, como el brillo de las estrellas extintas.

Bajo una gigantesca lápida de asfalto, ensalitrando cimientos de edificios y apareciendo en excavaciones de poca profundidad, los lagos desecados del Valle de México chapotean todavía en su lodo terco. ¿Algún día sucederá el acontecimiento postrero, el final absoluto de una historia, el pequeño o gran hecho detrás del cual no habrá ya una gota de nada, un comentario o frotamiento que engendre chispas nuevas, la insinuación de algún rizo o cauce o ciclo o atisbo: nada?

Indra se lo preguntaba en la soledad de su habitación y pensaba en el suicidio, única manera, tal vez, de propiciar lo postrero, convocarlo, entrar —salir— al vacío, al cero, a la inexistencia total.

Pero la muerte, incluso la infligida por mano propia, es un final engañoso, pues supone que la vida depende de la propia existencia. Los alarmados discursos sobre el fin del mundo son mendaces porque su preocupación verdadera y focalizada es el hecho, quizá inevitable, de que los humanos se extingan. No toman en cuenta —no les importa— que una variedad alucinante de organismos medrará en los miasmas de la catástrofe apocalíptica. La vida seguirá su metástasis cuando el cáncer mate a los hombres, como sucedió tras la desaparición de los dinosaurios, aunque mucha gente afirme que todavía viven. Con base en criterios filogenéticos, los científicos aseguran que, transformados en aves, los dinosaurios

aún habitan la tierra. Los criptozoólogos como Gary Campbell tienen fe en los plesiosaurios contemporáneos.

Aun si las cosas acabaran, es necesario reconocer que no lo hacen cuando se cree, sino tiempo después, tras procesos improbables de tan largos. "Desaparecer" no significa dejar de existir sino pasar a un lugar que se desconoce, perderse en los intrincados callejones del mundo y languidecer en sus rincones.

Adrian Boot fue visto por última vez el 19 de abril de 1638. No hay registros posteriores. Ni siquiera en los puntillosos archivos de la Compañía Holandesa de las Indias Occidentales, para la cual Boot trabajaba como espía. Pero sería falaz decir, como muchos lo hicieron, que murió en esa fecha. Sostener que algo o alguien, cualquier persona, ser vivo, monstruo o especie está muerto, sin tener evidencias contundentes para probarlo, es un homicidio perpetrado con el pensamiento.

Muchos sospecharon que Boot enloqueció. Es posible imaginarlo en medio de una crisis mental cuando salió de su reclusión en el Colegio de la Compañía de Jesús. En un intervalo lúcido arregló los trámites de su libertad y después, víctima del delirio, se lanzó a los caminos que conducían a los lagos y vagó durante tiempo indeterminado por las riberas. Subió a los cerros (¿el de Tenayo, los de Tacubaya?) y, desde las alturas, buscó los contornos de la Bestia en los cuerpos de agua. La vio moverse, despertar; la oyó gruñir. Decidido a no regresar a la ciudad ni a su país natal, pernoctó en cuevas y muy pronto adquirió el aspecto de un indigente.

Metamorfoseadas por la mugre, la intemperie y la locura, miles de personas continúan con sus vidas aun cuando se les da por muertas. Un Wakefiled en cada ausente, cada desaparecido. Wakefield, el personaje de Nathaniel Hawthorne que, argumentando un viaje, se

despidió una mañana de su esposa y alquiló una habitación en la calle de al lado, donde permaneció oculto por más de 20 años, hasta que una noche, cuando su nombre había sido ya borrado de todas las memorias, regresó tranquilamente al hogar y pasó el resto de sus días con su mujer, que nunca le recriminó el abandono.

Y es que nada se puede hacer cuando lo que se da por muerto reaparece: la tristeza, las alucinaciones, el cáncer, los dinosaurios, las inundaciones en un valle desecado con tenacidad a lo largo de los siglos, los recuerdos olvidados, los templos de una civilización sepultada, los inicios forzosos cuando se creía haber terminado. Ninguna historia comienza en un punto específico ni acaba en otro. Solo resta calentar el agua para el té por si alguien regresa esta noche a casa.

VIII

Indra sabía que Ixtab no podría regresar porque la vio irse como un pez dorado en un retrete. Pensaba que él la había abandonado y no al revés. La vio partir y no fue capaz de emprender el viaje oscuro junto con ella, un viaje lleno de umbrales maravillosos. Primero el de la boca del túnel, luego el de la asfixia, después el de la putrefacción.

La historia de Ixtab no acabó con el salto, sino que continuó por cauces que él desconocía. A menudo imaginaba el cadáver avanzando entre la espuma tóxica del río Tula, la mordedura de los zopilotes en la piel reventada. Tal vez el cuerpo se había reunido con otros que, inflados y azules, flotaban en algún recodo como si estuvieran en una silenciosa y amarga fiesta de alberca.

Esos pensamientos le provocaban pesadillas. A

menudo soñaba que estaba en un país cuyos ríos arrastraban cuerpos humanos en lugar de troncos. Desiertos, selvas, estepas, bosques y valles pétreos atravesados por un sistema hidrológico rebosante de cadáveres. Pero los muertos no estaban del todo muertos, eran zombis dormidos y él, Indra, era un espía que debía obtener información sobre su comportamiento y permanecer lo más quieto posible para no despertarlos. Su trabajo consistía en flotar con ellos desde las montañas heladas, pasando por deltas y manglares, hasta llegar al mar, donde barcos tripulados por gente viva surcaban las aguas, buscando a los espías que habían mandado al país de los zombis. Cuando por fin encontraban a alguno de los suyos, lo subían a cubierta, lo alimentaban, aseaban, curaban y le pedían que redactara un informe que explicara las causas y consecuencias del fenómeno zombi.

Un buen día, después de semanas de flotar en el océano, Indra veía que un barco se acercaba a él, pero en vez de sentirse a salvo, se angustiaba, pues durante toda su misión había buscado, entre millones de cuerpos, el de su novia y no pensaba irse sin antes abrazarla. Decidido, nadaba en dirección contraria a la nave, en sentido opuesto a la salvación. Lo hacía con tanta fuerza que muy pronto el barco se hacía pequeño y desaparecía en el horizonte. Indra quedaba en medio de la nada, rodeado de muertos vivientes que de un momento a otro podían abrir los ojos.

Al despertar de esos sueños, Indra sentía nostalgia y el cuerpo adolorido, como si hubiera nadado kilómetros entre sargazos. Recordaba que tenía meses sin moverse de su cuarto, sin visitar a ningún conocido, como si estuviera en una jaula y fuera un animal cuyos músculos, atrofiados y deprimidos, pidieran a gritos

algún esfuerzo. "Sería buena idea salir, cansarme, sudar, incluso experimentar dolor, sobre todo si quiero estar preparado para recorrer a pie el Gran Canal."

Fue así como decidió realizar viajes nocturnos en bicicleta, paseos dentro de la urbe cada vez más lejanos y cansados y que en ocasiones le borraban de la mente la idea del suicidio. Pero al regresar a su habitación, casi al alba, poseído por imágenes terribles de la ciudad oscura, la idea lo atrapaba de nuevo y las pesadillas volvían, porque las pesadillas, como los monstruos, no desaparecen, y eso Indra lo sabía muy bien.

IX

La primera noche que Indra salió a andar en bicicleta, los monstruos del suicidio lo persiguieron. Parecían una manada de perros cazadores. Pedaleó con velocidad por los senderos silenciosos y arbolados de su barrio con la intención de perderlos. Tras algunos giros inesperados en las esquinas, creyó haberlo conseguido. Las calles estaban vacías.

El alumbrado público, más que iluminar, injertaba trozos rotos de luz en la negrura. Entre las copas de los árboles, los faroles brillaban como soles diminutos, transidos y confinados a pequeños sectores de hojas verdes y lustrosas. Alrededor, las ramas alzaban un imperio de oscuridad que se extendía hacia el cielo y la noche inabarcables.

Indra abandonó la retícula de calles serenas donde la paz doméstica de los vecinos dormía tras las bardas y cerraduras de las casas. Cruzó un par de avenidas anchas y desoladas, y llegó a las cercanías del Metro Taxqueña, al paradero de autobuses que a esa hora de

la madrugada parecía abandonado. Ahí, ocultos en las sombras, los vagabundos pernoctaban.

Mientras recorría esa zona lúgubre, llena de ratas y puestos de comida cerrados, reflexionó en las maneras posibles de ocultarse en la ciudad. Pedaleó frente a un grupo de indigentes dormidos bajo un puente peatonal. Pensó que ellos, mimetizados con la basura, conseguían sustraerse del campo visual de los demás, incluso de la vigilancia conjunta de los policías y los criminales.

Indra advirtió que, en la oscuridad, ocultos entre pedazos de cartón y harapos, varios pares de ojos lo espían.

Como Jano, el dios bifronte de los romanos, deidad de las puertas, de los inicios y los finales, de las entradas y las salidas, los indigentes permanecen gran parte de sus vidas divididos, a caballo entre dos realidades, con una pierna dentro del umbral y la otra afuera. Hasta que cierto día el lado oscuro los reclama y los abduce sin posibilidad de retorno.

Adrian Boot debía trabajar en dos frentes para que su misión fuera exitosa. Por un lado, al servicio de la Compañía Holandesa de las Indias Occidentales (empresa cuya función era obtener, valiéndose de todo tipo de argucias y piraterías, el monopolio comercial de esclavos y mercancías en América), tenía que infiltrarse en los altos círculos novohispanos y obtener información referente a la infraestructura de las ciudades y puertos virreinales.

Por otro, contratado por Felipe III, debía dar su veredicto sobre las obras del desagüe del Valle de México, prestar sus trabajos de ingeniero en cualquier otro asunto que se requiriera y mostrarse, ante la incansable vigilancia del Santo Oficio, como un católico ejemplar y fiel servidor de la Corona española. Del cumplimiento de una tarea dependía la otra. Al final, sucumbió a la

locura de la Bestia lacustre, que muy probablemente lo devoró en 1638 o años más tarde. Sin embargo, antes de eso el espía e ingeniero holandés tuvo oportunidad de hacer otras cosas.

“¿Yo finjo estar vivo y ser normal cuando en realidad me encuentro del lado de los muertos, los locos y los indigentes?”, se dijo Indra tras abandonar el paradero de Taxqueña. Al llegar a Calzada de Tlalpan, surcada por furiosos camiones de carga y automóviles que sobrepasaban los límites de velocidad permitidos, giró a la derecha y siguió la dirección del tránsito hacia el norte o, mejor dicho, hacia el centro de la ciudad.

En tiempos prehispánicos, la Calzada de Tlalpan se llamaba “de Iztapalapa”. Era la única vía por la cual se podía acceder a Tenochtitlan desde el sur, lo cual garantizaba una defensa segura contra posibles invasiones. Fue construida a mediados del siglo xv con arcilla, piedras y pilotes de madera. Comenzaba en el Templo Mayor, se adentraba en el lago de Texcoco por más de ocho kilómetros y luego se bifurcaba hacia Mexicaltzingo y Coyoacán. Una calzada recta que dividía el agua. El camino que Hernán Cortés, sus hombres y sus caballos recorrieron cuando entraron a Tenochtitlan, la ciudad que meses más tarde ellos mismos destruirían.

Veinticuatro años antes de enloquecer, Adrian Boot recibió el encargo, por orden directa del virrey marqués de Guadalcázar, de construir el fuerte de San Diego en Acapulco, puerto a donde llegaba el Galeón de Manila, también llamado Nao de China. Encargo irónico si se toma en cuenta que Boot era colega y paisano de los piratas holandeses que a principios de 1615 desembarcaron en las costas de Salahuá.

En Acapulco, Boot proyectó un edificio pentagonal con murallas irregulares. En noviembre de 1615 se

inició la fortificación, que tuvo forma asimétrica para adaptarse al terreno. Cuando se concluyeron los trabajos, se dispuso que la fachada de acceso ostentara, tallados en piedra, un globo terráqueo con las columnas del *Plus Ultra* y una efigie del dios Jano.

Avanzando en su bicicleta, Indra pasó frente a la estación del Metro General Anaya, nombrada así en honor a un militar y presidente mexicano que en 1847 luchó contra los invasores norteamericanos en el Ex-convento de Churubusco. Al ver el icono de la estación (un hombre parado junto a una pieza de artillería) Indra se preguntó si después de la caída de Tenochtitlan la traza urbanística de la Ciudad de México conservó una estructura militar.

La propia Calzada de Tlalpan, expandida en 1966, es una vía rápida, recta y sin semáforos que conecta el centro de la capital con el Colegio Militar, ubicado estratégicamente 22 kilómetros al sur de la urbe. De haber un estado de emergencia bélico o una insurrección descontrolada, los comandos del ejército podrían tomar esa avenida y arribar al Zócalo en menos de 20 minutos.

Indra recordó sus clases de historia de la arquitectura con el doctor Winfried Georg Austerlitz, donde se estudiaban esos temas. El profesor explicó que la capital del país contó desde el siglo xvii hasta finales del xix con un sistema de garitas, puntos de acceso y defensa utilizados para controlar la importación de mercancías y cobrar impuestos.

—Sin embargo, nunca se llevó a cabo el oneroso proyecto de amurallar la ciudad uniendo las garitas con paredes kilométricas, lo cual hubiera sido inútil porque las urbes, obedeciendo a su imprevisible crecimiento natural, siempre se desbordan más allá de las murallas —había dicho el doctor frente a los alumnos.

—Su Majestad y Vuestra Excelencia en su nombre tendrán tan defendido el puerto de Acapulco —le respondió el contador de la Real Hacienda al virrey cuando este le solicitó los informes que se le habían encargado acerca de las obras de Adrian Boot— que ningún enemigo, por mucha fuerza que traiga, le pueda entrar ni ofender, y solo tiene esta prevención y defensa de defecto no estar en parte donde todo el mundo la vea, porque verdaderamente es obra digna del grande ánimo de Vuestra Excelencia.

Aunque nadie haya unido las garitas con murallas kilométricas, la Ciudad de México cuenta con una barrera natural inmensa, pensó Indra cuando cruzó la avenida Río Churubusco. Al ubicarse en una cuenca, las montañas de los alrededores fungen como bardas almenadas de bosques y picachos. La muralla montañosa que rodea a la Cuenca del Valle de México, formada hace millones de años y sellada cuando los volcanes taparon con lava y ceniza las salidas naturales de drenaje en la actual Sierra de Chichinautzin, se mantuvo intacta hasta que, en el siglo xvii, Enrico Martínez realizó el primer desagüe en Nochistongo, al cual se sumaron el túnel de Porfirio Díaz y el Drenaje Profundo en el siglo xx.

No se veía ningún transeúnte. Hacía frío. Los nudillos de sus manos estaban helados. La amplitud de la avenida y la velocidad de los esporádicos vehículos que la transitaban le produjo una sensación de vértigo.

Si en el siglo xv era un camino de 10 metros de ancho en cuyo centro corría un acueducto que llevaba agua dulce desde Coyoacán hasta el Templo Mayor de Tenochtitlan, en la actualidad tiene 10 carriles para automóviles y un espacio para las vías del Metro. Desde el interior de un carro, Calzada de Tlalpan podía parecer un sitio normal, pero montado en una bicicleta

coabraba un aire distinto, peligroso. Un espacio hostil que a Indra lo aterraba y lo excitaba, como la imagen del Gran Canal en su computadora.

Frente a la estación Villa de Cortés imaginó el primer encuentro de los europeos con el rey Moctezuma, ahí en la antigua Calzada de Iztapalapa. Los guerreros mexicas y los soldados españoles, tensos y asombrados. Cientos de pares de ojos atentos a la escena, con intención de comprenderla. Ojos en la calzada y sobre el agua, en las canoas. Ojos de centinelas guarecidos en puestos de vigilancia. Ojos crispados, dilatados. Tantos ojos como luces de alumbrado público y cámaras de seguridad tiene hoy la urbe.

Pero los actuales sistemas urbanos de defensa ya no funcionan de manera perimetral ni sirven para evitar ataques extranjeros, pensó Indra. Lo cual no significa que la lógica militar haya desaparecido. Desde finales del siglo xx, las garitas y atalayas se volvieron interiores, ubicuas, invisibles, satelitales. Ahora más que nunca el sistema de control de las ciudades se rige por la lógica de los campos de guerra, reflexionó al pasar frente a una sucursal bancaria donde unas luces estroboscópicas se crispaban como señales de alarma.

Vivimos dentro de un urbanismo militarizado y tecnófilo que se ha ensayado durante años en los servicios aeroportuarios, las cárceles, los centros comerciales y los cuarteles. Lugares ultravigilados por cámaras conectadas a circuitos panópticos.

A Indra lo abrumaba que a esa hora hubiera tanta luz. Quería hacerse invisible, desaparecer, escapar de la permanente vigilancia que implicaba tener recuerdos, estar vivo. En esos momentos anhelaba ser devorado por un monstruo, como le había sucedido a Adrian

Boot, o ser abducido por el abismo oscuro de la vida, como creía que les pasaba a los indigentes y a los locos.

Al llegar a la altura de la estación Xola, giró a la derecha y tomó el túnel que atraviesa Calzada de Tlalpan. Ya del otro lado, pedaleó rumbo al sur, de regreso a casa, y recordó que en ese lado de la Calzada se ejercía la prostitución. Si el lado que va hacia el norte se encontraba casi vacío, en el del sur había personas, automóviles privados con luces intermitentes que se detenían en las bocacalles.

Aturdido por el tránsito intempestivo, observó en una esquina a cuatro prostitutas que, pese al frío, vestían corpiños y minifaldas. Cerca de ahí, en el interior de una camioneta, un hombre fumaba y las vigilaba. Indra vio grafitis, cámaras de seguridad, algunos puestos de tacos abiertos. Dos patrullas que andaban con los faros apagados se detuvieron cuando pasó junto a ellas. Había negocios cerrados, edificios oscuros y muchísimos hoteles de paso iluminados con luces de colores en cuyas entradas platicaban seres patibularios o se introducían automóviles furtivos.

Días antes había leído un reportaje sobre una esclava sexual de los cárteles mexicanos que, cobijados y en ocasiones operados por autoridades policiacas y administrativas, han alcanzado un poder internacional. Se trataba de una joven centroamericana raptada en su país por Los Zetas y trasladada a México, donde por siete años fue obligada a prostituirse en lupanares de distintas ciudades.

Ni ella ni los otros esclavos podían escapar porque sus custodios habían introducido en sus cuerpos chips de localización. Además, los prostíbulos, *tabledances* y cuartos de hotel controlados por los cárteles estaban llenos de cámaras y micrófonos ocultos.

Al recordar la crónica, Indra pensó en la posibilidad de comparar las desgracias humanas. Lo que padeció la mujer del reportaje, lo que tal vez sucedía en los interiores sórdidos de los hoteles de Calzada de Tlalpan, lo que él mismo sufría. A un lado de historias semejantes, la suya parecía un cuento romántico, un duelo doméstico. ¿En qué punto se tocaban?

Se sintió a la deriva, arrastrado por un incontenible cauce de hechos, recuerdos, miradas. Los automóviles pasaban a su lado. En los carriles de alta velocidad rugían los tráilers. Siguió pedaleando, con ritmo mecánico y la mirada clavada en la lejanía.

Hacia el sur se alcanzaban a ver las montañas invadidas por la ciudad: cientos de puntitos luminosos, trama titilante compuesta por calles y barrios lejanos.

El viento helado mecía las copas de los árboles presagiando lluvia. Entonces ocurrió algo que Indra interpretó como un mensaje del abismo: un apagón eléctrico dejó sin luz a un sector amplio de las montañas, como si la zona hubiera sido succionada por el vacío. Boquete bruno, agujero más oscuro que el cielo rojizo de la urbe, la zona apagada se abrió igual que una ventana de negrura o una boca que lanza un aliviado grito de reconocimiento. La visión del agujero en las montañas lo tranquilizó. Se puede confiar en la oscuridad cuando la luz miente.

Sin dejar de pedalear ni de ver el hueco en los cerros, intentó recordar cómo fue que la víctima de los cárteles escapó y logró contar su historia.

Al entrar a casa, Indra siguió reflexionando sobre el desenlace de la historia. Quizá la mujer, recluida en habitaciones de luz pringosa, esperó durante años a que una noche oscura la cobijara para huir. Cuando esa noche llegó, ella, probablemente rodeada de cus-

todos a esa hora vencidos por el sueño, se levantó del lecho, abrió su piel para extirpar el chip de localización, forzó cerraduras, deshizo nudos, recorrió pasillos en penumbra y, al percibir el aroma del descampado y la brisa del exterior, se internó en las tinieblas, confiando en que así podría alcanzar el día.

Antes de dormir, acostado en su cama y con la luz apagada, Indra continuó pensando en la fuga.

Minutos más tarde cerró los ojos y no soñó con nada: solo una oscuridad cálida, insondable, amniótica, semejante a un túnel por donde se llegaba a los brazos de Ixtab.

X

Indra visitó al doctor Winfried Georg Austerlitz en su oficina del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM. Cuando Indra e Ixtab estudiaban en la Facultad de Filosofía y Letras, conocieron al doctor Austerlitz. Él impartía un seminario de historia de la arquitectura cuyos ejes temáticos eran las reacciones que producen los edificios en las personas.

El profesor sintió simpatía inmediata por los novios y, sobre todo, curiosidad por los intereses de ella, quien presentó un trabajo de investigación sobre las construcciones y monumentos preferidos por los suicidas.

En una ocasión los jóvenes fueron en bicicleta a la lejana casa del doctor. Los recibió con comida abundante y preparó una habitación para que descansaran.

Al saber de la muerte de Ixtab, Austerlitz envió un correo electrónico a Indra expresándole su apoyo. En esta visita Indra no quiso tocar el asunto. El profesor no hizo ningún comentario acerca del descuidado

aspecto de Indra: ojeroso, llevaba semanas sin rasurarse, vestía unos pantalones y un suéter manchados y lucía despeinado, con los cabellos grasosos de quien no ha tomado una ducha en días.

Sentados uno frente al otro, bebieron café y comieron las galletas de avena que Austerlitz sacó de una lata redonda y antigua. Hablaron de Adrian Boot, de la escuela neerlandesa de ingeniería y de distintos tipos de fortalezas. Así eran las pláticas que ambos preferían: especializadas, frías, elípticas a la hora de abordar sentimientos. Como hacía en las clases de la universidad, Austerlitz abrió su discurso sin preámbulos, en medio de una consideración intempestiva.

—Nadie tiene hoy una idea clara de los paroxismos de la literatura sobre la construcción de fortificaciones holandesas, del carácter fantástico de los cálculos que compendia ni de los excesos del lenguaje especializado en el arte de la fortificación y del asedio —explicó el profesor en su oficina tapizada de libros y mapas viejos.

Indra, como un enajenado incapaz de saborear lo que se llevaba a la boca, seguía comiendo galletas, presa de un hambre causada por días de abandono y desvelo.

—De lo que sí podemos darnos cuenta es de que, a partir del siglo xvii, los distintos sistemas de defensa cristalizaron en el dodecágono en forma de estrella. Muestra de ello es el fuerte que, tras la destrucción del diseñado por Adrian Boot, se construyó en Acapulco en 1783 —dijo Austerlitz mientras se ponía de pie y buscaba entre sus libros uno que incluía diversos tipos de planos militares y que, aseguró, contenía una réplica del fuerte acapulqueño.

Indra escuchaba con atención, como si el discurso del profesor fuera un mensaje encriptado acerca de su

propia vida y de la muerte de Ixtab. En eso pensaba cuando vio a Austerlitz sacar un ejemplar de la repisa.

El doctor se puso los lentes, hojeó el libro y, abierto en una página específica, se lo pasó al alumno. Indra escrutó el plano del fuerte de San Diego en Acapulco: un dibujo fechado en 1750 que le pareció indescifrable, demasiado negro y abstracto para representar otra cosa que no fuera un sello borroso tatuado en la piel de una pesadilla.

—En la práctica bélica —dijo Austerlitz, quitándose los anteojos—, las fortalezas en estrella no cumplieron su finalidad, porque los ingenieros militares olvidaron que las mayores fortalezas atraen también el mayor poder del enemigo, y porque no supieron ver que lo verdaderamente estratégico consiste en la habilidad para moverse.

”En la medida en que uno se atrinchera, se sitúa cada vez más a la defensiva. De un momento a otro uno puede contemplar, desde una plaza armada por todos los medios, cómo las tropas enemigas, al trasladarse a otro sitio, dejan de lado las fortalezas, convertidas en arsenales inútiles, erizadas de cañones y abarrotadas de hombres.

Austerlitz hablaba cada vez con mayor intensidad, juntando las frases, fundiendo argumentos, recurriendo a ejemplos lejanos en el tiempo y el espacio. Lo mismo le pasaba en la universidad: era capaz de desarrollar un tema durante horas, abrir digresiones, emocionarse a sus oyentes, pero también olvidarlos, como si de pronto se encontrara en soledad dentro de su cubículo, rodeado de sus libros, los testigos perfectos para sus soliloquios.

Indra pensó que, mientras uno más se defiende del exterior y de los otros, de los extraños y los próximos,

más se aísla y se vuelve vulnerable. Tal le sucedía a él desde que, silencioso y oscuro, se encerraba en su habitación, acompañado únicamente de sus monstruos personales.

“Aislarse” significa transformarse en isla, convertirse en el espacio geográfico más fácil de sitiar y asfixiar.

Tenochtitlan rodeada de agua.

La situación insular de la capital azteca fue una de las razones por las cuales cayó de manera tan rápida ante la ofensiva española, pese a tener dispuestos a varios cientos de miles de guerreros, además de un complejo sistema de murallas, diques y puentes levadizos.

Debido al choque cultural producido por la llegada de los españoles a principios del siglo xvi, los mexicas se hallaron de pronto solos en su isla-ciudad, mudos, abandonados tanto por los pueblos indígenas que habían sometido como por los dioses que hacían funcionar su mundo.

Huitzilopochtli, el colibrí zurdo que los encumbró como líderes supremos de un vasto territorio, dejó de responder a los sacrificios de prisioneros y a los tzompantlis sanguinolentos. Un silencio cósmico descendió sobre la capital que meses antes había sido inexpugnable y que, de golpe, sin la argamasa del patrocinio divino, mostró sus fisuras, su extremo aislamiento.

Hernán Cortés se percató de ello y lo utilizó a su favor cuando, tras la muerte de Moctezuma, desató la guerra.

Conforme a un plan militar ingeniosamente trazado, mandó construir 13 bergantines con los cuales, a golpe y fragor de artillería, atacó la ciudad. Pero más que la ofensiva naval, la estrategia determinante consistió en la interrupción de los suministros de agua potable.

El 26 de mayo de 1521, Cortés ordenó a los capitanes

Cristóbal de Olid y Pedro de Alvarado que rompieran los acueductos de Coyoacán y Chapultepec. La capital mexicana, ubicada en la esquina suroeste del lago salado de Texcoco, fue condenada de esa manera a la sed y la insalubridad.

La mayoría de su población murió herida, víctima de la viruela o la disentería.

La noche del 12 de agosto acontecieron varios fenómenos insólitos: durante unos minutos los lagos hirvieron como si estuvieran en una caldera; un rugido bestial sacudió el agua desde las profundidades, levantando un oleaje febril y un espeso hedor a limo; llovió lumbre cerca de Tlatelolco, donde estaban cercados los últimos guerreros mexicanos. El fuego no venía de los cañones europeos ni de los volcanes, sino del cielo. Agorera tempestad de brasas, granizo de chispas que descendió en torbellinos crepitantes sobre los lagos.

El incendio fue observado por indígenas que lloraban en silencio, seguros de que aquellas eran las señales que precederían al fin del mundo.

A la mañana siguiente, el resignado emperador Cuauhtémoc fue en canoa a entregarse a Hernán Cortés. Convencido de que había llegado el ocaso de todo, de que estaba parado frente a un abismo delante del cual se extendía el vacío, le dio al conquistador las cenizas humeantes de su ciudad.

Era la mañana del 13 de agosto de 1521, día de san Hipólito. Según el calendario mexicano, el colapso del Imperio ocurrió el día 1-Serpiente del año 3-Casa.

Pero la historia no terminó ahí.

Aún faltaba la petición del oro, el derrumbe de los templos, la reconstrucción de los acueductos, la ardua desecación de los lagos. Miles de hojas nuevas ensarta-

das en una vieja guirnalda de comienzos y finales que se encadenan y confunden desde tiempos imprecisos.

XI

Agonía de una civilización, resquebrajamiento de una flor de tezontle antes inmarcesible, la caída de Tenochtitlan no solo se tradujo en la destrucción de un imperio y una cultura, también significó el progresivo aniquilamiento de un ecosistema.

Con profundidades que oscilaban de uno a cinco metros, los lagos de Zumpango, Xaltocan, Texcoco, Xochimilco y Chalco ocuparon, mientras duró el Imperio azteca, una superficie de entre 1 500 y 2 000 km², según la época del año. Más o menos una quinta parte de la superficie total de la Cuenca de México.

Aunque los mexicas y las tribus vecinas modificaron el ambiente por medio de la construcción de diques, chinampas y a través de la desviación de ríos, esas transformaciones no alteraron significativamente el entorno porque no contemplaron jamás la desecación de los cuerpos de agua.

En tiempos prehispánicos los lagos fueron respetados y cuidados porque eran imprescindibles para la reproducción social en términos económicos, culturales y biológicos. Constituían la principal fuente de alimento para los indígenas, que los aprovechaban mediante la agricultura y la caza de toda una variedad de especies lacustres. A falta de transportes tirados por bestias, utilizaban el agua como vía de comunicación. El área acuática, además, era pieza clave para asuntos de defensa y divisiones políticas.

Sin embargo, en 1524, tan solo tres años después de la caída de Tenochtitlan, se redujeron sus niveles.

Francisco López de Gomara recogió los alarmados testimonios de los indígenas y escribió: "Los españoles no abrieron las calles de agua, como antes eran, sino que edificaron en suelo seco; y en esto no es México el que solía, y aún la laguna va decreciendo del año de 24 para acá, y algunas veces hay hedor".

Las causas principales de la desecación acelerada en el siglo xvi fueron la circunstancial sequía de esos años, el relleno de algunos canales, la puesta en marcha de proyectos de cultivo y pastoreo europeos, los nuevos establecimientos humanos en las áreas recientemente secas y la excesiva deforestación que trajo la extinción del cedro, la erosión de las montañas y el acarreo de tierra hacia el fondo lacustre.

El agua disminuía en las temporadas de sequía y dejaba al descubierto enormes extensiones de tierra infértil, alcalina y polvosa que se alzaba en ventosos mantos de sepiá. Sin embargo, durante las épocas de lluvia, la nueva Ciudad de México, con sus palacios virreinales y piadosos templos cristianos, sufría inundaciones como venganza de los lagos moribundos.

Las inundaciones estragadoras aceleraron la desecación. Desde 1555 el gobierno colonial buscó la manera de desaguar el valle por completo. Proyectistas sin experiencia, virreyes desesperados, alarifes, comerciantes, oidores, frailes milenaristas, escribanos y gente de todo tipo expusieron sus ideas secadoras. Algunas descabelladas, otras onerosas; ninguna se llevó a cabo.

Tuvo que ocurrir la desmesurada inundación de 1607 para que el virrey Luis de Velasco II le encargara a Enrico Martínez las obras que pusieran fin al caos hidráulico. Los polémicos trabajos de Martínez, que consistían

en vaciar 1 500 km² de agua en un angosto socavón hurgado en Nochistongo, pasaron a la historia por ser geniales e ingenuos, exactos e incuriosos, faraónicos y frágiles: perforó montañas, luchó contra el tepetate movedizo, cavó túneles, desvió ríos, secó el lago de Zumpango en unas cuantas horas. Pero al final no pudo librar a la ciudad del ahogamiento: su proyecto fue un descalabro, ruidoso fracaso que lo llevó a la cárcel y a la tumba.

Tan polémicas resultaron sus labores que el rey Felipe III, harto de las quejas que le llegaban desde la colonia, contrató a otro extranjero para que revisara lo hecho hasta ese momento. Así arribó a México Adrian Boot, que enloqueció y desapareció en estas tierras.

Mientras la indolente mayoría le rezaba a la Virgen de Guadalupe y después se olvidaba del asunto, algunos buscaron, en Texcoco y Pantitlán, un sumidero por donde se vaciara el agua. Otros afirmaban que se debían reconstruir los albarradones diseñados por Nezahualcóyotl y Ahuizotl y los diques de Mexicaltzingo. Alguien propuso llevar el líquido a las barrancas de Ilueypoxtla para deshacerse de él como si fuera un cadáver. Perforaron más montañas. Se percataron una y otra vez de que no eran las correctas. Se escribieron libros sobre los trabajos realizados. Se abrieron canales de desagüe por todas partes. Los años se volvieron siglos.

Hacia 1794, el ingeniero Ignacio Castera retomó la idea de Enrico Martínez y construyó un canal para drenar el lago Xaltocan. Con esa obra se intentó en vano reducir el nivel del agua en la zona norte del valle.

El virreinato de la Nueva España se convirtió en país independiente, pero la pertinaz guerra lacustre no conseguía erradicar las inundaciones. Mientras tanto, otras batallas se gestaban: los franceses invadieron el territorio e impusieron a Maximiliano de Habsburgo

como emperador, quien no se mantuvo ajeno a la problemática del desagüe.

En 1865, impelido por Carlota, a quien enloquecían los pantanos, los mosquitos y los renacuajos, autorizó el proyecto de Francisco de Garay, consistente en un canal y un túnel para secar los cuerpos de agua. Sin embargo, el emperador no pudo ver esas obras comenzadas, pues fue fusilado dos años más tarde.

Tropezando consigo mismo, el siglo XIX corrió y, en el último trecho de su agitada carrera, encumbró en el gobierno a Porfirio Díaz, quien tuvo la perspicacia de advertir que el asunto de los lagos y las inundaciones no era solo urbanístico, hidráulico e ingenieril, sino, sobre todo, político y simbólico. Díaz supo que, después de varios siglos y personajes empeñados estérilmente en la empresa, la oportunidad de consagrarse como patriarca de la nación estaba en el proyecto de una alcantarilla gigante. Abrir un agujero en las montañas y sacar por ahí todo el líquido que, como maldición e incómodo símbolo de atraso, se acumulaba en el valle.

Por eso adoptó la tarea como uno de los principales objetivos de su gobierno y no escatimó recursos ni artimañas ni negociaciones turbias para alcanzarlo. Durante 14 años vigiló de cerca la construcción del Gran Canal del Desagüe, que al fin pudo inaugurar, tras enormes dificultades, la mañana del 17 de marzo de 1900 en el kilómetro cero, lugar que hoy tiene la forma de un insecto mutante si se ve desde el aire.

XII

Aspiren de nuevo el humo y escuchen. Con mis dos bocas hechas de ramas y aserrín apelmazado les digo

que cualquier narración comienza con el ruido de las cosas al romperse. Atraído por el estrépito, llega el contador de historias y junta las esquirlas para reconstruir lo que ya no está.

La horadación de una montaña, la demolición de una estatua, el cráneo que cruje bajo la cache del sicario, el hilo que se tensa y cede: pretextos para narrar; pegar la vasija que irremediamente será otra, mutación de la primera que, a su vez, fue la restauración de una anterior.

En 1776, un terremoto provocó el derrumbe del fuerte acapulqueño de Adrian Boot. Rugido de grietas, fragor de rocas, caída de contrafuertes. El edificio fue sustituido por otro en forma de estrella que se concluyó el 7 de julio de 1783. En la actualidad subsiste transformado en museo.

Como sucedió con los palacios coloniales de la Ciudad de México, hechos de pirámides rotas, la nueva fortaleza de Acapulco se levantó con el cascajo de la precedente. Un narrador recoge esquirlas, las horada, las vuelve cuentas y las engasta en un collar cuyo orden cronológico va de atrás hacia adelante y viceversa. Luego ata el collar formando un círculo donde el principio y el final se confunden. Uróboros de bisutería, serpiente que se muerde la cola, historia que no empieza ni acaba nunca.

XIII

Ixtab se suicidó en el kilómetro 47.5 del Gran Canal del Desagüe, en medio de un paisaje de nopales y milpas, cerca de la laguna de Zumpango. Ahí las aguas del Canal llegan a una compuerta provista con cuatro tajamares por la que se introducen a la Caja Colectora, donde el líquido se reúne antes de desaparecer en el túnel de

Tequixquiac. En la parte central, rodeado de paredes y balaustradas de cantera, ruge a cielo abierto un agujero voraz, negro y ecoico. A su vez, la Caja Colectora está enmarcada por tres niveles de pasillos ajedrezados y escalinatas con alfardas. En una de las caras del nivel más alto se encuentra una enorme placa de mármol con la siguiente leyenda labrada: "DESAGÜE DEL VALLE".

El conjunto arquitectónico, diseñado por los ingenieros de Porfirio Díaz, hace pensar en un templo sin techo, umbral al Inframundo. Ahí Ixtab saltó en busca de la muerte e Indra la vio caer. Ahí acabó con su vida y consumó un impulso que la agobiaba desde que era una niña de cuatro años, cuando por las noches, recostada en su cama infantil, escuchaba a su madre y a su padrastro tener relaciones. Un amasijo de sonidos que le susurraban al oído varios conceptos que solo mucho tiempo después pudo rotular con las palabras "traición", "desamparo", "suciedad", "estorbo", "asfixia".

Para silenciar los ruidos y poder dormir se estrangulaba a sí misma, se apretaba el cuello con las manos, cortaba su respiración hasta perder el conocimiento. Soñaba que moría y se trasladaba a un jardín iluminado donde podía practicar karate y dibujar libremente.

Pero las mañanas llegaban con sonidos renovados. Los sabores dulces del desayuno la hacían olvidar los tormentos nocturnos. Ixtab continuaba con una vida que, si bien le parecía difícil, también le resultaba enigmática y apasionante. Sobre todo cuando su abuelo la dejaba permanecer en su oscuro taller de carpintería, donde ella respiraba el olor de las tintas y las maderas. Observaba, desde su estatura mínima, los tórculos, las gubias y las virutas. O cuando iba al centro de artes marciales de su colonia a aprender karate, ese deporte que la hacía sentir poderosa y amenazada al mismo

tiempo. O los domingos cuando su abuela la llevaba de paseo a la laguna de Zumpango y los patos eran puntos negros que se mecían con el viento helado de la comarca.

Ixtab nació y creció en el municipio de Cuautitlán, un lugar que décadas atrás había sido rural y ahora es de color gris cemento, aldeaño a las naves industriales. Su madre quedó embarazada de ella a los 15 años. El padre tenía 24, se fue antes de que su hija naciera y con el paso del tiempo se convirtió en un policía poderoso y corrupto.

En una ocasión Ixtab lo buscó, pero como él quiso pasarse de verga, ella, con sus 14 años y sus botas Dr. Martens, lo pateó en la espinilla, lo maldijo y salió corriendo con lágrimas en los ojos. Nunca volvieron a encontrarse.

Los hermanos de su madre, cuatro sujetos morenos de cabello largo y tatuajes en los brazos, se encargaron de su educación. Tirados en el suelo del patio, rodeados de macetas, gatos, muñecas y carritos de plástico, eran ellos quienes jugaban con Ixtab. Le enseñaron a leer, le compraron colores y cuadernos para dibujar. La llevaron a Chapultepec, al Zócalo, al tianguis de La Lagunilla, a los partidos de fútbol, a los conciertos de rock donde ella, sentada sobre los hombros de cualquiera de sus tíos, se estremecía por el ruido, veía fijamente las luces estroboscópicas y luego cerraba los ojos para contemplar, dentro de su cabeza, el movimiento de unas manchas lumínicas que surgían y desaparecían como fantasmas.

Ninguno de ellos estaba matriculado en la universidad, pero eran asiduos del campus central de la UNAM, adonde viajaban todos los días a vender libros y películas piratas, que compartían con la pequeña

Ixtab. Gracias a ellos pudo ver a los 11 años *El erizo*, largometraje dirigido por Mona Achache, una historia que la obsesionó y abonó su idea de que el suicidio no era algo extraordinario, pues la protagonista tenía su edad y con calma planeaba su muerte. Ixtab era una niña frágil de ojos rasgados y quizá por eso amaba a Kakuro Ozu, el personaje japonés del filme. Lo amaba a él y a todo lo relacionado con ese país asiático.

Un día leyó, en un tomo de la enciclopedia de sus tíos, que en Japón existía una práctica llamada "hara-kiri", realizada por personas que deciden acabar con sus vidas antes de verse degradadas por la indignidad y la miseria moral. Desde entonces supo que había una ventana por la cual podría saltar en caso de desastre. Esa certeza le despertó un vértigo parecido al que la invadía cuando algún niño le gustaba.

En la secundaria se enteró de que cerca de su hogar estaba la Casa de la Cultura Luis Nizhizawa, nombrada así en homenaje a un pintor japonés-cuatitlanense. Después de clases, cuando regresó a casa, corrió al cuarto de su abuela para pedirle que la inscribiera en ese lugar. Una semana más tarde entró al taller de artes plásticas, donde pintó decenas de obras que representaban a perros callejeros, algunos tuertos, otros blancos como borregos, a veces en jaurías, en ocasiones dormidos.

A los 15 años tuvo su primera relación sexual con el maestro de dibujo, un sujeto de 40 años, brazos débiles, pantalones de pana y camisa fajada que un día, en la casa de la cultura, se agachó a amarrarle las agujetas, y una noche la dejó plantada en una central de autobuses.

A la mitad de la preparatoria Ixtab se hizo punk. Era asidua de las tocadas que se hacían en los fraccionamientos de interés social de los municipios de

Teoloyucan, Melchor Ocampo y Cuautitlán. Ahí conoció la marihuana, el alcohol. Sobre sillones tapizados con plástico imitación piel, se acostó con personas más grandes y su mejor amiga le perforó la lengua y le tatuó un corazón en el hombro derecho.

A bordo del transporte público, para llegar a la escuela, padecía tres horas diarias de manoseos y miradas lascivas que le pesaban en la nuca, en el pecho, en las nalgas. En los oídos se le enredaban palabras sucias escuchadas al caminar. Por las noches escribía un diario íntimo donde una y otra vez se prometía encontrar la templanza y la disciplina necesarias para no recurrir al *harakiri*. Buscaba trabajo y se inscribía a toda clase de cursos: fotografía, inglés, dibujo publicitario, pero el caos —un caos que mezclaba la hostilidad del mundo con la asfixia de su infancia— siempre la rondaba.

Cuando llegó el momento de elegir una carrera universitaria, decidió matricularse en la Facultad de Filosofía y Letras, influenciada por sus tíos. Por primera vez en su vida se sintió en el lugar correcto. Descubrió que era buena investigando temas concretos, internándose en las historias ocultas de su idioma, desenmarañando genealogías de personajes medievales, aprendiendo declinaciones del latín. El caos, de pronto, parecía haberse desvanecido. Solo volvía a manifestarse en los largos traslados de vuelta a casa, en el transporte público, en la oscuridad de los paraderos.

No lo sabía, pero mientras recorría los pasillos de la Facultad y se refugiaba en la biblioteca como quien acude a la iglesia, algo comenzó a suceder en el interior de su cuerpo. Pólipos malignos le crecían en el colon. La vida se fracturó el día en que los dolores la llevaron al hospital. Después de someterse a largos estudios que se realizaban siempre a las siete de la mañana en

el Centro Médico, a 50 kilómetros de su casa, Ixtab supo que tenía cáncer. A la mitad de sus estudios de licenciatura tuvo que internarse en oncología. Recibió quimioterapias, los vómitos le impidieron dormir, perdió el cabello. De ese tiempo le quedaron en la memoria los estertores de su vecina de cama y el olor a cloro del séptico, esa pequeña habitación en el hospital donde, encima de un lavabo de acero inoxidable, se apilaban decenas de cómodos con deyecciones sanguinolentas de enfermos como ella.

Un año más tarde los médicos la dieron de alta. Había superado el cáncer y pudo regresar a la universidad. Ahora llevaba el cabello corto, casi pegado al cráneo. Se sentía orgullosa de su cabeza, de sus orejas pequeñas, de los rasgos armónicos de su rostro. En el penúltimo semestre de la carrera, comenzó a encontrarse con Indra. Él estudiaba historia pero asistía como oyente a una de las clases de literatura mexicana de Ixtab. Ella lo observaba a la distancia, recorría con la mirada su cuello blanco y delgado, sus manos. Tanto le impresionaba que soñó un par de veces con él: ambos recostados en una cama, jugando con unos perritos, rozándose los dedos de las manos entre el pelaje suave y encrespado de los animales.

Cierto día, Ixtab fue tras él por el pasillo, dispuesta a conocerlo. Nunca habían hablado y a ella le aterrizzaba la posibilidad de que alguien más, en especial una mujer, se acercara a él en ese momento. En ocasiones su timidez e inseguridad eran aplastantes. El pasillo de la Facultad estaba abarrotado. Transida de nervios lo alcanzó, pero, justo antes de tocarle el hombro, una compañera saludó a Indra con un abrazo y un beso en la mejilla. Ixtab vio cómo el pasillo se oscurecía. Cerró los ojos. Ruidos de cuerpos jadeantes se apoderaron

del ambiente. De pie, rodeada de condiscípulos, volvió a ser la niña de cuatro años que con su presencia interfería en el placer de los demás. Quiso, durante segundos que le parecieron horas, estrangularse, morir, desaparecer. Lo quiso en verdad, sin embargo, respiró profundo, apretó los puños y se avergonzó de sí misma. Ella, vencedora del cáncer. Cuando abrió los ojos, el pasillo de paredes blancas estaba casi despoblado e Indra había desaparecido.

Meses más tarde, Indra e Ixtab se cruzaron de nuevo. Era invierno y los volcanes nevados se veían desde el tercer piso de la Facultad. Ambos llevaban vasos desechables con café humeante y se habían detenido a contemplar el espectáculo de los montes blancos, por lo común escondidos tras densas cortinas de smog. En esa ocasión fue Indra quien propició el encuentro.

Se podría decir que esta historia comenzó con un simple "hola", palabra puente, palabra puerta. Sin embargo, esa afirmación solo es válida desde la perspectiva de Indra, el superviviente; Ixtab dataría la narración de forma distinta. Mientras una persona continúe respirando, mantendrá la creencia en los inicios de periodos dentro de su vida. Sostendrá, por ejemplo, que en determinado punto se gestó su ruina o su plenitud. No se dará cuenta de que no existen segmentos independientes, sino un flujo de hechos ligados que conforman una única acción sin sentido. Lo cual, obviamente, solo es claro para la mirada clausurada de los muertos, esa mirada que, a fuerza de totalidad, ya no necesita ver: el punto de vista definitivo.

XIV

Apenas 40 años después de que Porfirio Díaz inaugurara las obras del desagüe, el suelo de la Ciudad de México comenzó a sufrir hundimientos alarmantes debido a la excesiva explotación de pozos para satisfacer el consumo de agua potable. Una de las consecuencias fue la pérdida de la pendiente del Gran Canal, que se había construido con una inclinación de 16.2 centímetros por kilómetro para que el agua fluyera por gravedad.

En 1900, el centro de la urbe estaba cinco metros por encima del kilómetro cero, y a mediados del siglo xx ambas cotas se encontraban al mismo nivel (hoy el Zócalo está siete metros por debajo). Las aguas negras que al principio corrían hacia el túnel de Tequixquiac, comenzaron a regresar, y en 1950 y 1951 se produjeron dos de las peores inundaciones de la historia: el Centro Histórico estuvo cubierto varios días con tres metros de agua.

Se pusieron en marcha tres soluciones. La primera fue imponer una veda a los pozos artesianos del centro de la ciudad y realizarlos en la periferia. La segunda, intentar reparar la pendiente en los kilómetros iniciales del Canal y construir varias plantas de bombeo para hacer fluir las aguas negras. La tercera, el planeamiento del Sistema de Drenaje Profundo, cuya primera etapa de construcción se inició en 1966 y se concluyó en 1975 con la inauguración de tres túneles inmensos que, a través de una red laberíntica de alcantarillas y colectores, absorben casi toda el agua negra y pluvial de la ciudad para hacerla desembocar en el río El Salto, en Hidalgo.

El mayor de los túneles, llamado Emisor Central, está cavado a una profundidad de 240 metros con el fin

de evitar que el hundimiento del suelo afecte su pendiente, como sucedió con el Gran Canal. Esa extrema profundidad permitió, además, el hallazgo de capas geológicas cuyo estudio ha servido para explicar con mayor exactitud la teoría de la formación de la Cuenca del Valle de México, según la cual hace 60 millones de años se encontraba inundada por mares tropicales donde nadaban terribles monstruos prehistóricos. El mar comenzó a retirarse porque la corteza terrestre se plegó y produjo un relieve escarpado (es posible que algunos de los monstruos marinos, de pronto aislados en charcos de agua salada, se hayan adaptado a la vida en las rocas).

La corteza, como un cráneo fracturado, chocó entre sí y, a través de sus roturas, permitió el ascenso de burbujas de magma ardiente. Capas de lava de más de dos kilómetros de espesor que, acomodadas una y otra vez por el tectonismo milenario, dieron forma a una cuenca endorreica donde se acumularon grandes volúmenes de agua.

Las primeras formaciones volcánicas aparecieron en la Sierra de Monte Bajo, del norte de Tepotzotlán a Huehuetoca, hace 32 millones de años. Luego la Sierra de Patlachique, hace 22 millones. Más tarde, la Sierra de Xochitepec, en Xochimilco, el Peñón de los Baños, los cerros de Zacatepec, Tlapacoya y Chapultepec, hace 20 millones. Después, hace 14, la Sierra de Guadalupe, en Ecatepec, con su cumbre más alta, el Chiquihuite. Hace seis millones de años surgió la Sierra de las Cruces, al poniente de la Ciudad de México, así como la Sierra de Río Frío con el Monte Tláloc y la Sierra Nevada, ubicada entre el Estado de México y Puebla. Poco más tarde se elevaron, ígneos y telúricos, el Cerro de la Estrella, el de Chiconautla y el Peñón Viejo. Hace

relativamente poco, quizá 800 mil años, se levantó la Sierra de Chichinautzin o Ajusco, con cientos de conos volcánicos y hectáreas de afilados pedregales. Esa sierra clausuró por completo la Cuenca de México y dio origen al ecosistema lacustre, pues antes de su existencia los volúmenes fluviales tenían en esa zona un desagüe natural que las conducía al valle de Cuernavaca. Las últimas formaciones telúricas en surgir, hace aproximadamente 730 mil años, fueron el Popocatepetl y el Iztaccíhuatl, volcanes que Indra e Ixtab contemplaron desde el tercer piso de la Facultad de Filosofía y Letras el primer día en que se dirigieron la palabra.

La vida está llena de simetrías inadvertidas: una frente a otra, dos historias de amor y muerte. Aunque el mito mexica tiene varias versiones, a grandes rasgos puede contarse así: la princesa Iztaccíhuatl y el guerrero Popocatepetl se amaban, sin embargo el papá de ella no aprobaba la unión, por lo cual, pensando que no regresaría, envió a Popocatepetl a la guerra, en Oaxaca, con la promesa de entregarle a su hija si regresaba victorioso y con la cabeza sangrante de su enemigo clavada en una lanza.

El guerrero cumplió la misión, pero al volver encontró a Iztaccíhuatl muerta. Con el corazón roto, llevó el cadáver al campo, donde lo veló hasta que él mismo murió y los dioses, conmovidos, convirtieron los cuerpos en volcanes.

—Vamos a tocar el hielo —propuso Indra al cabo de una dilatada charla en la que Ixtab dijo que no conocía la nieve.

Era la primera vez que hablaban, pero ella, invadida por un halo de confianza que nunca nadie le había logrado transmitir, aceptó. Semanas después subieron a la zona más asequible del Popocatepetl e hicieron el

amor en una cabaña de Amecameca. Abismados los ojos en las pupilas jadeantes del otro, con las frentes sudorosas juntas y los pies fríos que la calefacción de la cabaña no alcanzaba a templar, Indra e Ixtab se anudaron una y otra vez, con violencia, como si buscaran el aniquilamiento de los cuerpos. Lo que más le gustó a ella fue la ternura con que Indra componía los excesos de fuerza. Era como si ambos hubieran esperado esa suavidad durante años y, cuando por fin la experimentaron, no pudieron contener el llanto.

A partir de entonces no se separaron. Iban juntos a la Facultad, dedicaban su tiempo libre a visitar diversos puntos de la urbe y sus alrededores, pasaban horas en las bibliotecas, hacían el amor en los baños. Acabaron el último semestre de sus licenciaturas y, pocos meses más tarde, entraron a estudiar un posgrado. Entonces planearon rentar juntos este departamento.

Ella se mudó de Cuautitlán. Fue en esos meses cuando también comenzaron a acudir al seminario del doctor Austerlitz. Ahí Ixtab inició su investigación acerca de las construcciones preferidas por los suicidas, aquellas que infunden zozobra y al mismo tiempo ofrecen con su estructura una promesa de salvación: estaciones del Metro, puentes, atrios de iglesias, baños públicos. Sin embargo centró la pesquisa en un edificio: la Caja Colectora del Gran Canal del Desagüe.

—¿Cómo supiste de ese lugar? —le preguntó Indra en la cama.

Estaban en ropa interior, bebían cerveza y platicaban sobre sus respectivos trabajos y los textos que intentaban escribir. Había sido un día largo y caluroso. La habitación, que tenía una ventana por donde la luz del sol entraba durante la tarde, permanecía caliente a esa hora de la noche. Ixtab le dio un trago a su botella

y se quedó pensativa. De pronto se soltó a hablar, con voz circunspecta y memoriosa, de los domingos cuando su abuela la llevaba a la laguna de Zumpango.

—Ella trabajaba en la semana, pero los domingos eran suyos y le gustaba pasear conmigo. Aunque estaba viejita, llegaba a los puestos de quesadillas que están en la orilla y pedía una caguama para ella sola. Se servía varios vasos, fumaba y a veces ordenaba una trucha o una carpa frita que se comía sin cubiertos, con las manos y unas tortillas. Platicaba con los puesteros, en especial con doña Julia, una señora que hacía gorditas. Juntas se quejaban del mundo, de los jóvenes, de sus maridos. Luego jugaba póquer con unos viejos que se acercaban tras la hora de la comida. Se albureaban —Ixtab sonreía con un brillo en los ojos.

—Conque de ahí te viene eso de los albures —le dijo Indra de manera cariñosa, acariciándole un hombro.

—Pues sí, ella era la jefa en eso. A todos albureaba, hasta a sus hijos y a mi abuelo. Pero a mí nunca. Conmigo era diferente, no había burlas. Pura dulzura. Fíjate, de sus nietos nada más a mí me llevaba a la laguna, tal vez porque yo siempre me he entretenido sola. No la molestaba ni le pedía nada. Ella me dejaba vagar en la orilla y no le importaba que me llenara los zapatos de lodo. A mí me gustaba espiar a los patos y a las garzas. Me acuerdo que se me ponían los cachetes rojos y secos por el viento helado que sopla ahí. El aire libre me tranquilizaba.

”Como a las cinco de la tarde, mi abue me llamaba para que me comiera un sope de habas y un refresco de mango. Luego me decía que jugara otro rato más porque ya casi nos íbamos. Antecito de que se metiera el sol nos despedíamos de los puesteros y, en la carretera, agarrábamos el camión de regreso a Cuauti.

—¿Y tú cuántos años tenías? —preguntó Indra viéndola fijamente. Ella, sentada en posición de flor de loto sobre la cama y él recostado, con la mano derecha sosteniendo su cabeza.

—No sé. Recuerdo que fuimos a la laguna varios años seguidos. Más o menos desde que yo tenía cinco hasta los 15, cuando mi abuelita murió. Lo que sí recuerdo es que yo estudiaba la secundaria cuando conocí la Caja Colectora. Ya no me acuerdo por qué esa vez mi prima Karen fue con nosotras. Ahorita no nos hablamos, pero en ese entonces éramos niñas y jugábamos mucho. El caso es que ese domingo llegamos hasta la esquina de la laguna. Los puestos donde se había quedado mi abuela se veían chiquitos, y nosotras, sabiendo que hacíamos mal, nos metimos al monte, cruzamos la carretera y seguimos explorando. Bajamos un barranco y anduvimos por un senderito hasta que, quién sabe cómo, nos encontramos en ese lugar.

"Había una alambrada y nos metimos por un agujero a ras del suelo. Adentro estaba completamente solo. Nos pareció extrañísimo, como el patio de un castillo abandonado. El sol nos calentaba las cabezas. No había nubes. Me acuerdo de unos pájaros de color gris con amarillo, de unas hormigas rojas. También observamos varias lagartijas negras. Teníamos una mezcla de curiosidad y miedo. Agarradas de las manos, en silencio, caminamos por los pasillos, bajamos las escaleras, leímos el letrero del mármol y no lo entendimos. ¿Desagüe del Valle? Entonces reparamos en el ruido. Nos asomamos en el parapeto y vimos la boca del túnel, cómo el agua espumosa y negra se perdía en la oscuridad. El rugido nos envolvió. Para mí fue impresionante, como descubrir el fin del mundo, un lugar ni siquiera semejante a lo que aparecía en las películas, un agujero donde podía morir

la vida misma. Karen también se asustó. Nos fuimos corriendo. Yo nunca lo olvidé y a lo largo de los años he pensado muchas veces que es el sitio idóneo para morir, como si hubiera sido construido con ese fin. O como si lo hubieran hecho para mí.

Indra no supo qué decir. Tampoco Ixtab quiso agregar nada. Había algo raro en su semblante, un contenido oculto tras sus palabras. Permanecieron mudos durante un breve rato hasta que Indra rompió el silencio:

—Yo quiero ir a ese lugar. Por favor, llévame.

—Para mí es un sitio muy significativo. No sé si estemos listos para ir juntos. Yo misma he querido regresar, pero no me atrevo. Es como si entre la Caja Colectora y yo hubiera una superstición rara. Quisiera escribir acerca de esa sensación que me produce. Algún día iremos, amor —dijo Ixtab con un tono de voz resignado.

Indra se levantó, la besó en la cabeza y se dirigió a la cocina por otro par de cervezas. Cuando regresó a la habitación, Ixtab había apagado la luz y preparado la computadora para ver una película. Se acostaron juntos y se quedaron dormidos. Indra, en sueños, la quiso abrazar. Ella, sin darse cuenta, le dio la espalda y permaneció toda la noche en la orilla de la cama, como si estuviera lejos, cayendo en un abismo.

XV

Cierta tarde, mientras veía por la ventana ocultarse el sol, Indra pensó que, casi 500 años después de la caída de Tenochtitlan, la estrategia consistente en cortar los suministros de agua potable seguiría funcionando para sitiar la Ciudad de México.

Dos terceras partes de esos suministros se obtienen mediante pozos cavados en el subsuelo de la Cuenca del Valle de México. La otra parte se conduce desde el acuífero del valle de Lerma y desde el sistema de aguas superficiales del Cutzamala. Sin los 75 m³ por segundo que consume la urbe (más o menos el volumen de cuatro plesiosaurios adultos), pronto se llegaría al colapso. Retretes desbordados, platos sucios en el lavabo, peceras enlamadas, jardines marchitos, epidemia de moscas, crisis hospitalarias, fallecimiento de enfermos, caos, crímenes, mercado clandestino de agua. ¿Cuánto tiempo tardaríamos en volvernos indigentes antes de morir de sed?

Otra manera de someter a la capital consistiría en boicotear el sistema de desagüe: cegar los 136 kilómetros de drenaje profundo y los 13 mil de alcantarillado laberíntico, romper el entubado de los ríos y arroyos que escurren desde las montañas y, finalmente, tapar el Gran Canal del Desagüe, el Emisor Central y el Emisor Poniente, que recogen el agua contaminada y la expulsan de la Cuenca del Valle de México. La ciudad se inundaría, volverían las canoas, los ahogados, el pasado lacustre se haría presente, pero esta vez con aspecto tóxico, industrial, apocalíptico.

De pronto el sol se ocultó por completo tras los edificios y los ojos de Indra perdieron la luminosidad anaranjada que los llenaba. Volteó y observó el interior de este departamento, el que rentaron con sus becas de estudiantes de posgrado y que ahora él, terco y solo, se negaba a abandonar. Había trastes y ropa sucia tirados. Los libros de Ixtab, cubiertos por una fina capa de polvo, descansaban en las repisas como los reflejos del sol oculto, lánguidos y melancólicos. Indra permaneció quieto, con los ojos muy abiertos y aferrados a la luz menguante. ¿Cuánto tiempo tardamos en adaptarnos a los cambios?

Imperceptiblemente la oscuridad lo envolvió. Horas más tarde, se quedó dormido en el sillón sin darse cuenta. A la mañana siguiente tampoco identificó el momento en que el sol salió y, como un mar desbordado, inundó lo que había a su alrededor.

XVI

En las sierras de Las Cruces y Chichinautzin, al sur poniente de la Ciudad de México, sobre lo que antes eran las vías del antiguo ferrocarril México-Cuernavaca, se construyó una pista para bicicletas. Por la imparable urbanización y destrucción del bosque, el coeficiente de escorrentía en esta zona es inmenso. Cuando llueve, las calles se convierten en veloces cauces que desaparecen, en cada esquina, dentro de las bocas de las alcantarillas.

El agua pluvial, que siglos antes bajaba en ríos y riachuelos tributarios de los lagos, ahora fluye entubada, se reúne en colectores inmensos, pasa por debajo de edificios y sigue un largo camino artificial que la conduce al océano Atlántico. A veces, al caminar por esas calles empinadas, se escuchan estrépitos de cascadas sepultadas, ruidos amplificados por los ecos de las atarjeas.

Pero esa mañana no llovía, e Indra, huyendo del aislamiento de su habitación, tomó la ciclopista a la altura de la avenida San Jerónimo.

Empezó a subir los 30.6 kilómetros que lo separaban de Parres, poblado donde vivía el doctor Austerlitz. Revoluciones esforzadas del cuerpo sobre la estructura metálica, pedaleo rítmico que se volvió mantra, sus piernas accionaron la moviola que puso en marcha el cambio del paisaje.

En la primera parte del recorrido, en las cercanías

de la colonia Las Águilas, vio casas grandes y elegantes, bardas detrás de las cuales se adivinaban céspedes bien podados. Luego, en una gradación que le pareció infinita, la urbe fue perdiendo solidez, las construcciones se desnudaron, los muros prescindieron poco a poco del color y se volvieron hileras de ladrillos grises.

El crecimiento de las casas parecía haberse detenido a la mitad de su edificación. Los muros mostraban sus varillas de acero: proyectos de un piso más, promesas de plenitud, ruinas en reversa. Al avanzar, encontró cada vez menos automóviles y más peatones, ciclistas, gente reunida en las esquinas bebiendo alcohol o comprando comida en puestos ambulantes. Perros callejeros como los que pintaba Ixtab cuando era niña: animales peludos como osos, escuálidos como faquires, arrastrando las tetas carnosas y sucias por el piso, con moscas en el cuerpo. También vio parejas de novios que se besaban, peleaban, se aburrían juntos.

Añoraba aburrirse con Ixtab, permanecer en silencio largo rato como aquella vez que fueron en bicicleta a la casa de Austerlitz.

En determinado momento dejó de encontrar cámaras de seguridad. Esporádicos baldíos y barrancas pautaron el escenario, como preludios de un cambio de realidad. Por todos lados aparecían corros de niños gritones. Las calles se arrugaban en callejones que se plegaban en escalinatas. Los barrios habían devorado al bosque, aunque él tenía la sensación de que era al revés.

Es imposible saber si la ciudad, al trepar por los cerros, se urde o se desteje, muere o nace. El origen de la ciudad futura está siempre en las orillas: en los márgenes las transformaciones son más probables y rápidas. Hay algo de desafío en decir que se comienza en la periferia, en descartar el centro como punto de

partida; hay algo de insurrección pero también de vaguedad.

La periferia no es circunferencia nítida ni frontera clara, sino nebulosa inaprehensible. Si se observa la fotografía aérea de una ciudad cualquiera, la imagen que llega a la mente es la de un tejido orgánico con textura filamentosa. En la parte central, la materia es compacta, mientras que hacia el exterior expulsa unas islas separadas del resto del tejido.

Al crecer, dichas islas se convierten en centros a menudo equivalentes al centro originario. El resultado es un dibujo en forma de archipiélago, un conjunto de islas construidas que fluctúan por un vasto océano vacío que se ramifica entre los fragmentos de urbanización.

Si se acepta que la ciudad se desarrolla mediante una dinámica natural parecida a la de las nubes o a la de las galaxias, entonces se podrá comprender que resulte difícil programarla o advertir con exactitud por dónde crece, por cuál rumbo comienza o termina. Sin embargo, al observar su comportamiento, una cosa es segura: las islas en expansión dejan en el interior áreas vacías y dibujan figuras con bordes irregulares que se caracterizan por su autosimilitud, una cualidad intrínseca de los fractales.

Este sistema urbano no solo tiende a saturarse, mediante el relleno de los espacios que han quedado vacíos, sino también a la expansión, dejando en su interior un sistema de huecos. Bien vista, la ciudad no empieza únicamente en los márgenes, también lo hace hacia adentro, entre las rendijas de su oquedad, como las historias que se cuentan.

En la intersección de la ciclopista con la carretera Picacho-Ajusco, 15 kilómetros adelante de la avenida San Jerónimo, Indra entró al primer fragmento de

océano vacío. Liberada de los muros, su vista se extendió sobre una amplia zona de pedregal, fruto de la explosión del volcán Xitle.

La pista sube, serpentea entre árboles de sombra fría. Bordea un precipicio debajo del cual centellea la ciudad como si fuera una maqueta construida por un artista enloquecido.

Indra se detuvo en un mirador aledaño a una granja de gallos de pelea. Ahí, un par de años antes, Ixtab decidió comer las tortas de jamón que llevaba en la mochila. Indra se tendió en la hierba seca a observar la cuenca, la olla de humo que es la urbe, sus borrosas torres, su desmesura, el empañamiento de su aire.

A lo lejos, diminutos y confundidos entre miles de construcciones, se veían el Estadio Azteca y el segundo piso del Periférico. El ambiente era apacible y el silencio solo se perturbaba por los repentinos cacareos. Una granja de gallos es un conjunto de relojes no sincronizados, palimpsesto de temporalidades.

Es mentira que, nuncios del día, canten al amanecer. Lo hacen cada hora, con ritmo individual. Jornadas de 60 minutos sobrepuestas entre sí, sin concierto, como un calendario deshojado en el piso. "Tengo la sensación de haberme sumergido en un tiempo donde los referentes se mezclaron, donde los recuerdos, la vida y la muerte se confundieron", pensó Indra. Minutos después, comenzó a pedalear de nuevo.

XVII

La primera isla urbana que encontró fue el poblado San Miguel Ajusco, que cuenta, a su vez, con un archipiélago de pequeñas construcciones, colonias y barrios rodeados

de vacío: La Estación, La Magueyera y La Quinta, que Indra cruzó sin detenerse.

Más adelante vio sementeras con hojas de zanahoria, repollos, varas secas de maíz. Olió las granjas de borregos y cerdos. Contempló hectáreas de bosque sobre las cuales flotaba una brisa fina y dorada.

Antes de llegar a Parres pasó por un enorme monumento erigido sobre pilares de acero pintados de rojo y coronado por cúpulas de plástico. No conmemoraba nada en específico, y su nombre, Los Domos de la Ciclopista, carecía de significado. Quiosco, pabellón abierto, sus muros inexistentes invitaban a entrar en él. Al cobijo de esos techos la temperatura resultaba inclasificable: de un momento a otro pasaba del calor de invernadero al soplo helado que descendía del bosque, de manera que era imposible permanecer ahí mucho tiempo.

En Parres bajó de la bicicleta y comenzó a andar hacia la casa de Austerlitz, que vivía en el extremo ulterior del pueblo. Pensó que ese lugar podría ser un poblado cualquiera atravesado por una carretera cualquiera que conduce a una ciudad cualquiera. Su interés radicaba en la falta de cualidades. Las calles son idénticas y de no más de tres cuadras. Las casas son grises y siempre tienen las puertas y ventanas cerradas. Las dos pequeñas iglesias y las dos plazas lucen sin árboles y nunca hay nadie en ellas, ni siquiera palomas. Las ruinas de la antigua Hacienda El Guarda son la única singularidad del sitio, pero resultan inaccesibles porque un muro infranqueable las protege.

Ni pueblo ni rancho, mucho menos ciudad cabal, Parres transmite la sensación de aislamiento extremo. Ahí la falta de gracia es un atractivo.

Así lo supo ver Melanie Smith, artista inglesa que llegó a México en 1989 y permaneció en el país 18 años,

durante los cuales realizó diversos proyectos relacionados con el entorno mexicano, entre ellos *Parres cero* (2006), brevísimo cortometraje mudo compuesto por 2067 fotogramas que retratan, cada uno, fragmentos del lugar. Por medio de un montaje en apariencia aleatorio, producen un conjunto animado tan desconcertante como la secuencia de una película filmada en otro planeta.

Primero la pantalla permanece en negro con débiles destellos rojos. De pronto, como si despertara de un sueño, el espectador se encuentra desorientado en las calles vacías de Parres, en sus techos, frente a un par de rostros enojados, ve fragmentos de la ciclopista, bardas con grafitis, baldíos, un caballo solitario. Después cae la noche y surgen luces eléctricas que escurren en un encandilamiento demencial. Sello bermejo sobre fondo oscuro, el reflejo de una luna roja cruza los contrapuestos espejos de un telescopio y se clava en las pupilas de quien observa. Amanece y aparecen autobuses destartados, letreros que anuncian tamales, una acequia sin agua, campos sin labrar, puentes peatonales, bombillas, alcantarillas, antenas. De nuevo anochece y la niebla del bosque devora al pueblo. El alumbrado público se nimba con vapores fantasmales. Parece que algo terrible sucederá: incertidumbre de *thriller* que sorprende por la ausencia de narrativa. Al final la promesa del día se insinúa, pero no amanece porque el cortometraje termina con unos cables de luz sumergidos en la niebla bajo un cielo todavía sin sol.

Melanie Smith conoció Parres cuando el doctor Austerlitz la invitó a pasar una temporada en su casa, donde él se había instalado en busca de un refugio. Recién llegado a México, vivió un par de años en el centro de la ciudad, pero pronto se hartó del ruido y el exceso de visitas. Puesto que trabaja en la universidad,

ubicada al sur de la urbe, no tardó en hallar un poblado en esa dirección, a una hora de camino en automóvil.

Como si hubiera adivinado el momento en que su alumno llegaría, Austerlitz salió de su casa cuando Indra apareció en la calle. Con una sonrisa en el rostro y vistiendo una impecable camisa blanca, el doctor lo saludó, lo palmeó en los hombros y lo invitó a pasar. Su cortesía era siempre oblicua. En vez de preguntarle cómo había sido su viaje, comenzó a urdir una serie de explicaciones sobre el lugar, como si sus consideraciones fueran el más cálido de los recibimientos.

—Bienvenido a Parres, el pueblo del no-tiempo. Para los seres que como nosotros necesitan descansar de los acontecimientos de la historia, Parres es el sitio perfecto. Aquí nadie parece tener una conciencia temporal —dijo Austerlitz mientras conducía a Indra hacia el pórtico, donde este recargó su bicicleta en una pared de piedra volcánica.

—En este sitio se tensan varios hilos temporales: el del estrato indígena; el de las ruinas decimonónicas del Segundo Imperio Mexicano con la Hacienda El Guarda, donde descansaba la emperatriz Carlota durante sus viajes a Cuernavaca; el del presente con su absoluta falta de espanto ante las terribles maneras en que se manifiesta la muerte; y el del futuro con la imparable destrucción del bosque. Lo curioso es que, aunque esos hilos imprimen sobre los acontecimientos más nimios una densidad agobiante, nadie parece advertirlos. Es como si el tiempo, de tan apretado y fibroso, se asfixiara a sí mismo.

Austerlitz caminaba frente a Indra, conduciéndolo hacia una habitación que funcionaba como estancia. Indra lo seguía y contemplaba la casa, demasiado espaciosa para un soltero como Winfried.

Solo tenía el mobiliario más imprescindible, sin cortinas, alfombras ni libreros, pues su material de estudio estaba en el Instituto. Las paredes eran de un gris mate claro y las tablas del suelo de un gris mate oscuro. En la habitación delantera, a la que Austerlitz condujo a Indra, había, además de un diván pasado de moda, una gran mesa, igualmente barnizada de gris mate, en la que, en líneas derechas y a intervalos exactos, reposaban docenas de fotografías, en su mayoría con los bordes desgastados.

Había entre esas fotos, tomadas por el propio Austerlitz, imágenes de construcciones de todo el mundo: estaciones de ferrocarril y viaductos del metro de París, el invernadero de palmeras del Jardin des Plantes, palomares, ciudades amuralladas, canales holandeses, pirámides egipcias, apenumbreadas mansiones novohispanas, ruinas mesoamericanas y una serie de puertas y portones pesados.

Austerlitz dijo que a veces se sentaba ahí durante horas y colocaba esas fotografías, u otras que sacaba de sus reservas, con el reverso hacia arriba, como en un juego de memoria, y que las volteaba una a una. Movía las fotos de un lado a otro y las superponía en un orden basado en parecidos de familia, o las iba eliminando del juego hasta que no quedaba más que la gris superficie de la mesa o hasta que, agotado por el esfuerzo de pensar y recordar, tenía que recostarse en el diván.

—No es raro que esté aquí echado hasta la noche, sintiendo cómo el tiempo vuelve hacia atrás dentro de mí —dijo Austerlitz al pasar a la otra habitación de la planta baja. Ahí encendió el pequeño fuego de gas e invitó a Indra a sentarse en una de las dos sillas que había a ambos lados de la chimenea. Tampoco en esa habitación había mucho mobiliario, solo las tablas del

suelo, las paredes grises y el ventanal del jardín, sobre el cual se movía el reflejo de las llamas azules y titilantes.

Mientras Austerlitz calentaba la cena en la cocina, Indra escuchó el ligero susurro del gas al salir y se sintió fascinado por la imagen reflejada del fuego que, más allá de las puertas enristaladas de la habitación, a cierta distancia de la casa, parecía arder entre los arbustos del jardín, negros ya casi como la noche.

Austerlitz regresó a la habitación con los alimentos en un par de escudillas de metal que parecían salidas del ejército. Dijo que el platillo —carnero estilo marroquí— era la comida ideal para gente que, como Indra, había tenido un día de actividad física extrema. Comida de nómadas, cada bocado era una marejada caliente de sabores especiados.

Sin dejar de ver la llama de gas duplicada en las puertas de cristal, comieron en silencio hasta que Indra hizo una observación sobre lo incomprensibles que le resultaban siempre los reflejos. El doctor respondió que él, a menudo, se sentaba en esa habitación a contemplar el mismo punto de luz, e inevitablemente pensaba en lo enigmático que le resultó el brillo que se agitaba en los ojos de Melanie Smith la última vez que, ahí en Parres, estuvo con ella.

Estaban enamorados desde antes de llegar a México, pero fueron amantes porque Melanie tuvo siempre una familia. Se prometieron que en algún momento, cuando las circunstancias fueran favorables, vivirían juntos. Un día Melanie fue a Parres a hablar con él. Se hizo de noche, estaban justo ahí, frente a la chimenea, cuando ella le dijo que no podían reencontrarse jamás. Su esposo los había descubierto y ella decidió salvar el matrimonio.

—La misma llama que ahora se refleja en los cristales

temblaba en los ojos de Melanie como un diminuto punto de fuego azul. ¿Pero por dónde —añadió Austerlitz al cabo de una pausa— debemos reanudar nuestra plática sobre fortalezas?

Indra lo vio levantarse, ir a la habitación contigua y regresar con la fotografía de un grabado decimonónico que representaba las fortificaciones realizadas en Peñón Viejo en 1847. A partir de esa imagen, como si el relato de su historia sentimental con Melanie nunca hubiera ocurrido, Austerlitz narró la historia de cuando se intentó inundar la Ciudad de México para salvarla de los invasores estadounidenses.

XVIII

Austerlitz en medio de su fortaleza. Austerlitz guarnecido dentro de un discurso que lo defendía del dolor. Austerlitz contando con voz paulatinamente más emocionada cómo en 1847 el ejército estadounidense, tras un año de batallas, avanzó desde Puebla con rumbo a la Ciudad de México.

—El 20 de mayo la junta militar, presidida por Antonio López de Santa Anna, decidió, ante el inminente peligro, comenzar las obras de defensa de la capital —le dijo el doctor a Indra, quien observaba el grabado y escuchaba atento, pues era un apasionado de las historias bélicas, cuyos relatos eran capaces de hacerlo olvidar por momentos breves la muerte de Ixtab.

—Los trabajos se concentraron en diversos puntos: el Peñón Viejo, que defendía la ciudad por el oriente; Mexicaltzingo, Hacienda de San Antonio y Churubusco, al sur. Al oeste se fortificó Chapultepec, las garitas de San Cosme, Belén y Santo Tomás; al norte, los cerros

cercanos a Guadalupe y las garitas de Vallejo, Nonoalco y Peralvillo.

"De todos esos puntos, el Peñón Viejo, ubicado sobre el camino de Puebla, fue el mejor preparado. Con muchos sacrificios económicos se elaboró el material de guerra, se fundieron cañones y algunos resultaron tan buenos como los que traían los norteamericanos. Se armó de fusiles a los nuevos reclutas que se colocaron en las faldas del cerro, al pie de las magueyeras. Se cavaron trincheras y levantaron parapetos sobre la actual avenida Ignacio Zaragoza. Don Manuel Robles, encargado de los trabajos en ese lugar, dijo a Santa Anna: 'Aseguro a usted que, si los norteamericanos toman México, no será por el Peñón'.

"Y así fue —afirmó Austerlitz—. El 11 de agosto el general Winfield Scott, veterano de la Guerra Angloestadounidense de 1812 y futuro héroe de la Guerra de Secesión, entró al Valle de México y se situó entre los lagos de Chalco y Texcoco. En los días 12 y 13 hizo los reconocimientos del terreno. Juzgó que las defensas del Peñón eran inexpugnables aun para los 10 500 hombres que él comandaba. Decidió por ello emprender un largo rodeo hacia el sur para acceder a la ciudad por el pueblo de Tlalpan.

"Los mexicanos —precisó Austerlitz con una dicción tan exacta que parecía ensayada— no supieron ver que, al concentrarse en ese esquema defensivo, se verían obligados a contemplar, desde una plaza fortificada por todos los medios, cómo las tropas estadounidenses dejarían de lado la fortaleza del Peñón convertida en un arsenal inútil, erizada de cañones y abarrotada de hombres.

"Lo que siguió es historia conocida: en septiembre se llevaron a cabo las batallas de Padierna, Molino del

Rey y Chapultepec, en las que el ejército mexicano hizo gala de desorganización e ineptitud. En un intento desesperado por detener al invasor, el general Joaquín de Herrera le propuso a Santa Anna romper los diques de Mexicaltzingo para inundar la Ciudad de México y parar la conquista.

—A la capital es menester defenderla y salvarla a todo trance —dijo Santa Anna ante el ejército, después de calibrar durante un día las ventajas de la propuesta de Herrera— pues sus relaciones de siglos con las demás partes de la república influyen de tal manera sobre sus destinos que, perdida una, se exponen a perderse las otras. Si las necesidades de la guerra la trajeron a esta misma bella ciudad, tendremos presente que mucho vale, pero menos que la nación entera. Por ello hemos decidido sumergirla para que, como una virgen Atlántida, se salve de las vejaciones extranjeras y muera, junto con nosotros, en olor de santidad —concluyó pomposa e hipócritamente Su Alteza Serenísima, quien sabía a la perfección que el agua apenas mojaría los campos aledaños a la Hacienda de los Portales, situada a seis kilómetros al sur de la ciudad y a otros seis de Coyoacán. Además, casi todos los invasores se encontraban en el poniente montañoso de la ciudad y avanzaron, ganando las batallas, hacia Palacio Nacional, donde izaron su bandera.

—Es irónico —comentó Austerlitz— que, de todas las terribles inundaciones que han azotado la ciudad, la única que se planeó fue la más inofensiva. El agua a mitad del siglo XIX era poca comparada con la que hubo en tiempos de los mexicas y no representaba en ese momento gran peligro para la urbe. Sin embargo, no se paró la desecación de los lagos pues, como tú bien sabes, años después Porfirio Díaz comenzó la construcción

del Gran Canal del Desagüe, que según me has dicho parece una serpiente si se le ve desde el aire.

XIX

El esporádico sonido de los automóviles de Calzada de Tlalpan se mezclaba con el ruido de las tuberías del edificio y con el pertinaz goteo del grifo del baño. Sobre la cama había ropa sucia, papeles desordenados y un plato con restos de comida. Como todas las madrugadas, Indra permanecía despierto y observaba en la pantalla de su computadora el kilómetro cero. Un lugar que, pensaba, equivalía a la fuente de un río, aunque esté demostrado que los ríos no nacen en sitios específicos ni tienen origen único.

En las primeras páginas de *El Danubio* (uno de los libros que se amontonaban sobre el escritorio desordenado) Claudio Magris habla de las contradicciones y dificultades en que se incurre al querer precisar el nacimiento danubiano. Narra la disputa entre Furtwangen y Donaueschingen, dos pueblos de la Selva Negra que aseguran poseer la fuente auténtica. La discusión queda relativamente zanjada con el dato que afirma que Furtwangen es el punto más lejano de la desembocadura del Danubio en el mar Negro.

Sin embargo Magris consigna el relato de un investigador que viajó a ese lugar y descubrió que el manantial, considerado como la fuente del río brota al pie de una colina cuya pendiente sube decenas de metros y se convierte en una llanura estriada por innumerables y minúsculos arroyuelos. Es evidente que el líquido procede de las filtraciones de ese prado pantanoso y

que, por lo tanto, la fuente del Danubio no se encuentra exactamente en Furtwangen, sino arriba.

Dice Magris que dice el investigador que él mismo remontó los arroyuelos en busca de su procedencia. Caminó, mojándose los zapatos, hasta una antigua casa donde, cerca de la leñera, un canalón surtía sobre el suelo gran cantidad de líquido que corría prado abajo, ramificado en pequeños cauces. Detrás de la vieja construcción todo estaba seco. Desconcertado, le preguntó a la dueña de la casa de dónde provenía el líquido, a lo que ella respondió que el agua llegaba al canalón desde un lavadero, el cual se llenaba a través de un grifo que nadie conseguía cerrar, conectado a una tubería de plomo, tan antigua tal vez como la casa, que iba a perderse quién sabe dónde.

La historia es una metáfora sobre la imposibilidad de localizar principios auténticos, el dedo en la llaga que delata la verdad sobre la supuesta herida original que fue infligida por mano propia.

Vistos en la pantalla, los primeros kilómetros del Gran Canal le parecían a Indra la cicatriz de una herida que *in illo tempore* los ingenieros del patriarca Díaz cavaron con tenacidad en los terrenos cenagosos del nordeste de la capital.

Observaba el kilómetro cero, sitio que no oculta su origen múltiple, poluto: las inmensas tuberías con forma de patas monstruosas de las que se alimenta emergen del suelo, provenientes del sistema de drenaje.

El Danubio nace de un grifo y el Gran Canal lo hace en los miles o millones de escusados de la ciudad. Tal vez sea más preciso decir que sus fuentes se remontan al sistema de abastecimiento de agua, a los pozos cavados en el subsuelo de la Cuenca del Valle de México y al Sistema Cutzamala, o yendo incluso más

atrás, a la lluvia, a la evaporación de las plantas y los océanos, a un ciclo cósmico cuya magnitud y equilibrio nos rebasan, nos hacen sentir pequeños: partículas de brisa en la catedral inabarcable de las nubes del cielo.

El ruido de los automóviles seguía pautando el curso de la noche cuando, no lejos de ahí, en un departamento vecino, alguien jaló la palanca de un retrete y, detrás de las paredes, el oxidado gruñir de las tuberías comentó, con agudeza excrementicia, la reflexión insomne de Indra.

XX

Tras salir de su reclusión en el Colegio de la Compañía de Jesús, Adrian Boot, enloquecido, se lanzó a los caminos que conducían a los lagos y vagó por las riberas. Buscaba a la Bestia de su mapa hidrológico. Jamás sospechó que moriría atacado por otro monstruo.

En la enciclopédica *Historia general de las cosas de Nueva España*, Fray Bernardino de Sahagún consigna que el ahuizote era un animal lacustre que tenía la forma y el tamaño de un perro, el pelaje negro y muy suave, las orejas pequeñas y puntiagudas y una cola muy larga en cuyo extremo se movía una mano de chango con garras filosas. Cuando alguna persona se acercaba a la orilla o caminaba entre los juncos, el ahuizote, con su mano terrible, la agarraba y sumergía en las profundidades. El agua se enturbiaba, se levantaban olas, los peces y las ranas que nadaban cerca huían.

La víctima aparecía flotando días después, bella y azul como todos los ahogados. La gente sabía que se trataba de un ataque del ahuizote cuando al cadáver le faltaban los ojos, las uñas y los dientes.

Los indígenas creían que el animal era una herramienta de los tlaloques, los nuncios de Tláloc, el dios de la lluvia. También creían que las víctimas eran afortunadas porque, al morir, sus almas iban al Tlalocan, el paraíso náhuatl, sitio escatológico ubicado en el interior de los cerros, donde se guardaba el agua del mundo. Sitio donde quizá terminó el alma calvinista del ingeniero holandés.

¿El ahuízote se extinguió cuando los lagos se secaron? ¿Sobreviven en la precariedad algunos ejemplares como los ajolotes de Xochimilco, o abandonaron el agua y se convirtieron en coyotes o perros callejeros?

El hecho de que no haya registros físicos de su existencia hace que tales preguntas se conviertan en enigmas criptozoológicos.

XXI

Cuando era niño, Luis Alberto Basurto, mejor conocido como El Pato, pasaba las tardes en las orillas de la laguna de Zumpango. Le gustaba capturar aves y destazarlas. De ahí su apodo.

Desde muy pequeño abandonó la escuela y empezó su carrera en la mafia como mensajero de los pandilleros del barrio San Pedro de la Laguna. Al poco tiempo se dedicaba a vender marihuana y cocaína afuera de las secundarias de Zumpango. Para 2006, cuando tenía 17 años, su fama de matón implacable se extendía por los municipios mexiquenses de Naucalpan, Tlalnepantla, Cuautitlán de Romero, Cuautitlán Izcalli, Tepotzotlán, Melchor Ocampo, Coacalco y Zumpango.

Fue líder de Los Cabiños, banda que controló el crimen organizado en la zona antes de que, en 2007,

Los Zetas, cobijados por José Santos Guevara, presidente municipal de Cuautitlán Izcalli, se apoderaron del territorio. En ese año, tras una prueba que consistió en dispararle en la cabeza a su mejor amigo mientras este comía pastel en la fiesta infantil de uno de sus sobrinos, El Pato fue aceptado en las filas de Los Zetas.

Con ellos debía extorsionar comerciantes, organizar a los narcomenudistas, distribuir sobornos a los policías, matar a quienes le ordenaran los jefes, cobrar comisiones por trata de blancas, administrar 20 casas de seguridad, coordinar un equipo de técnicos que colocaban cámaras clandestinas de vigilancia en la vía pública y, apoyado por un grupo de sicarios, descuartizar personas y mantener a raya el avance de otros cárteles. Según él mismo confesó, ganaba 150 mil pesos al mes. Entre 2007 y 2012, El Pato ejecutó a 48 personas y decapitó a nueve. Eran los años dorados, no solo para él.

Ese periodo fue, en el Estado de México, uno de los más propicios para la criminalidad. Se sabe que debido a la inminencia de las elecciones presidenciales de 2012, Enrique Peña Nieto, entonces gobernador del estado y candidato a la presidencia, hizo todo lo posible para que los crímenes en su entidad se ignoraran clasificándolos en el fuero común, es decir, para que no se volvieran un foco de atención de la opinión pública.

El Pato gozaba de inmunidad, pero de un día para otro las cosas cambiaron. En febrero de 2013 el nuevo jefe de la policía de Cuautitlán Izcalli, Aldo Navarro Vázquez, alias El Noventa, dio franca entrada al Cártel Jalisco Nueva Generación, identificado con los intereses del Cártel de Sinaloa, enemigo acérrimo de Los Zetas.

Ese mes fue, sin duda, el más violento en muchos años dentro de la entidad. Había en las calles una guerra

declarada, balaceras, cabezas que, literalmente, rodaban envueltas en bolsas negras de plástico o pendían de puentes peatonales, como sucedió el 14 de febrero en la colonia Luis Echeverría de Cuautitlán Izcalli, cuando los vecinos pudieron leer una manta con la siguiente leyenda: "Para ustedes este ramo de cabezas. Feliz día de san Valentín. Los Zetas".

El día 20, El Pato, acompañado por su grupo armado, se dirigió a la colonia Infonavit Norte, una de las más asoladas, en el municipio de Tultitlán, donde los suyos estaban perdiendo el control del mercado de drogas. Amenazó a los narcomenudistas para que solo vendieran la mercancía de Los Zetas, pero un joven se rebeló:

—¡Se van a la verga!, aquí puro Jalisco —dijo el muchacho antes de desaparecer en su motoneta, condenándose a muerte.

Dos días después, El Pato, al mando de un convoy, encontró al joven y lo decapitó, junto con otras dos víctimas, en una casa del fraccionamiento Hacienda Cuautitlán. Sobre los cuerpos dejó un mensaje que decía: "A todos los traidores más vale que se alinien por la derecha. No soportaremos mamadas. Atte. Los Zetas".

El cártel enemigo, apoyado por la policía de Izcalli que comandaba El Noventa, halló a El Pato el 25 de febrero en el estacionamiento del centro comercial Las Américas, en Ecatepec. Mataron a sus pistoleros y a él, después de torturarlo, lo entregaron a la Policía Federal.

La acusación que cayó sobre El Pato fue descomunal. Aparte de los crímenes que cometió y que confesó sin oponer resistencia, fue el chivo expiatorio de un tétrico hallazgo de cadáveres en la laguna de Zumpango. La neblinosa mañana del 31 de enero de ese mismo año un lanchero encontró flotando 19 cuerpos en el extremo

norte de la laguna: 5 hombres y 14 mujeres. A todos les faltaban los dientes, las uñas y los ojos.

El Pato negó por completo tener algo que ver con los cuerpos. Dijo que él jamás le había sacado los dientes a nadie, “ni que fuera dentista”, y que él nunca tiraría cuerpos en la laguna, “porque ahí me la pasaba de morro y porque para eso está el Gran Canal, que pasa cerca de ahí”.

Fue condenado a 80 años de prisión. Murió apuñalado en 2014 en el Penal de Otumba Tepachico a manos del pariente de una de sus víctimas. El gobernador del Estado de México se jactó de haber dado un golpe fuerte a Los Zetas mediante una serie de estrategias de inteligencia. Aldo Navarro Vázquez, El Noventa, fue promovido a la jefatura de la Policía Estatal de la entidad. De los 19 cadáveres de la laguna, solo fueron identificados 6. Los demás yacen, con las cuencas de los ojos vacías, en fosas comunes del cementerio de Zumpango.

LA HISTORIA DE DIOS

Las historias están tejidas de simulacros y de reflejos. Es la materia mítica que se refleja sobre sí misma, así como en los himnos del R̥gveda, los ṛṣi solían referirse a los versos que estaban componiendo. Son momentos en los que los múltiples, tumultuosos ríos de las historias parecen desaguar en el Océano de los Ríos de la Historia.

ROBERTO CALASSO, *EL ARDOR*

XXII

Una digresión para hablar de Dios. Desviación del cauce narrado, arborescencia que, si se gira el mapa, resulta la fuente del río, el auténtico origen. O tal vez no. Quizá no pase de un disparo al aire, bengala roja, fulgor de procedencia desconocida que se desvanece como un puñado de chispas apagadas.

Contaré, pues, la historia de Dios, una historia que inicia en el Estado de México, en la invasión que se

encuentra a un costado de las vías del tren suburbano, a pocos metros de la estación Lechería.

Dios dormitaba en un colchón pulgoso dentro de su casa de madera y láminas pepenadas en basureros cercanos, una casa sin servicios de agua potable ni drenaje que con precariedad se mantenía en pie a la vera del terraplén de balasto ferroviario. Vivía ahí desde hacía 10 años. Llevaba una existencia regida por el consumo de drogas, solventada económicamente por asaltos en las combis del transporte público y por las monedas obtenidas como limpiaparabrisas en los cruceros de las avenidas, sostenida a base de tortillas y garnachas y ordenada moralmente por el ir y venir de las pandillas de la zona, que crecían y desaparecían al ritmo de la muerte de sus integrantes.

Ese mediodía, un estruendo monstruoso despertó a Dios. Fue como si el mundo entero con sus edificios y selvas colisionara contra un muro y continuara apachurrándose interminablemente. Cuando salió a ver lo que pasaba, con los ojos legañosos observó un amasijo de fierros, chispas y humo, y gente atrapada, con los rostros ensangrentados. Sin dudarlo, brincó la reja que cercaba las vías, trepó un vagón descarrilado, rompió con dificultad una ventana y se internó en el humo para sacar a quien pudiera.

Lo hizo varias veces, sin percatarse de que su piel morena y tatuada se quemaba, se rasgaba. Rescató a tres niños y a dos mujeres jóvenes, y robó cinco mochilas, aunque nada de eso quedó registrado en su mente, como si se encontrara bajo el influjo de la hipnosis, lo cual le sucedía con frecuencia debido a la inhalación asidua de solventes.

Cuando llegaron los policías y paramédicos, él revisaba el pantalón de una mujer desmayada. En su

mente solo había un bolsillo gigante del cual salían volando billetes de 100 pesos como si fueran murciélagos en la boca de una cueva. Millones de billetes que revoloteaban a su alrededor y lo transportaban a un cielo o a un mar o a un sistema montañoso de dinero. Y encima del océano y los volcanes, como un trueno, la voz del rey Nezahualcóyotl apresurándolo para que apañara lo más posible.

Lo acusaron de robo, allanamiento de propiedad privada y abuso sexual. La mujer desmayada testificó en su contra. Un mes después, Dios se encontraba purgando una condena de cuatro años en el penal de Otumba Tepachico, cerca de Teotihuacan, cárcel de alta seguridad que parecía un refrigerador.

En los pasillos, esclusas y crujías hacía demasiado frío, un frío insólito y absurdo, sobre todo si se le comparaba con la temperatura templada de los alrededores. Muchas veces, en pleno verano, los reos podían ver su propio vaho mientras platicaban. Era como si el edificio se erigiera sobre grutas de hielo, o las autoridades encendieran el aire acondicionado como una variedad helada del castigo, o los cocineros mezclaran en la comida algún ingrediente que enloqueciera el termostato corporal de los prisioneros.

—O como si estuviéramos en el Infierno, que es un lugar congelado y no ardiente —le dijo Plástico a Dios el día en que se conocieron—. En el Infierno el Diablo se entretiene metiendo su verga de hielo en el culo de los condenados, cadáveres fríos que no han terminado de morir, más o menos como nos pasa a nosotros aquí —se echó a reír, una carcajada gruesa y rasposa que encajaba a la perfección con su bigote negro y su mandíbula inferior prominente, los cuales, a su vez,

combinaban con el rostro macizo y el cuerpo fornido que hacían de él un hombre respetado en la prisión.

Plástico, cuyo verdadero nombre era Fernando Gallegos, simpatizó con ese muchacho callado, flaco y lleno de cicatrices y tatuajes que, según se rumoraba, había rescatado a varios niños en un accidente de trenes. Dios comenzó a buscar su compañía: lo escuchaba y casi nunca intervenía en las conversaciones que, de esa manera, se volvían soliloquios.

Lo admiraba. Podía oír una y otra vez la historia de cómo Plástico había sido arrestado. Se encontraba dándole a lo suyo, como todos los días, en santa paz, dentro de su taller de hojalatería y pintura: "Taller de Artes Plásticas" le había puesto porque él siempre se consideró un artista, un escultor más perrón, aseguraba, que los egresados de La Esmeralda. Ahí restauraba carrocerías de automóviles, un trabajo muy fino, como de artesano o joyero, con el cual jamás defraudó a sus clientes, personas de colonias lejanas que lo iban a buscar pues preferían arreglar los golpes o choques de sus autos en el taller de Plástico que en las agencias oficiales.

—Por las tardes, cuando terminaba la chamba —le decía a Dios—, me ponía a darle a mis esculturas, al arte que yo hacía por puro gusto. Cortaba, soldaba, pegaba. Usaba trozos de fibra de vidrio, defensas abolladas, puertas viejas y nuevas, cofres hechos chicharrón, pinturas y barnices para bruñir. Con esos materiales hacía máscaras, guerreros de seis u ocho brazos con armaduras fosforescentes, mantarrayas pintadas como cebras, monstruos voladores que salían de mi cabeza: lo que sea que te imagines yo lo puedo hacer. Me daba unos toques de mota, ponía unas rolas y le daba a la creación. Al final, cuando la escultura o la máscara

quedaba lista y yo estaba cansado, era la hora del postre: piedrulces en bote de Yakult.

"Mira, chavo —decía Plástico con un tono pedagógico—, como el crack te putea la digestión, es bien importante tomarte el Yakult antes de fumar. Hay vatos que guardan el botecito vacío y lo usan varias semanas. Yo abría uno nuevo cada día, me lo bebía y después fumaba, porque cada Yakult contiene más de 100 millones de unas madres que se llaman *Lactobacillus casei* Shirota, bacterias que llegan vivas al intestino y se ponen en chinga a hacer su chamba para mejorar la flora intestinal.

"Fíjate, los japoneses, por allá de 1930, tenían una crisis en su país. Los niños se petateaban por enfermedades de la panza. Un moridero cabrón, la peste, el castigo del Cielo, el llanto de las madres. Millones de morros muertos en sus camas, en los hospitales, en los autobuses, en las playas. Morros amarillos que morían en las lanchas de sus padres pescadores y morros amarillos que caminaban por las calles y de pronto caían fulminados por retortijones mortales. El Imperio del Sol Naciente era un completo desmadre, una isla sembrada de cadáveres. Nomás nadie le atinaba a la solución, ignoraban qué tipo de personajes debían ser para dar punto final a ese cuento de terror. Pero alejado del caos, en su laboratorio de la Universidad de Kioto, Shirota, un científico loco, descubrió las cualidades de los lactobacilos que hoy llevan su nombre.

"Se dio cuenta de que los lactobacilos son como jardineros capaces de reverdecer el campo desmadrado de la flora intestinal. En matraces que parecían vasos y copas de coctelería, Shirota mezcló los lactobacilos con agua, suero de leche y azúcar hasta dar con la fórmula. Santo remedio. En un abrir y cerrar de ojos aparecieron

cientos de güeyes jalando carritos con Yakults, como un ejército de salvación que penetraba en los rincones más ojetes e inhóspitos del Japón. Los niños dejaron de morir. Por supuesto, la onda no tardó en contagiarse al resto del mundo por medio del sistema de clientes compradores, gente que se autoemplea y va de casa en casa ofreciendo Yakult.

"Algunas noches, cuando logro dormir de corrido, sueño que salgo de la cárcel y mi vida cambia. En esos sueños me dedico a llevar Yakult a las zonas más miserables de México, a los basureros inmensos en los que viven un chingo de pepenadores que mueren jóvenes, a las comunidades indígenas olvidadas, a las invasiones que se aprietan en las orillas de canales de drenaje, a los vagabundos de las ciudades, a las rancherías en las que la vida es una pesadilla infecta, a todos esos lugares del país donde, quizá más que en el Japón de 1930, mueren los niños de dolores de panza —decía Plástico y, con mirada soñadora, se quedaba observando durante unos segundos una araña muerta que colgaba en la pared de la celda.

Una araña que, seguramente, había muerto de frío, pensaba Dios.

—El día que me arrestaron yo estaba en el taller preparándome el postre —continuó Plástico—. Hice con los dientes un hoyito en la parte inferior del bote de Yakult y me lo tomé. Después abrí la base con mi navaja. Sequé el interior con una servilleta, vacié un poco de ceniza de cigarro, le eché unas rocas y con la lumbre del encendedor calenté la tapita de aluminio hasta que las piedras comenzaron a tronar. Un sonido como de hojas secas, cascarón de huevo o como el derrumbe de un cerro miniatura, un cerro de juguete que se desmorona y que solo puedes oír si tienes el

botecito de Yakult muy cerca, a la distancia exacta para aspirar el humo que producen las cenizas y las piedras al calentarse.

"De golpe el universo se me metió en el cerebro y en todas las partes del cuerpo, como si el exterior y el interior cambiaran de lugar. Eso mismo les pasa a los astronautas cuando van a velocidades superiores a la de la luz. Por un misterioso efecto de inversión física las galaxias se les introducen en sus arterias, que se convierten en cauces cósmicos o corredores estelares. Las naves ya no atraviesan el espacio sideral sino que navegan por tuberías de sangre, tejidos de carne, como si fueran glóbulos blancos o rojos o virus mortales.

"Yo andaba, pues, en el viaje de la piedra cuando escuché que daban golpes en el portón de mi taller. Unos putazos enloquecidos. Me asusté, pero no podía moverme. Estaba bien trabado, tenía la mandíbula tiesa, con el botecito de Yakult todavía en la mano. Vi a unos policías saltar la barda del patio. Traían metralletas, iban vestidos de color negro. Oí un helicóptero que volaba muy cerca. De un chingadazo, por la espalda, me tumbaron.

"Estaba en el piso con la suela de una bota en el cachete y la punta de un fusil a unos centímetros del ojo. Me esposaron, me subieron a una camioneta y unas semanas después yo ya estaba aquí. Neta que no hice nada para merecer esto, me pusieron un cuatro —concluía y, como si las palabras se le hubieran agotado u olvidado, se hundía en el silencio.

Un silencio que Dios no interrumpía. En esos momentos ambos se quedaban mirando la araña de la pared y Dios pensaba que Plástico era un mentiroso, un puto mentiroso que ocultaba cosas. "Cree que soy pendejo y que le voy a creer todo, pero no importa, no voy a

decirle sus verdades porque nos congelamos juntos en esta pinche celda y la verdad es que sus palabras me distraen y alivianan el frío que mató a la araña.”

Entonces Dios sonreía, una sonrisa torcida, y decía:

—Cámara, Plástico, qué chida historia, cuéntala otra vez.

XXIII

Tras purgar una condena de cuatro años, Dios se dirigió a la choza de las vías del tren, dispuesto a reivindicar su existencia. Como no tenía dinero, regresó a pie, una ruta de 53 kilómetros que tardó cuatro días y medio en recorrer. Nunca antes había disfrutado tanto el aire libre, el cansancio de las piernas, el movimiento lento.

La primera mañana, sin embargo, mientras andaba el camino que conecta el penal con el pueblo de Otumba, sintió que la luz era demasiado intensa y las imágenes del campo demasiado limpias y bellas para su vista acostumbrada a la oscuridad fría de la celda.

Le dolió la cabeza, como si la línea hirviente del asfalto, los magueyes de puntas lacerantes, los terrones agrietados de las milpas, los nopales heráldicos y las nubes, tímpanos brillantes, se le metieran en los nervios oculares y le llenaran el cráneo con imágenes que no cabían ahí dentro. “No lo voy a soportar”, pensó, y temió por un instante que su reacción defensiva fuera arrancarse los ojos con las uñas.

Se imaginó a sí mismo, tuerto vagabundo de las carreteras, penando de pueblo en pueblo, a merced de la limosna. Se imaginó y tuvo miedo, un instante de pavor que intentó paliar pensando en algo más, en cualquier cosa. No era la primera vez que le pasaba.

Durante su reclusión experimentó varios ataques de pánico, crisis violentas y suicidas que Plástico le ayudó a sobrellevar:

—Cuando el pinche horror llega, y te advierto que en este encierro llega muy seguido, lo que uno debe hacer es recordar cosas con todos sus detalles y sus putas arrugas. Acuérdate, por ejemplo, de las veces en que hayas tocado un pájaro muerto, la suavidad de sus plumas, lo engarrotado de las patas. ¿Cuántos años tenías? ¿Qué ropa traías puesta? ¿En dónde lo encontraste? Concéntrate en esas preguntas y verás cómo el horror se va poco a poquito.

Caminando por la carretera que lo llevaba a Otumba, Dios siguió el consejo de Plástico y echó a andar su memoria. Al principio fue difícil, porque el dolor de los ojos lo llenaba de angustia, pero después de un rato acudieron a su mente las sesiones del círculo de creación literaria de la cárcel, a las cuales se volvió aficionado porque le gustaba escuchar lo que ahí se contaba, generalmente narraciones autobiográficas y relatos inventados por los presos.

Lo habían impresionado las historias de un tipo delgado y con rostro de murciélago que decía haber trabajado durante años en una compañía de seguros. Un sujeto extravagante y medio loco que siempre utilizaba un vocabulario correctísimo y que un día, cuando le preguntaron las razones por las cuales asistía al círculo literario, respondió, con una voz como de hojas secas:

—Porque solo soy literatura y no puedo ni quiero ser otra cosa, todo lo que no es literatura me hastía —respuesta que obró en los demás como un embrujo o, mejor dicho, como una amenaza paralizante.

El Murciélago, así lo llamaban, nunca leía sus narraciones. Nadie sabía si las conocía de memoria o las

inventaba al hilo. De lo que sí estaban seguros quienes lo escuchaban era de que, una vez comenzada la historia, nadie podía levantarse hasta que el cuento acabara.

Caminando rumbo a Otumba, Dios recordó uno de los relatos de El Murciélagó. Se titulaba "La prisión" y estaba compuesto por cuatro partes desiguales en extensión y estilo.

La primera arrancaba con la llegada de un forastero a un pueblo. Se trataba de un pedagogo que llevaba consigo una ordenanza que lo acreditaba para trabajar en las oficinas municipales, dentro del departamento de asuntos educativos. En el ayuntamiento lo recibieron con recelo y le dijeron que ahí no había lugar para él, que lo mejor que podía hacer era volver a su lugar de origen. El rechazo no mermó su aplomo ni su convicción de ser contratado en las oficinas. A partir de entonces, desempleado y sin un lugar donde vivir, se dedicó a recorrer el pueblo, en busca de alguien que pudiera ayudarlo. Con resultados nulos, visitó tiendas de abarrotes, establos, cantinas y casas particulares.

El Murciélagó describía prolijamente los pasos de su personaje, las comidas que hacía, los altibajos de su ánimo y las reacciones que su presencia suscitaba en los lugareños. Contaba que los hombres trataban al pedagogo con una mezcla de desconfianza y curiosidad arrobada. Movidos por lástima o admiración, lo dejaban pernoctar en los pórticos de sus casas, pero luego, como si un rayo de duda los atravesara, le ordenaban que se fuera a primera hora del amanecer.

Su relación con las mujeres, por el contrario, tomó rumbos inesperados. La mayoría lo encontraba atractivo. Para congraciarse con él le ofrecían comida y le regalaban prendas de vestir de sus maridos. Algunas morían por él y estaban dispuestas a todo con tal de

conquistarlo, cuidarlo en un plano donde se cruzaban las intenciones maternas y eróticas. Parecía no importarles que su situación fuera precaria y que no tuviera señales de mejorar.

El pedagogo, por su parte, no podía evitar caer en el influjo del deseo y, pese a saber que no debía distraerse con veleidades, a menudo se descubría a sí mismo caminando por las calles del pueblo como un pavorreal orondo y lascivo.

Lo que más lo seguía ocupando era granjearse amistades provechosas como un medio para conseguir el trabajo. Así, tras muchas dificultades, logró concertar algunas citas con ciertos notables del pueblo, entre los que se encontraban el director de la escuela preparatoria, el administrador del fondo agrario y el tesorero del ayuntamiento.

En dichas citas, que para decepción del pedagogo jamás adquirieron tintes prácticos sino más bien filosóficos, se habló sin excepción acerca de la angustia, de las contradicciones de la existencia y de la pertinencia de afrontar los problemas con seriedad o ligereza. También se discutió si los problemas eran en verdad problemas (y de serlo, qué tan fatales podían llegar a ser) o pequeños desperfectos en el armonioso paisaje cotidiano.

Las conclusiones de tales charlas eran dos y se anulaban mutuamente. En los momentos de optimismo se hablaba de la resolución de las dificultades, incluso de la salvación y la felicidad, pero después, como si la nube negra de los malos presagios se desfondara sobre los dialogantes, se afirmaba que no existía otra posibilidad que la perdición, la miseria y la infinita humillación de los individuos.

—Por ejemplo tú —le dijo el administrador al peda-

gogo mientras le servía una taza de café en su oficina—, es probable que ahora te encuentres en un pasillo donde las puertas del cielo, es decir de la suerte, se te abran como los brazos de las muchachas que te persiguen. Yo aconsejo que no te distraigas. Hoy más que nunca necesitas lucidez y energía; estás en el que quizá sea el mejor momento para maniobrar y mover tus piezas. Por ello una mujer no te conviene, al menos no ahora. No vale la pena que, por seguir el impulso de la pasión, quemes la siembra antes de la cosecha. Concéntrate, aprovecha que los hombres te admiran y temen en silencio. Da el golpe tú primero. Lo más seguro es que el rechazo del ayuntamiento se deba a un rectificable error burocrático y que el no haber obtenido el empleo sea, en el fondo, una ventaja. El mundo es una pieza de pan al alcance de tu mano; mira a tu alrededor: aquí nadie es más brillante que tú, y sin embargo parecen favorecidos por alguna luz especial.

"Pero, bien vistas las cosas —continuó el administrador tras una pausa—, tus circunstancias son singulares y ciertamente alarmantes. Eres un forastero, un don nadie que no tiene dónde caerse muerto; de lo único que puedes asirte es de la arrugada ordenanza que llevas a todos lados, como un billete falso. Nadie necesita un pedagogo en estos días. Yo a tu edad ya tenía una profesión útil, me había hecho de una casa, un trabajo, esposa y dos hijos; en cambio tú, no te ofendas, estás a un paso de volverte un vagabundo.

"Y qué decirte de las mujeres, en tu situación no puedes hacer feliz a ninguna, lo cual, por sí mismo, sería un problema modesto y secundario si no fuera por el hecho de que, cuando un hombre hace infeliz a una mujer, esa mujer lo hace 10 o 100 veces más desgraciado. Ahora bien, admitamos que, con irresponsa-

bilidad, fuiste llamado a ocupar un puesto inexistente; también es cierto, y esto es lo más escandaloso, que el único culpable de que eso pasara eres tú. Viajaste hasta aquí sin investigar los pormenores del asunto y quién sabe qué otras tonterías puedas cometer —concluía el administrador con un tono iracundo ante el cual el pedagogo no sabía cómo reaccionar.

—Como podrán imaginar —contaba El Murciélago a sus compañeros del taller—, después de esas pláticas los nervios del pedagogo quedaban destrozados. Sin conseguir regresar a su casa, se sentía atrapado en una especie de purgatorio, de limbo cruel. En silencio, con rencor en las entrañas, reprochaba la falta de solidaridad de los lugareños, pero también sabía que no podía exigir atención porque ellos tenían sus propios problemas que resolver.

”Y es que de un tiempo a la fecha el río que atravesaba al pueblo se salía de control: su cauce, antaño apacible, por ratos se mostraba iracundo y estragador. En un principio la acción del agua apenas fue perceptible: alguna vaca desapareció tragada por la corriente, un par de sementeras se anegaron. Sin embargo los daños se hicieron cada vez más patentes. Las intempestivas avenidas trabucaron escombros y basureros, erosionaron calles, convirtieron parques arbolados en yermos terrenos de aluvión, arrasaron escuelas, casas, chiqueiros. En una ocasión el agua se llevó a unos niños que jugaban fútbol. Pasaron meses y los pobladores vieron, horrorizados, cómo el territorio habitable disminuía.

”Algunos decían que arriba, en las montañas, se había construido una presa cuyas compuertas se abrían y cerraban sin lógica aparente, y era eso lo que producía las avenidas imprevisibles. No era que el río ocupara el espacio del pueblo, sino que destruía secciones enteras

de la villa y luego regresaba a la normalidad o incluso se secaba durante temporadas completas.

"Por eso, cuando la gente, apretada en la última banqueta sólida, supo que ya no podía permanecer ahí, se replegó hacia el oeste, hacia una zona donde se extendía un inmenso páramo infestado de cactus venenosos y donde, al fondo del valle, en una lejanía que solo era posible calificar como ilusoria, se levantaban los muros de una prisión gris y monstruosa como la pesadilla de un gigante. Convertidos de la noche a la mañana en una caravana de desplazados, los pobladores, incluido el pedagogo (quizá el único que se sentía feliz por la desgracia), se vieron obligados a internarse en el desierto, cargando a cuestas las pocas pertenencias que pudieron rescatar.

XXIV

La segunda parte de la historia de El Murciélago, recordó Dios mientras pasaba frente a unos ranchitos paupérrimos, trataba del éxodo. Ahí la figura del pedagogo se desdibujaba. Solo se decía que él y una muchacha con habilidades de adivina concibieron una bebé. Cuando nació, la madre dijo que su hija, al crecer, adivinaría el futuro, de la misma forma en que ella había predicho, hacía muchos años, que quedaría embarazada de un forastero. Después de eso, El Murciélago dejaba de lado al pedagogo y a su familia para centrarse en la tribu y el desierto, que se convertían en personajes que luchaban a muerte por hacerse del protagonismo.

En ocasiones daba la impresión de que el desierto se comía a los humanos y que las acciones relatadas eran un teatro de osamentas semienterradas en la arena, lo

cual no excluía que abundaran descripciones realistas de la vida social de la tribu; de sus vestimentas (que fueron adquiriendo un predecible aspecto bereber); de las jaimas donde dormían, copulaban y charlaban; de las arrugas de los ancianos; de los juegos de los niños, y de los métodos de caza y de recolección de alimentos.

—El éxodo —decía El Murciélago— duró décadas, quizá siglos. Generaciones enteras crecieron y murieron en el desierto. Entre los sobrevivientes se difundió la leyenda de que la prisión, inexplicablemente lejana aunque avanzaran sin descanso hacia ella, era el Paraíso.

—En la cárcel hay fuentes serenas, graneros llenos y habitaciones para todos —dijo uno de los nómadas y sus palabras se contagiaron como una enfermedad.

—En la prisión tienen internet —dijo otro.

—En la prisión hay psicólogos que curarán nuestra locura.

—Allá viven nuestros dioses —gritó alguien más.

De pronto no hubo más fe que la fe en la prisión ni más verdad que el anhelo de llegar —explicó El Murciélago—. Poseídos por la idea de entrar a la cárcel, caminaron sin parar, muchas veces hasta caer rendidos sobre el polvo.

Los ataques de los coyotes, las sangrientas fricciones entre clanes enemigos, los cismas consecuentes y las desoladoras tribulaciones diarias borraron del recuerdo colectivo la imagen del pueblo originario. Nadie sabía su nombre. La última persona que había conocido un río había muerto décadas atrás.

Cierta noche, cuando la luna llena iluminaba el desierto, un viejo alucinado por el peyote gritó que tenía una revelación sobre el origen de la tribu. Con voz espumosa y atropellada anunció que los difuntos lo habían transportado al lugar de donde todos ellos

provenían, un cerro de piedra perforado por siete cuevas, llamado Chicomoztoc. Después de decirlo, el anciano giró como un trompo y vomitó al pie de unas nopaleras.

"Un vómito negro y amargo como la noche —precisó, solemne, El Murciélago—. Sí, amargo y negro como el infierno donde nos podríamos —repitió, y los presos que lo escuchaban guardaron un silencio aquiescente.

"Qué loco es recordar tanto", pensó Dios mientras dejaba atrás Otumba y se acercaba a Cuatlacingo, pueblo dedicado a la explotación del nopal y el pulque.

El malestar de los ojos se había esfumado y ahora sentía como si una marea de tranquilidad invadiera su cuerpo, libre de las paredes de la celda donde Plástico se quedó llorando cuando se despidieron:

—Cuídate, maniaco, ya nos toparemos afuera o de perdida aquí otra vez.

"Qué rara es la memoria, sanadora del dolor y el cansancio, divertida y conmovedora como una película, inmensa igual que el mundo", se dijo Dios, orgulloso de pensar esas cosas, que le parecían sabias y profundas.

Pero recordar también puede ser una tortura agotadora, un encerrarse en un bote de basura, sobre todo si se tienen remordimientos o los excesos han atrofiado la mente.

"Yo siempre imaginé mi cabeza como una cubeta con un líquido verde y podrido; tal vez era por la droga", pensó Dios, que dejó de consumirla desde el principio de su reclusión.

Drogarse demasiado borra la memoria, instala el desorden, como si en la vida no hubiera pasado ni presente ni futuro, sino un permanente después, un "más tarde" continuo, inalcanzable.

Dios había vivido en esa postergación mental desde que tenía 15 años, cuando inhaló tiner por primera

vez. Ahora la lucidez lo mantenía rígido, perceptivo, insólitamente memorioso. Por ello pudo recordar cada detalle de la tercera parte de "La prisión", que trataba de la clase dictada por un maestro atormentado y que en nada se parecía al resto de la historia.

Dios pensó: "Es como si El Murciélago se hubiera mudado del relato que contaba a uno diferente, como si los relatos fueran colonias vecinas y entre ellos se levantara un puente que él, en una fuga rápida, cruzaba para internarse en los callejones del otro barrio. El Murciélago es una verga".

—Resulta misterioso que el viejo loco del peyote haya utilizado el nombre Chicomoztoc, que no tenía que ver con el origen de su pueblo, sino con el de las siete tribus chichimecas de filiación náhuatl que poblaron el Valle de México —decía El Murciélago—. Seguramente fue una reminiscencia de las clases de historia que los padres o abuelos del viejo tomaron en la escuela, cuando aún no eran nómadas y la vida transcurría sin sobresaltos.

"Tal vez en esas clases, el maestro de historia de México, de pie en el aula de un edificio que tiempo después sería arrasado por el río, anunció que iba a explicar quiénes fueron los primeros pobladores de Anáhuac:

"—Hay varias fuentes que hablan sobre las migraciones chichimecas hacia el territorio del valle lacustre. La más conocida es el *Código Boturini*. Ahí se narra la migración de los aztecas desde su salida de la mítica Aztlán hasta poco tiempo antes de la fundación de México-Tenochtitlan.

"Aproximadamente 150 años duró ese viaje guiado por Huitzilopochtli —exponía el maestro—. Es apasionante imaginar a los mexicas en las estepas del norte,

resistiendo la lluvia, la nieve, el sol, las sangrientas condiciones que les imponían las otras tribus. Uno puede imaginarlos asustados cuando, en una mañana brumosa del año 1252, vieron por primera vez el Valle de México, se deslumbraron con el relampagueo del agua y olieron el humo de las aldeas. Ni los chalcas, xochimilcas, tepanecas o acolhuas pudieron prever que los recién llegados fundarían una ciudad que, como un zancudo de piedra, flotaría sobre los lagos y sería la cabeza del imperio más poderoso conocido hasta entonces.

”Pero el *Códice Boturini* no es el mejor documento para entender cómo se pobló la región lacustre del Valle de México. No lo es porque, antes que los mexicas, ya estaban asentadas ahí otras tribus.

”En primer lugar convendría saber qué quiere decir el término «chichimeca» —recapituló el maestro—. Así se les llamaba a los nómadas que merodeaban las regiones del norte de México y sur de Estados Unidos.

”La palabra «chichimeca» significa «linaje de perros» y proviene de la siguiente leyenda huichol:

”Hace muchísimo tiempo, la madre de los dioses avisó a un leñador de la sierra del norte que se acercaba un diluvio y que él podría salvarse si se refugiaba en un tronco hueco. El hombre, respetuoso de la palabra divina, caminó por las montañas en busca del tronco. Cuando lo encontró, se metió en él y guardó consigo a la perra que lo acompañaba en sus viajes. La lluvia comenzó, los ríos se desbordaron y el mar se derramó sobre valles, cubrió cerros, volcanes, sumergió tribus, pero el leñador y la perra navegaron sobre el caos.

”Cuando descendieron, las aguas y la tierra se secó, la perra se convirtió en mujer y procreó con el leñador hijos que recibieron el nombre «linaje de perros». Con el

paso de los años, esos hijos fundaron sus propios clanes e invadieron el Valle de México en oleadas sucesivas.

"La *Historia Chichimeca*, de Fernando de Alva Ixtlilxóchitl es el mejor libro a la hora de estudiar este tema —dijo el maestro, consciente de que sus palabras eran más aptas para una facultad de historia que para la escuela secundaria del pueblo donde trabajaba—. Ixtlilxóchitl fue un intelectual de Texcoco que se dedicó a reunir documentos antiguos con la finalidad de escribir la genealogía de su pueblo acolhua chichimeca. El principal fue el *Códice Xólotl*, compuesto por 10 láminas que explican el desarrollo del Imperio chichimeca en Anáhuac desde su comienzo hasta el reinado de Nezahualcóyotl.

"Según la información ahí relatada, los acolhuas chichimecas, linaje de perros, llegaron al Valle de México en el siglo XII, provenientes de Chicomoztoc, una remota montaña que en su cima tenía siete cuevas grandes como ciudades. Los acolhuas que arribaron al Valle de México eran liderados por el caudillo Xólotl y su hijo Nopaltzin, par de guerreros capaces de vencer a ejércitos enteros con apenas un par de escudos y lanzas. De ellos se decía que podían hacerse invisibles, que poseían el don de la teletransportación y que, para evitar los ataques nocturnos de sus enemigos, se refugiaban en chozas fabricadas con cuchillos ensangrentados. Se decía también que eran inmortales. Y todo debido a su mítico lugar de origen: Chicomoztoc —dijo el profesor, ignorando que entre sus alumnos solo había uno que escuchaba atento, un niño gordo que tomaba nota de todo y que jamás olvidó la lección.

"Ese niño —explicó El Murciélago, abriendo una digresión en la historia del maestro— era en extremo propenso a los devaneos imaginativos. A partir de lo

expuesto en la clase de historia, comenzó a fantasear con las aventuras de Xólotl y Nopaltzin, quienes se convirtieron en sus dos personajes favoritos. Los concebía parecidos a Batman y Robin, sensei y pupilo, padre e hijo, sometiendo a los pueblos enemigos entre los juncos de las lagunas. Llenaba cuadernos enteros con dibujos de sus héroes. La odisea chichimeca germinó en su interior como un credo, una mitología personal.

"Cuando el niño gordo creció y se hizo adulto, transmitió la historia de Xólotl y Nopaltzin a sus hijos, pero añadió un detalle: les dijo que sus propios antepasados provenían también de Chicomoztoc, de lo cual, afirmaba, debían sentirse orgullosos. Esa fábula, repetida una y otra vez a la hora de la cena, se transformó en dogma familiar, se heredó de generación en generación y eclosionó cuando el viejo alucinado por el peyote, tataranieta del niño gordo, la gritó frente a los otros nómadas en una noche negra y amarga en el desierto.

"Pero volvamos —dijo El Murciélago— a las explicaciones históricas del maestro:

"—Lo que queda claro —continuó mientras con melancolía se preguntaba por las razones que, un par de años atrás, lo impelieron a abandonar su cátedra en la universidad de la ciudad para mudarse al pueblo donde ahora trabajaba— es que los acolhuas chichimecas, pese a haber llegado antes que los mexicas, no fueron los primeros en establecerse en la región.

"Es interesante ver en el *Códice Xolotl* cómo Nopaltzin y su padre, tras afincarse en Tenayuca, cerca del lago Xaltocan, se dedicaron unas veces a guerrear y otras a aliarse con los grupos toltecas que moraban cerca de ahí.

"Por su parte, los toltecas habían arribado desde el año 900. Su dominio en la zona duró hasta el 1116,

cuando llegaron los acolhuas chichimecas y Quetzalcóatl, gobernante de Tula, tuvo que huir al sur —explicó el docente pensando que él mismo, como Quetzalcóatl, era un fugitivo, con la diferencia de que, en su caso, la fuga era inmanente a su persona: «abandoné mi cátedra universitaria, mi vida en la ciudad, casas, amigos, otras ciudades, amantes, dos hijos, mi existencia entera es una fuga sin principio ni fin», se dijo en silencio y se sintió tambaleante, mareado frente a sus alumnos, al borde del desmayo, aunque no paró de hablar—. Previos a los toltecas —su voz era cada vez más entrecortada, como si le faltara el aire— vivieron en la Cuenca del Valle de México otras personas de procedencia teotihuacana, las cuales hallaron ya instalados a los de Cuicuilco.

”Incluso antes que ellos —dijo tras respirar con profundidad—, desde aproximadamente el año 3000 antes de nuestra era, ya se habían establecido en las orillas de los lagos diversas aldeas de pescadores y agricultores. A su vez, esos primeros sedentarios eran descendientes de los nómadas cazadores de mamuts que hace 11 milenios vagaban por los territorios que hoy conforman la Ciudad de México y su área metropolitana.

”Los restos humanos más antiguos encontrados en la Cuenca del Valle son los de una mujer que murió en la Edad de Hielo, hace 13 mil años. Los científicos la llaman La Mujer del Peñón, porque fue hallada en el Peñón de los Baños, un cerrito que está a un lado del Aeropuerto Benito Juárez y que entonces era un islote del lago de Texcoco.

”Estudios genéticos han demostrado que la ascendencia de esa mujer era asiática, lo cual comprueba que sus antepasados fueron los hombres y mujeres que

llegaron a través del estrecho de Bering en migraciones ocurridas hace 40 mil años.

”Es cierto que los éxodos transcontinentales se debieron a la persecución de presas para la caza, sin embargo yo pienso que había algo más, una característica propia de la condición humana que los arrojaba a un avanzar sin tregua.

”¿De qué naturaleza era la angustia que los ponía en marcha? ¿Por qué algunos permanecieron en el Valle de México y otros continuaron el viaje que los llevaría hasta la Patagonia? ¿Cómo se explica que; miles de años más tarde, seamos tantos los que, sin necesidades reales para hacerlo, seguimos huyendo de algo que nos precede y nos rebasa?

”Es todo por hoy, jóvenes —concluyó el maestro y salió al patio a encender un cigarrillo, diciéndose que él mismo era como el humo del tabaco: mientras más lejos estaba de la brasa originaria, más se desvanecía. Sabía que al acabar el semestre se iría del pueblo con rumbo a un lugar desconocido.

XXV

Cuando cruzó la carretera que va de Ecatepec a Tulancingo, Dios recordó la cuarta y última parte de la historia de El Murciélago: por fin los nómadas habían llegado a los alrededores de la prisión y establecido ahí sus campamentos, transformados rápidamente en un cinturón de barriadas insalubres donde proliferó la delincuencia, la falta de servicios y el hambre.

—Estás describiendo Chimalhuacán, Murciélago —bromeó uno de los asistentes al taller de literatura.

—Cállate, pendejo, no interrumpas —respondió alguien más.

—Todos los días —retomó el hilo El Murciélago sin prestar atención a las voces del auditorio— un grupo de habitantes se manifestaba con pancartas frente a la entrada de la prisión y pedía hablar con el alcaide para negociar el ingreso de, al menos, 20 personas, de preferencia enfermos y niños.

"Los guardias, vestidos con pasamontañas, botas militares y armados con metralletas, argumentaban carecer de la autoridad suficiente para transmitir el mensaje. Sostenían que, dentro del escalafón carcelario, eran los custodios de más baja categoría, y que la puerta que cuidaban era la primera de una serie interminable de rejas y esclusas, cada una más inexpugnable que la otra y custodiada por guardianes más poderosos:

"—Ni siquiera nosotros podemos soportar la simple vista del tercero de ellos —decían a los manifestantes, quienes, frustrados, se retiraban y volvían a la mañana siguiente para exigir lo mismo.

"Cierta día —explicó El Murciélago—, al líder de una sección de las barriadas se le ocurrió que un método plausible para ingresar a la prisión consistía en incrementar los delitos. Atacarse entre ellos para ser castigados y reclusos.

"—Una manera de entrar por la vía legal. Punitiva, pero legal, compañeros —gritaba el líder.

"La propuesta gozó de popularidad y muy pronto el sujeto de la idea fue elegido presidente. Ya en el poder, instauró un régimen basado en el terror. Se volvió millonario gracias al tráfico de armas, que compraba a los guardias penitenciarios y vendía a la población.

"Dado que las autoridades de la cárcel se mostraban ajenas e indiferentes a lo que pasaba en las barriadas

—siguió El Murciélagó—, el líder, para legitimar su mandato, ordenó que los crímenes fueran cada vez más cruentos. Así fue como se desató una guerra civil. No pasaba un día sin que los pobladores encontraran en las calles cuerpos mutilados y grafitis escritos con sangre.

"Transcurrieron los años y, pese a que la cárcel seguía sin abrir sus puertas, la violencia se convirtió en dogma, en motor social. Quienes se negaban a participar en esa política eran brutalmente asesinados.

"Mientras tanto, en una chabola ubicada al final de una calle sin pavimentar, una mujer joven se reunía todas las noches con sus vecinos y narraba sus sueños. Era la tataranieta del pedagogo y la adivina.

"Una vez, la joven contó lo siguiente:

"—Pronto nacerá un niño en las barriadas. Será una criatura con gran inteligencia, un nene maricón.

"'A los nueve años realizará su primer milagro: detendrá las balas, las convertirá en abejas venenosas que picarán a los sicarios. A los 15 será violado por un esbirro del presidente. Al agresor se le gangrenará el pene. A los 20, nuestro pequeño desarmará con su sola presencia afeminada a los guardias y entrará a la prisión. El pueblo lo seguirá, patio tras patio, pasillo tras pasillo, viendo con azoro cómo la cárcel es un edificio deshabitado.

"'Al llegar a la oficina del alcaide rodeará el escritorio de caoba, dará vuelta a la silla giratoria y descubrirá el asiento vacío. Porque nunca ha habido nadie —explicó la joven a sus vecinos, que la escuchaban asustados—. Nunca hubo nadie ni lo habrá —repitió como si remachara la cadena de una lógica inexorable.

"Y en ese momento —dijo El Murciélagó— entró a la chabola un comando armado que los mató a todos.

La joven tenía una sonrisa beatífica cuando las balas le destrozaron el rostro. Fin de la historia.

Se difundió un silencio tenso en la sala. Los presos no podían creerlo.

—¡No mames, Murciélago, vete a la verga! —gritó alguien.

—¡Estás de la chingada! —murmuraron otros.

Eran las cinco de la tarde de su primer día de recorrido y Dios seguía caminando por la carretera, recordando los acontecimientos de su estancia en la cárcel. Todavía faltaban 43 kilómetros para llegar a su casa. A lo lejos, iluminadas por un sol dorado y oblicuo, brillaban las pirámides de Teotihuacan. Impresionado, Dios lloró porque las veía por primera vez y en verdad le parecían hermosas.

XXVI

Sobre las pirámides, por efecto del sol poniente, las nubes flotaban como cojines abullonados, como un tapiz azul y rosa cepillado por el viento. Conmovido hasta las fibras más duras y apretadas de su cuerpo, con lágrimas en los ojos, Dios veía ese paisaje y recordaba las palabras que Plástico le dijo el día de la inauguración del taller de artes y oficios de la cárcel:

—¿Sabías que “Teotihuacan” quiere decir “lugar donde los hombres se transforman en dioses”? —le había preguntado mientras caminaban por los pasillos—. Me acuerdo que antes iba dos o tres veces al año y, mientras paseaba por la Calzada de los Muertos, me preguntaba a qué se debía el significado de la ciudad. Pues ayer en la noche tuve un sueño, ¿quieres que te lo cuente?

—Simón, escúpelo —respondió Dios.

Acérquense y fumen un poco más. Sé que ustedes, al escucharme, se preguntan cuándo acabaré la digresión y retomaré el cauce de la historia principal.

Cuando se cuenta algo, resulta casi imposible dictaminar si se entra o se abandona o se remonta la corriente madre, si se avanza sobre los tejidos del corazón o sobre la vena de un delta dactilar. Quizá el universo sea un entramado de digresiones sin fin, y lo que se pensaba historia principal no sea más que una pequeña fuga, lo cual, naturalmente, produce angustia, desasosiego del infinito. Por ello son tan recurrentes los mitos acerca del origen, inicios ilusorios a partir de los cuales se ramifican y numeran vertientes, se esquematiza el caos y se garantiza cierta tranquilidad parcelaria.

Un ejemplo es el mural de la pared norte de la Biblioteca Central de la UNAM, obra de Juan O'Gorman que representa la historia política y cosmovisión de la cultura mexicana.

En el centro se recrea la escena de la fundación de Tenochtitlan, de donde surgen seis brazos de agua que conducen a los seis antiguos asentamientos del valle: Coyoacán, Churubusco, Iztapalapa, Xochimilco, Tacuba y Azcapotzalco. Los brazos indican una genealogía, como si Tenochtitlan fuera el tronco y las otras ciudades los vástagos.

Esto, obviamente, es una convención política porque dichas poblaciones eran más antiguas que la capital azteca. Colocar al águila y la serpiente en el centro significa imponer un inicio apócrifo, imperial. Vestir con la túnica blanca del comienzo el cuerpo peludo de la digresión originaria.

Cualquiera que vea el mural puede permanecer largo

tiempo encontrando detalles nuevos. Tan solo en los mencionados brazos de agua bullen, inmovilizados en un agitado nado pétreo, cardúmenes de peces, culebras zigzagueantes, canoas y patos, caracoles.

Si se escruta el muro norte desde una perspectiva más amplia, se advertirá que está dividido conforme a una concepción dualista del universo. En la mitad izquierda aparecen las divinidades luminosas y benéficas: Tonatiuh, Quetzalcóatl, Ehécatl, Tláloc ojirredondo y, presidiéndolos a todos, Tlazoltéotl, diosa del parto y la agricultura, encaramada en su cama de milpa.

La mitad derecha, por su parte, está dedicada a las deidades tenebrosas de la noche: el siniestro hechicero Tezcatlipoca, flanqueado con su monda calaca humana; Chalchiutlicue, diosa del agua; y Tlahuizalpantecuhtli, el lucero de la mañana, con su característica presencia bifronte que encarna, al mismo tiempo, la vida y la muerte.

Detrás del lugar donde Tlahuizalpantecuhtli ciñe su bastón con la figura de un mono *oxomatli*, está la sala poniente del séptimo piso de la biblioteca, dedicada al acervo relativo a obras públicas y temas de ingeniería. Ahí, sobre un estante, descansan dos ejemplares de *El paradigma porfiriano. Historia del Desagüe del Valle de México*, de Manuel Perló Cohen.

Meses antes de dirigirse al kilómetro cero, Indra los buscó y, sentado en la reducida sala de lectura, hojeó uno de ellos. Era un día caluroso, la sala estaba llena de estudiantes, el bibliotecario tenía encendidos dos ventiladores y la iluminación era artificial, blanca, como de morgue.

Quizá fue eso lo que incomodó a Indra. Quizá fue el hecho esotérico de encontrarse en el reverso de Tlahuizalpantecuhtli lo que le infundió un miedo irracional, como si de pronto una presencia oscura y encapuchada

se inclinara tras él. Con toda seguridad fue eso lo que le causó una crisis de pánico, lo hizo cerrar el libro, levantarse con torpeza de la silla, realizar con rapidez el préstamo bibliotecario, bajar velozmente siete pisos de escaleras piranesianas, ignorar la presencia y el saludo de un excondiscípulo que se alarmó de verlo tan sucio y demacrado, y salir corriendo de la biblioteca, diríase que escapando de una sombra.

Ya en casa leyó *El paradigma porfiriano*, convencido de que su historia personal se prefiguraba en los capítulos dedicados a la excavación del túnel de Tequixquiac.

La narración de las labores de obreros, ingenieros y supervisores, el análisis de los desacuerdos entre la Junta Directiva del Desagüe y los contratistas extranjeros encargados de las obras, así como la descripción de la fuerza mecánica de las dragas y bombas hidráulicas, significaron para Indra la explicación estructural de su tragedia amorosa.

Por aquel tiempo, sus claves interpretativas reducían la multiplicidad del mundo a un traumático hecho singular: el de la muerte de Ixtab. Su mente había adquirido la forma de un cono invertido, embudo succionador donde la idea fija que lo atormentaba era el vórtice hacia donde resbalaba cualquier cosa que estuviera cerca, como resbala el universo hacia los hoyos negros que terminarán por devorarlo, dejando solo la oquedad ciega de la antimateria, el suicidio cósmico, el pandemonio brutal del silencio.

Porque, bien vistos, los hoyos negros son los desagües del cosmos, la obsesión nihilista de la creación objetivada en forma de agujero o cloaca. A través de ellos, ríos de estrellas desaparecen, mares de galaxias se drenan, planetas enfermos buscan una ruta directa hacia la desaparición.

Sin embargo, mientras el universo se vacía, un cosmos desconocido se llena porque no existe la transmutación alquímica del todo en nada. Bajo la apariencia de la muerte, lo intuía Indra, opera un baipás subterráneo, un reverso de cañerías, una lógica de flujos trasvasados.

XXVIII

Los flujos humanos en los presidios están sometidos a rigurosos controles. Como en algunos canales de navegación, el movimiento en los pasillos del penal de Otumba Tepachico se rige por un sistema de esclusas que sirven para encapsular posibles motines. De hecho, los pasillos son llamados "esclusas".

Cada tantos metros, hay barreras de metal custodiadas por guardias protegidos en pequeños recintos fortificados, que se encargan de franquear el paso a los caminantes hacia una angosta sección intermedia que, a su vez, está delimitada por otra barrera de metal en cuyo lado ulterior hay otro guardia igualmente protegido.

Solo cuando el primer guardia cierra su barrera, el segundo deja el paso libre a los presos, que después se detendrán ante más puertas y custodios.

Ese día, en la esclusa número 35, la penúltima que se debía cruzar para llegar al patio viniendo de la zona de crujías, había un guardia vestido como si trabajara en una prisión del Ártico. Llevaba el rostro cubierto con un pasamontañas negro, las manos enguantadas.

"Pareciera que bajo su chamarra hay 10 chamarras más", pensó Dios al verlo y tocar sus propias ropas, delgadas y del reglamentario color beige. "Podría ser que debajo de esa muralla de prendas negras no haya otra cosa más que vacío, la nada recubierta de crema-

lleras, botones y costuras”, se dijo. Si en verdad la nada existe, vive envuelta en trapos, fiscalizando las acciones de los humanos, como lo ha venido haciendo desde que el mundo es mundo.

Como los gruesos guantes impedían que el guardia encontrara la llave adecuada para abrir la barrera, Plástico y Dios, junto con la larga hilera de presos obligados a asistir a la inauguración del taller de artes y oficios, tuvieron que esperar. Las conversaciones se confundían y multiplicaban, entreveradas con risas y gritos. Entonces Plástico habló:

—En mi sueño comprendí que el significado de Teotihuacan se debe a algo relacionado con el suelo, a una cualidad mágica de la zona, a una energía bien cabrona de la tierra. Supe que en ese lugar hay un imán enterrado que atrajo durante años a la fuerza divina del universo. Los primeros teotihuacanos lo advirtieron y por eso se establecieron ahí. Como antenas, sus cerebros sintonizaron mensajes siderales que les decían: “Aquí está lo bueno, aquí se transformarán en algo superior”. Los rayos magnéticos les entraban por las cabezas y bajaban a través de sus venas. Cuando llegaban a sus pies, volvían a subir y regresaban al espacio. Por efecto de ese movimiento energético que cruzaba sus cuerpos, durante generaciones la sangre de los teotihuacanos se emulsionó y alteró su composición, se convirtió en sangre de dioses.

”Para mí lo impresionante es que todo esto embona con una de mis teorías sobre la divinización de los hombres. Me refiero a la de las alteraciones sanguíneas. Siempre he pensado que, si nos metiéramos en una centrifugadora y nos pusiéramos a dar vueltas a velocidades encabronadas, nuestra sangre se partiría como leche agria. Los glóbulos rojos y blancos por un

lado y por otro el plasma, compuesto de agua, proteínas, grasas, glucosa y, no me digas que no, un chingo de toxinas. Eso provocaría que la muerte, como un vampiro confundido, abandonara nuestros cuerpos.

"Cuando uno fuma piedra, eso es lo que pasa, aunque de manera fugaz: el infinito se te mete en las venas, la muerte se lamparea con el destello de la eternidad y por unos minutos tú te vuelves un dios. La onda es inventar una droga de efectos duraderos. Algo como la piedra filosofal o el elixir de la eterna juventud. Yo la llamaría la Pastilla de la Santa Sangre de Plástico, ¿cómo ves?

"En mi sueño comprendí que los teotihuacanos, clavadísimos con las transformaciones de sus cuerpos, buscaron la manera de representar lo que les pasaba. Cuando los sacerdotes y mandatarios dieron con la idea, consiguieron arquitectos, astrólogos, chalanes, tamemes, macuarros, prisioneros de guerra, gente tolteca experimentada, un chingo de raza para echarle montón al proyecto.

"Obviamente tuvieron problemas y equivocaciones, hubo heridos, se endeudaron, a veces no hallaban la pinche salida y en varias ocasiones quisieron echarse para atrás. Pero los teotihuacanos perseveraron y, luego de largos años de trabajo, vieron culminada su obra —dijo Plástico cuando el guardia, tras varios intentos, logró abrir la esclusa y los presos pudieron avanzar.

Se escucharon silbidos y algunos aplausos. Afuera, en el patio de la cárcel, brillaba el sol y hacía calor, un calor incomprensible para quien saliera de las esclusas.

Si Indra leía que en 1891 la compañía inglesa Read & Campbell, contratada para dirigir la perforación del túnel, luchaba contra las inundaciones ("se filtran 600 galones por minuto en la lumbrera número 7", decían) y pedía más recursos a la Junta Directiva, que por su parte aquilataba las ventajas y desventajas de rescindir el contrato para otorgarlo a la compañía Pearson & Son; si se enteraba de que al final, por decisión de José Yves Limantour, la dirección de la obra se le encargó al ingeniero mexicano Luis Espinosa y la Read & Campbell fue recontratada para trabajar a destajo; si Indra leía y procesaba ese tipo de datos, si los anotaba en un cuaderno, era porque pensaba que establecían una relación de causalidad con el acto postrero de su novia, como si Limantour la hubiera arrojado al túnel o, en fúnebre concilio, los integrantes de la Junta hubieran decidido que Ixtab debía morir de esa manera.

Cuando supo que Perló Cohen calificó a don Porfirio como el Fausto mexicano, no pensó que tanto el presidente Díaz como el Fausto de Goethe fueron personajes casados con la idea del progreso material y los negocios, agentes de la modernidad empeñados en la transformación y aprovechamiento de las fuerzas naturales, promotores de grandes proyectos de ingeniería, industria, comunicaciones y urbanismo. En lo único que Indra pensó fue en la parte de la obra de Goethe donde se narra la trágica relación de Fausto y Margarita, una relación que terminó con ella condenada y luego muerta en el fondo de una prisión oscura.

Al salir de la oscuridad fría de las esclusas, el sol del patio ciega la vista. Por ello, como si fuera una visera, Plástico sostuvo su mano izquierda a la altura de la frente mientras continuaba con su discurso interrumpido:

—Para representar la divinización que sucedía en sus cuerpos, los teotihuacanos construyeron con un chingo de esfuerzo las pirámides, que no son otra cosa que pretextos arquitectónicos para edificar escaleras.

"Ten en cuenta que para ellos las escaleras no significaban lo mismo que para nosotros, que las vemos como lugares útiles pero enfadosos donde siempre nos cansamos, donde la existencia muestra su verdadera naturaleza de bulto sobre la espalda.

"Ahora las escaleras son lo peor del mundo, por eso hay elevadores. Cuando alguien dice 'escalera', yo pienso en pasamanos sebosos que dejan en la piel un olor a sobaco o a trapo viejo, en espacios casi siempre meados, manchados de gárgajos y llenos de basuritas.

"Nosotros, a diferencia de los teotihuacanos, evitamos subirlas o bajarlas. En ciudades y pueblos atravesados por carreteras, la gente prefiere arriesgar la vida con tal de no subir a los puentes peatonales. Una escalera de puente peatonal bajo el sol es una excusa para rendirse, rajarse. Ya ni se diga las de aquí: oscuras, cada rellano es como un pozo de panteón, cubos recubiertos con tapias de cemento gris.

"En cambio los teotihuacanos construyeron su ciudad, su economía y su política como un envoltorio protector para su mundo de escaleras perfectas. No había para ellos nada más importante que usarlas. Al hacerlo representaban el movimiento de la energía divina que subía y bajaba por sus venas.

"Un teotihuacano podía dedicar varias horas diarias a ascender y descender las escalinatas de las pirámides. Era una obligación cívica y religiosa. De hecho había días consagrados a las escaleras.

"Lo vi en mi sueño: en determinadas fechas un chingo de gente llegaba a la ciudad para la celebración. Como se trataba de un rito solemne, estaba prohibido hablar y verse a los ojos. El ayuno era obligatorio, por lo que, al final de la jornada, eran comunes los desmayados y descalabrados; las personas rodaban inconscientes y ensangrentadas por las escalinatas.

"La cosa iniciaba al salir el sol y continuaba, sin descanso, hasta el amanecer siguiente. Por la noche las antorchas proyectaban sombras temblorosas y cansadas sobre el tezontle. El batir de las sandalias se multiplicaba en los taludes y se escuchaba en los cerros cercanos.

"¿Te lo puedes imaginar? —le preguntó Plástico a Dios cuando llegaron a la puerta del taller de artes y oficios, que aún estaba cerrada, en espera de las autoridades.

—La verdad es que no porque nunca he visto las pirámides —le contestó Dios.

—¿Neta no las conoces? No mames. El día en que salgas de aquí vete caminando a Teotihuacan, está cerca. Será una puta experiencia que nunca olvidarás.

XXXI

Gracias a *El paradigma porfiriano*, libro donde se califica a Porfirio Díaz como el Fausto mexicano, Indra recordó el final trágico de Margarita y reflexionó sobre lo asfixiante y mortífero que puede ser el amor. Cuando no te ahoga tu propia pasión, lo hace la del otro. Esto

último se debe al exceso de importancia que alguien puede adquirir en la vida de su pareja.

En la obra de Goethe, Fausto abandonó a Margarita porque se dio cuenta de que ella, debido a razones históricas de género y clase social, dependía completamente de él para satisfacer sus aspiraciones, deseos y necesidades.

Vulnerable juego de egos en vilo, precario péndulo de interdependencias y voluble intercambio de reciprocidades, el amor es un comercio que requiere dosis iguales de incuria y cuidado. Si se deposita en la persona amada la razón de la propia existencia y la totalidad de las esperanzas, el tenso equilibrio del cariño se rompe.

El ser amado, idealizado como algo indispensable, se metamorfosea en un dios mezquino y sordo para quien todo tipo de ofrenda resulta una atención molesta. Deja de ser él mismo y se vuelve un irritable monstruo de Frankenstein, criatura iracunda que aplasta a su creador.

Pero, si fuéramos fieles a la historia de Mary Shelley, deberíamos decir que el monstruo, más que un ser cruel, era una criatura solitaria que deseaba amar. Deseo que estuvo a punto de cumplirse cuando su progenitor, el doctor Víctor, comenzó a trabajar en la creación de una pareja monstruosa.

Al final el científico destruyó a su segunda criatura antes de que tomara vida. Al saberlo, el monstruo juró vengarse y cometió varios asesinatos tras los cuales se desterró al más alejado y septentrional lugar del hemisferio, donde prometió suicidarse. Él, la víctima de los actos de su creador, que con irresponsabilidad había jugado a ser dios.

En una reflexión sobre su novela, Mary Shelley comentó que no importa en qué convirtamos al otro siempre y cuando nos hagamos responsables de ello:

la incapacidad de cuidar a quien construimos debería darnos miedo.

Indra se preguntaba si en el amor existe el control sobre las transformaciones de la otra persona. ¿Es posible evitar que alguien se haga una criatura adolorida? ¿Ella, al saltar al túnel, se volvió responsable de mi desesperación?

Solía pensar que la imposibilidad de hacernos cargo de nosotros mismos es lo que realmente debería atemorizarnos. En ocasiones, sobre todo en las noches, cuando el ruido de las cañerías era lo único que se escuchaba en su departamento, no solo lo pensaba, sino que en verdad se sentía morir de miedo. Se había convertido en un peligro para sí mismo y parecía que nadie era capaz de salvarlo. En esos momentos lamentaba no haber creído nunca en ningún dios.

XXXII

Pero yo, el contador de esta historia, sí creo en Dios porque sin él yo no existiría; sería solo un hato de varas rotas, aserrín desbalagado, cuatro caparazones de caracol sueltos por el mundo.

Creo en Dios porque él me hizo cuando regresó a su choza de las vías del ferrocarril, tras cuatro años de reclusión y cuatro días y medio de caminata. Él, como el doctor Víctor Frankenstein, recogió en baldíos y basureros los materiales con que estoy hecho. Los ensambló, mezcló el aserrín con resistol, me puso brazos, dedos crispados. Me dio pies. Modeló mis dos rostros.

Sudoroso y con los ojos colorados, Dios encendió una lumbre en la tierra y, con un alambre al rojo vivo, cocinó partes de mi anatomía, chamuscó profundidades

en mis costillas, cartílagos en mis orejas. Con las uñas sucias fijó para siempre el gesto suspicaz de mis párpados y encajó en mis cuencas caparazones de gasterópodo panteonero. Me puso dos narices huecas, como juncos para flautas. Cavó un hoyo en mi cabeza. Meticuloso y harapiento otorrino, hurgó en mi interior canales de respiración, túneles que comunican el agujero craneal con los conductos nasales.

Dios estaba drogado al hacerme. Estaba marihuano, como poseído.

En su mente, igual que melopeas chamánicas, resonaban las enseñanzas de Plástico, sobre todo las que dijo el día de la inauguración del taller de artes y oficios, cuando bajo el sol ardiente, buscando un ángulo de sombra en las paredes del patio, aguardaban a que las autoridades llegaran para la ceremonia.

—Pero toda esa onda que te conté no es más que un sueño, puro debraye del cerebro dormido, choro onírico —rectificó Plástico—. La verdad es más simple, pero más cabrona. Agárrate porque ahora sí te voy a explicar a qué se debe el significado del nombre de Teotihuacan. La neta de las netas. La verga pelada. Apréndetelo bien porque lo que te diré salvará tu vida, mejorará tu existencia cuando salgas de aquí. Teotihuacan es el lugar donde los hombres se hacen dioses porque... Apréndetelo bien, apréndetelo —resonaban, como graves notas, las palabras de Plástico en la cabeza de Dios la noche en que, afuera de su choza de las vías de tren, entre basura y polvo, iluminado por una fogata, me creó.

"Teotihuacan es el lugar donde los hombres se transforman en dioses porque fue ahí donde tuvieron el impulso de crear, de juntar piedras y hacer con ellas algo nuevo, insólito, hermoso —le dijo Plástico.

"Apréndetelo bien: la creación no solo transforma los materiales con que se trabaja. No solo la piedra, la madera, la palabra, el hierro y el barro cambian al ser modelados; el humano es quien sufre la metamorfosis más profunda. Al crear cosas nuevas, abandona su condición miserable de animal infructuoso, de bestia atormentada, de puta fábrica de bilis y mierda para volverse algo superior.

"Cuando nos ponemos a crear, nos transformamos en dioses. Y tú te preguntarás qué tipo de cosas se deben hacer. La respuesta es que no importa mientras sean obras producto de la pinche pasión, de las ganas que se traen dentro.

"Un morro chiquito, una morrita, pueden hacer un castillo de arena o lodo. Uno los ve concentradísimos, cavando canales alrededor de la fortificación, levantando murallas, y lo que uno está viendo, en realidad, es un pequeño dios en acción, una diosita. No importa lo que hagas, siempre y cuando te obsesione, te vuelva loco.

"El cabrón de El Murciélago, por ejemplo, no hace cosas materiales, pero construye ciudades de palabras, y es lo mismo: es un dios, y es la verga. Igual pasa con los músicos, los artesanos, los arquitectos, los fabricantes de instrumentos musicales, algunos albañiles, los actores. Crean realidades nuevas y, al hacerlo, se transforman.

"El caso de los teotihuacanos es especial porque se volaron la barda: edificaron pirámides chingonsísimas que han sobrevivido durante siglos. Sabían que lo suyo era bien especial y por eso se dieron el lujo de ponerle ese nombre a su ciudad. Estaban muy cabrones.

"Nosotros no debemos achicoparnos ni pensar en hacer cosas inmortales. Lo único importante, no lo olvides, es obsesionarte con tu creación, deseársela, tenerla en tu mente, trabajarla, soñar con ella, darle

vueltas y luego ponerla en acción. Vale madres que no le guste a los demás. Vale madre que no sea inmortal. Ya verás, ahora con el taller de artes y oficios, si la raza se pone vergas, la cárcel se poblará de dioses.

”¿Alguna vez creaste algo con tus manos?

—Mi casa, en las vías del tren —respondió Dios.

—¿Y te gustó?

—La verdad no tanto, es una casita bien culera, de lámina y madera.

—No importa, ahora en el taller harás lo que te salga de los huevos, lo que tú quieras; como yo cuando producía en mi taller las máscaras y monstruos que salían de mi cabeza. Puedes hacer tus propios monstruos y convertirte en su dios.

La noche en que me creó, Dios recordaba, extasiado, las palabras de su amigo. Siguió trabajando y, al considerar que yo estaba terminado, encendió otro de los porros de marihuana que le regalaron sus vecinos de las vías del tren y sopló el humo sobre mí, para insuflarme la vida.

Entonces nos miramos y entre nosotros se estableció un canal de comunicación telepática, la comunicación que existe entre un creador y su criatura. Cerca de ahí la fogata crepitaba y el mundo, iluminado por la lumbre trémula, me pareció incomprensible. Yo acababa de nacer y tales eran mis primeras visiones.

XXXIII

Pero no hablemos de mí. Hablemos de canales.

En el ámbito de la ingeniería hidráulica se dice que un canal es una obra destinada al transporte de fluidos y que, a diferencia de las tuberías y túneles, está abierta

a la atmósfera. Los canales son utilizados en sistemas de riego y de drenaje y en vías de navegación.

En cualquiera de los casos, ponen en contacto, a través de caminos líquidos, espacios antes separados. Un canal es un puente, una sogá, un "hola". Construcciones generadoras de contigüidades y parentescos, los canales, dentro de la gramática del mundo, son nexos.

También tienen su propia figura mitológica: como el titán Prometeo, quien al robar el fuego de los dioses y dárselo a los hombres mezcló las disociadas esferas de lo humano y lo divino, los canales mezclan aguas de fuentes distintas.

Son como las ideas: necesitan ser apreciados en su capacidad mediadora entre mundos y articuladora de experiencias. Y como las ideas, son más admirables mientras más riesgosos y largos sean, mientras unan mares lejanos, atraviesen montañas escarpadas, surquen terrenos movedizos.

El paradigma porfiriano. Historia del Desagüe del Valle de México es un libro que se puede considerar la biografía más erudita y exhaustiva que se ha escrito sobre el Gran Canal del Desagüe del Valle de México. Ahí se afirma que Porfirio Díaz fue el Fausto mexicano, lo cual nada tiene que ver, como había pensado Indra, con el amor de Margarita. En apariencia es difícil ligar a Fausto, el personaje de Goethe que vendió su alma al Diablo en una pequeña ciudad alemana a comienzos del siglo xix, con el dictador oaxaqueño. Sin embargo, Perló Cohen lo hizo, cavó un canal recto y fluido entre esos dos océanos separados.

La idea se plantea casi al final del libro, después de una descripción puntual de los pormenores del proyecto del desagüe desde 1877 a 1900. Para ese momento, el lector puede comprender por qué se dice que los planes

modernizadores que puso en marcha el presidente Díaz encajan dentro de la tercera transformación que Fausto sufre en el drama de Goethe.

Las transformaciones fáusticas son “la del soñador”, cuando, encerrado y solitario en su estudio de alquimista, Fausto se queja por la insatisfacción de sus anhelos y, de pronto, ve llegar a Mefisto, quien le propone cerrar un trato. “La del amante”, cuando conoce a Margarita y luego goza de una orgía en la noche de Walpurgis. Por último “la del desarrollista”, cuando Fausto se convierte en un operador de las desordenadas fuerzas de la naturaleza, en un constructor de megaproyectos cuyo propósito es beneficiar a la humanidad.

Al igual que Fausto en su tercera faceta, Porfirio Díaz quiso cambiar la totalidad del mundo físico, social y moral donde habitaba. Al igual que él, primero recorrió el mundo de las pasiones: la guerra, el asesinato, la conquista del poder, el dominio de los hombres. Una vez controlada la silla de mando, ordenó construir puentes, ferrocarriles, palacios, calzadas, pozos petroleros, fábricas y, desde el comienzo, se propuso “gobernar” las indómitas aguas del Valle de México, esos torrentes que nadie había logrado controlar. Todo lo anterior, desde luego, impelido por los intereses mefistofélicos de millonarios hombres de negocios que se beneficiaban con los contratos para realizar esas construcciones.

Su espíritu fáustico no podía encontrar tierra más fértil para expresarse que la obra del desagüe, la cual despertó su imaginación desde que era general del Ejército Republicano. Pero, a diferencia de Fausto, que buscaba únicamente el desarrollo en sí mismo, como primer y último valor, para Díaz el desagüe era una obra redentora, una estrategia de maquillaje y legitimación.

Aquí es donde entra en juego su especificidad

mexicana, donde Díaz se vuelve el Fausto mexicano. El desagüe fue una obra con la que él intentó redimir a la ciudad y sus habitantes. Aquejados durante siglos por la miseria, las inundaciones y las epidemias, esta construcción los salvaría y a la capital le permitiría ser una urbe sana y bella. Al mismo tiempo, con la construcción del Gran Canal, Porfirio Díaz quiso limpiar las aguas negras que salpicaban su propia imagen, drenar sus crímenes de Estado. Con el paso de los años fracasó, pues las epidemias y las inundaciones no se erradicaron, y el desagüe sería recordado como la obra que convirtió definitivamente a la región lacustre de Anáhuac en un territorio sediento y polvoso.

Catorce años duraron los trabajos del desagüe. La mañana del 17 de marzo de 1900, durante la ceremonia de inauguración, sobre un estrado de madera desde donde podían verse los cercanos muros de la cárcel de Lecumberri, Díaz advirtió una expectación silenciosa entre los periodistas, los funcionarios públicos, los empresarios y la gente del pueblo que habían acudido al evento. Era como si estuvieran en una misa o ante un demiurgo. Entonces, asesorado por los ingenieros, el presidente, con gesto hierático, abrió las compuertas y un estruendo líquido estremeció a los presentes.

Por primera vez, las aguas negras y las saladas del lago de Texcoco corrían lejos de la ciudad. Como Fausto, don Porfirio había sufrido una transformación: el hecho de inaugurar una obra de esas dimensiones lo dotaba de un halo sagrado. No era el mismo de antes y lo sabía. Sin embargo, autoproclamarse dios le pareció excesivo, poco estratégico, antidiplomático. En cambio, adoptar el porte de patriarca iba con su personalidad.

Moisés le quedaba bien: no era dios, pero lo había visto y, lo más importante, había recibido sus leyes.

¿Cuándo tuvo la revelación divina y cuál fue su monte Sinaí? Quizá don Porfirio encontró a dios cuando abrió las compuertas y las aguas negras entraron, con fuerza de diluvio, en el canal. Agua que cae, que corre, que se atropella, que bulle, agua destructora, agua lustral.

XXXIV

El personaje Fausto de Goethe, especialmente el retratado en la etapa de "desarrollista", es el arquetipo del emprendedor moderno, algo inexistente antes de la Revolución Industrial. Fausto representa a los hombres poderosos y activos que, a partir de entonces, aprovecharon los avances tecnológicos y el surgimiento de los centros urbanos modernos para modificar el entorno físico a escala planetaria. Constructores de ferrocarriles, grandes industriales y comerciantes, diseñadores de puertos, sistemáticos cavadores de túneles.

Lo trágico es que al final Fausto descubre que la transformación del mundo es irrealizable sin pagar un precio humano elevado y cruel.

Después de haber hecho ciudades enteras, talado la mitad de los bosques y edificado mil construcciones por toda la superficie de la tierra, ordena aniquilar el último bastión de la vida premoderna, representado por Filemón y Baucis, una pareja de ancianos que viven en la costa. Ellos, ajenos al vertiginoso desarrollo material, se dedican a ofrecer ayuda y hospitalidad a los náufragos y vagabundos. No molestan a nadie, sin embargo Fausto se obsesiona con la idea de desalojarlos para erigir en su terreno una torre de observación, un monumento narcisista desde el cual sea posible contemplar la totalidad de sus obras.

Encarga a Mefisto y a sus hombres que quiten de en medio a los viejos, petición que cumplen con brutalidad: queman su casa y los matan. Horrorizado por su mandato, Fausto descubre que no queda sobre el planeta un espacio que modificar. La muerte de la pareja no solo fue un acto asesino, también significó el fin de la razón de ser del propio Fausto.

Para remarcar el sentido trágico, Goethe narra cómo a Fausto se le aparece el fantasma de la zozobra y le echa en los ojos su aliento, que lo deja ciego. Como Edipo, se sumerge en las tinieblas de la culpa y se da cuenta de que ha destruido sus orígenes. Sin poder dar marcha atrás, el ciego y desesperado representante del progreso ordena a sus trabajadores seguir construyendo con mayor energía hasta llegar al final, un final que nadie sabe cuál será.

Si se presta atención a la obra de Goethe, es fácil darse cuenta de que las motivaciones de Fausto son claramente no capitalistas, sino de naturaleza utópica.

El personaje Mefisto, con su buen ojo para los negocios, su celebración del egoísmo y su genial y descarnada falta de escrúpulos, se ajusta muy bien a determinado tipo de empresario capitalista. *Fausto* está a muchos mundos de distancia. Mefisto indica oportunidades para hacer dinero con las ideas de desarrollo de Fausto, pero el propio Fausto no podría estar menos interesado: queda claro que no trabaja para su propio beneficio. Lo hace para el futuro a largo plazo de la humanidad.

Goethe no pensaba en las realidades sociales y económicas de su momento histórico, es decir en el surgimiento del capitalismo industrial, sino en el socialismo utópico. A finales de la década de 1820, mientras escribía el último acto de *Fausto*, leía el periódico parisino *Le Globe*, uno de los órganos del

movimiento saint-simoniano. En dicho medio, donde por cierto se acuñó en 1832 la palabra "socialismo", se describían proyectos de desarrollo que estaban muy por encima de los recursos imaginativos y financieros de los capitalistas de principios del siglo XIX, por lo general concentrados en la persecución de beneficios inmediatos e individuales para sus empresas.

Esos mismos capitalistas tacharon de utópicos e irrealizables los planes saint-simonianos. Sin embargo, era el carácter descomunal lo que atraía a Goethe y del que conscientemente imbuyó a su personaje Fausto.

Goethe estaba entusiasmado, por ejemplo, con el proyecto que Saint-Simon tenía para construir el Canal de Panamá. Asimismo, lo emocionaban con especial intensidad otras dos propuestas de Saint-Simon: un canal que uniera al Danubio con el Rin y otro que atravesara el istmo de Suez. En esa época el intelectual de Weimar estaba a punto de cumplir 80 años y solía decirle a su secretario Eckermann:

—¡Ojalá pudiera ver realizados esos grandes canales! Valdría la pena vivir 50 años más con ese fin.

Es interesante imaginarlo obsesionado en su vejez con la idea de que era urgente, más que nunca en la historia, la construcción de canales.

—Todo esto está reservado al futuro y a un espíritu emprendedor —repetía Goethe a quien quisiera escucharlo.

Tiempo después, en México, a Porfirio Díaz también lo persiguió la fiebre de los canales. Una tarde de mayo de 1877, platicaba con don Vicente Riva Palacio acerca de los planes que tenía para el país:

—La construcción de un canal que drene las aguas del Valle de México está reservada para el futuro y para

un espíritu emprendedor —dijo don Porfirio—. Demostraré que ese espíritu emprendedor soy yo, lo juro.

XXXV

Se dice —aunque sea inverosímil— que don Porfirio no incurrió en peculado cuando construyó el desagüe. Manuel Perló Cohen afirma en su libro que Díaz no estaba motivado por el dinero. Sostiene que sus objetivos y motivos no fueron el enriquecimiento, aunque —matiza— los instrumentos para llevarlos a cabo hayan sido los móviles egoístas de hombres de negocios nacionales y extranjeros.

Según el autor, es posible identificar en los planes modernizadores de Díaz una notable veta utópica, desinteresada. No hay que olvidar que fue gracias a su apoyo y entusiasmo que pudo afianzarse, en los últimos años de la década de 1880, el falansterio de Topolobampo, en Sinaloa, bajo la dirección del utopista estadounidense Albert Kimsey Owen.

Dicho falansterio se basaba en la supresión de la propiedad privada y de la moneda y en la construcción colectiva de caminos, escuelas, hospitales e industrias. Una sociedad igualitaria y feliz donde no habría pobres ni holgazanes.

Owen quería construir una ciudad modelo y un puerto marítimo de dimensiones nunca antes vistas. Como aún no existía el Canal de Panamá, planeaba que las embarcaciones provenientes de Asia llegaran a Topolobampo. Luego, por medio de un ferrocarril que cruzaría la Sierra Madre, las mercancías podrían ir y venir a las zonas industriales de Kansas, Missouri

y Texas. Una idea que era socialista en la base, pero capitalista a la hora de insertarse en los flujos globales.

Pese a los esfuerzos conjuntos de Owen y Díaz, la utopía de Sinaloa fracasó. No obstante, como prueba de que entre ambos personajes existía confianza y puntos de vista en común, está el hecho de que, años antes, en 1879, Porfirio Díaz y Matías Romero le pidieron a Owen que presentara un proyecto para realizar el desagüe del Valle de México. Al final su propuesta fue desechada porque las autoridades eligieron los planes del Gran Canal presentados por el ingeniero mexicano Luis Espinosa.

En el Archivo General de la Nación, en una curiosa sala llamada Biblioteca de Proyectos Abortados y Rechazados, dentro de la sección de Canales no Construidos y justo al lado de los legajos referentes al eternamente postergado Canal de Tehuantepec, todavía se encuentra disponible para su consulta el plan de Albert Kimsey Owen, titulado *La obra del Canal de Texcoco y Huehuetoca. Propuesta como base para la emisión de Moneda del Tesoro y para la inauguración de un Sistema Nacional que tenga por objeto multiplicar y diversificar las Industrias Nacionales*.

Ahí Owen despacha con unas cuantas líneas la cuestión ingenieril, argumentando que los desagües del Valle de México, realizados a lo largo de los siglos por distintas personas, habían sido innecesariamente complejos y difíciles de realizar. Él quería hacer un canal desde el centro del lago de Texcoco hasta Huehuetoca. "La obra, aunque grande, es sencilla en sus detalles", concluía.

Lo en verdad importante sería generar el entorno económico adecuado. Para ello, en el mismo documento redactó una extensa propuesta que explicaba la nece-

sidad que tenía el gobierno mexicano de acuñar una "Moneda del Tesoro" desde el Banco Nacional o desde el Ministerio de Hacienda. Dicha Moneda, una suerte de dinero paralelo al peso nacional, solo podría otorgarse, en primera instancia, a trabajadores, proveedores y demás gente relacionada con las labores del Canal de Texcoco y Huehuetoca.

La Moneda del Tesoro, emitida en denominaciones no mayores a cinco pesos, tendría un interés de cinco por ciento anual durante un lapso de 10 años, tras el cual dejaría de valer y sería destruida.

Owen admitía que podría resultar oneroso para el gobierno pagar a los portadores de la Moneda un interés tan elevado. Pero argumentaba que la recolección de la soda y la sal del lago de Texoco y, sobre todo, los nuevos impuestos que la Secretaría de Hacienda podría cobrar por los terrenos descubiertos significarían, a la larga, una ganancia mayor.

Su proyecto era tan utópico que incluso a Díaz, obsesionado con el desagüe, le pareció sospechoso.

Kimsey proponía crear una burbuja, un microcosmos alrededor de la construcción del Canal de Texcoco y Huehuetoca. La geografía y los pobladores implicados en el proyecto se regirían por una economía artificial, independiente y blindada ante cualquier tipo de crisis externa. Sería como instaurar la República del Desagüe dentro de la República Mexicana. La tierra prometida donde el dinero se multiplicaría a través de las obras públicas.

Owen, por supuesto, ignoraba lo previsible: miles de personas de otras partes del país llegando a un lugar donde el salario obtenido por el trabajo valdría más que en sus lugares de origen, con las fricciones sociales que eso hubiera implicado. No proponía regulaciones

al súbito enriquecimiento de unos pocos y a los muy probables monopolios que surgirían a raíz de la mencionada Moneda del Tesoro. Mucho menos imaginaba que, al secar los lagos, el precio de los terrenos alledaños disminuiría porque los campos se volverían alcalinos e improductivos, se levantarían tolveneras y, lo peor, el equilibrio hidráulico del valle se rompería, causando hundimientos y agudizando el problema de abastecimiento de agua potable, que a la larga se convertiría en una pesadilla ecológica y un continuo dolor de cabeza para el erario.

Tampoco Díaz previó esa última consecuencia, sin duda la más catastrófica que acarreó el desagüe del Valle de México. El modelo de desarrollismo fáustico, al buscar el progreso que ideal o utópicamente ha de traducirse en mejores condiciones de vida para la humanidad, casi nunca prevé los daños colaterales que sumen en la pobreza, la contaminación y la precariedad al mundo que desea mejorar. Tal es la paradójica historia del desarrollo.

XXXVI

Para poner en marcha las veleidades de progreso que, según él, lo consagrarían como héroe nacional, Díaz vendió el alma y la honradez a capitalistas voraces y políticos brutales. Entregó concesiones a empresarios ambiciosos que se apresuraron a dilapidar recursos naturales, robar enormes extensiones de tierra y explotar a los trabajadores.

Weetman Dickinson Pearson, el contratista predilecto del régimen porfirista, fue durante muchos años acusado de haber sacado más riquezas de México que

cualquier hombre después de Cortés. Al mando de la compañía británica Pearson & Son, llegó en 1889 contratado para realizar los trabajos del Gran Canal del Desagüe, los cuales le redituaron ganancias superiores a las obtenidas con cualquier obra realizada en Gran Bretaña hasta esa fecha.

Dentro de la sala de las obras públicas nacionales, obtuvo contratos millonarios para el saneamiento y construcción de los puertos de Veracruz, Coatzacoalcos, Salina Cruz, y para la reconstrucción del ferrocarril de Tehuantepec. Como consecuencia de dichas obras, llegó a controlar las compañías de Luz y Fuerza de Orizaba, Puebla y Tampico. Compró minas en El Oro, Estado de México, y el Ferrocarril Nacional de Tehuantepec.

Aprovechando sus ganancias e influencias, incursionó en el negocio petrolero, para lo cual adquirió miles de hectáreas de terreno en Veracruz. Pearson fundó en 1908 la compañía El Águila, que explotó, entre otros, El Potrero del Llano Núm. 4, pozo conocido como el más productivo de la historia.

Weetman se volvió una personalidad influyente en Gran Bretaña. Proveía de petróleo mexicano a la Marina Real, era miembro de la Cámara de los Comunes y posteriormente fue nombrado *lord*. El escudo que mandó diseñar para su recién fundado linaje aristocrático ostentaba dos personajes poco ordinarios en la tradición heráldica: en el lado izquierdo se veía un buzo, trabajador indispensable en la construcción de puertos; en el derecho, un humilde jornalero vestido con ropas mexicanas, muestra inequívoca de que el *lord* amasó su riqueza con el sudor proletario de este país.

En mayo de 1911, tras el estallido de la Revolución, Porfirio Díaz tuvo que salir de México y Weetman Dickinson intervino para facilitar su viaje. También le

ofreció al exdictador uno de sus castillos de Inglaterra para que viviera cómodamente, pero Díaz prefirió el exilio en París.

En esa ciudad, don Porfirio se dedicó al ejercicio espiritual del rencor, al cultivo de la melancolía memoriosa y a intentar paliar los padecimientos digestivos que lo aquejaron hasta su muerte.

Por las tardes, con la intención de aliviar el estreñimiento y olvidar las infructuosas horas que pasaba en su retrete parisino, salía a caminar con ritmo senil por los Campos Elíseos. Admiraba los amplios bulevares de Haussmann que él hubiera querido imitar en la Ciudad de México.

En ocasiones se sentaba en alguna banca a recordar el desahogo que vivió mientras fue presidente de la República. Los grandes banquetes, el dispendio de bebidas, la plétora de placeres, las ovaciones que como torrentes lo inundaban cuando se presentaba en público y la enorme capacidad que tenía para metabolizar tales excesos. Jamás sintió empacho a la hora de dictar una orden que podría cambiar la vida de miles de personas. Nunca había sentido la indigestión de una culpa.

Revivía en su cabeza los grandes proyectos que lo obsesionaban y, detalle curioso, lo visitaba con frecuencia el recuerdo de cierta mañana de 1891 cuando, en el Castillo de Chapultepec, sus intestinos desconocían la falta de fluidez y su mente se entretenía con los planes de construcción del Gran Canal.

“Esos tiempos —se decía don Porfirio mientras veía a los transeúntes del bulevar— fueron los más felices de mi existencia.”

Esa tibia mañana de 1891, sentado en su pulcro retrete del Castillo de Chapultepec, Porfirio Díaz amasaba una vez más la fantasía de transformar el infecto lodazal del Valle de México en un jardín afrancesado.

El ecosistema lacustre de la región seguía siendo una presencia avasalladora, las aguas negras se acumulaban en la periferia urbana y las calles se inundaban en temporadas de lluvia. Desde siglos atrás, una calamidad líquida amenazaba con sus miasmas a la Ciudad de los Palacios. Pero esa mañana Díaz defecaba tranquilo y con gesto soñador.

Roberto Gayol ya le había entregado un primer proyecto de alcantarillado para la capital, y desde 1886 se construía el Gran Canal del Desagüe, colosal edificación que transportaría las aguas negras y limosas del valle hacia un lugar muy lejano —pensaba don Porfirio con satisfacción— del sitio donde él se hallaba sentado.

Sintió un movimiento peristáltico y luego un relajamiento del esfínter, que por lo general mantenía apretado en un rictus marcial. Desahogado, se subió los pantalones y se dirigió a la habitación contigua a terminar su arreglo personal.

Por aquellos años había adquirido la costumbre de blanquearse discretamente el rostro con polvos de arroz para ocultar su tez morena. Se perfumó, vistió la levita y consideró que sería un buen día para él: en Palacio Nacional lo esperaban los integrantes de la Junta Directiva del Desagüe y Weetman Dickinson Pearson. Sabía que todos, incluido el millonario británico, harían una reverencia en cuanto él entrara a la sala donde se llevaría a cabo la reunión.

Cuando subió a su carruaje, la sensación placentera de haber vaciado los intestinos aún lo acompañaba.

XXXVIII

La historia de Indra comienza en el kilómetro cero del Gran Canal del Desagüe, pero también podría hacerlo en el Monumento Hipsográfico, que se empezó a construir en 1877, año en que Porfirio Díaz asumió por primera vez la Presidencia de la República.

Ubicado en el costado poniente de la Catedral Metropolitana, el monumento suele considerarse el kilómetro cero de los caminos y carreteras del país, aunque nadie sea capaz de confirmarlo.

Como el monstruo del lago Ness o la fuente del Danubio, el kilómetro cero resulta escurridizo, múltiple, ubicuo, si no es que inexistente. Quien lo busque tendrá que dirigirse, más por seguir una convención popular que por prurito de exactitud, al Monumento Hipsográfico. Lo cual tiene cierta lógica porque es una construcción dedicada a diversos patrones de medida. En él se establecen las referencias oficiales del metro, la vara mexicana y la yarda, así como el nivel de agua que tenían los lagos del Valle de México en 1877, su posición geográfica, latitud y longitud.

Sin embargo no tiene ni una sola referencia al kilómetro cero. Y aunque la tuviera, su situación no dejaría de ser confusa porque hoy en día no está en su emplazamiento original, entre las calles Moneda y Seminario, sino en el cruce de 5 de Mayo y Monte de Piedad.

La existencia del kilómetro cero no es tan importante como suele creerse. Resulta poco eficaz a la hora de

medir los caminos. Desde que se utiliza el Sistema de Posicionamiento Satelital (GPS), las distancias se han vuelto relativas, es decir entre puntos, no con respecto a un origen común. No todas las vías surgen en un punto céntrico; muchas lo hacen en la periferia, en ciudades fronterizas o costeras, en plazas públicas de remotas rancherías, al pie de ceibas en medio de la sabana, en portones oxidados, pozos de agua.

Con los trayectos de sus viajeros a cuestras, los caminos surgen en lugares tan caprichosos y múltiples como los sitios donde terminan: bajo dunas perezosas, muros de ladrillos, barreras de lava solidificada o matorrales enmarañados que solo puede atravesar el desliz satinado de las serpientes.

Lo importante es que, al conectarse unos con otros, los caminos pierden sus orígenes y se convierten en una sola trama policéfala, continua, erizada de piernas y brazos que se estrujan y confunden como las materias primas en una obra terminada.

Para el enrejado del Monumento Hipsográfico se utilizó hierro de las minas de Cananea, en Sonora. El mármol del pedestal es de las canteras de Tepeaca, en Puebla, donde lo pulieron por abrasión y luego lo transportaron a través de las montañas. La estatua que lo corona, alegoría de la Ciudad de México, se fundió en París (con estaño y cobre de minas españolas), viajó en tren a Marsella, se embarcó rumbo a Veracruz y abordó un ferrocarril hacia la capital de la república mexicana.

Ya ensamblado, el monumento fue colocado en las esquinas de las calles Seminario y Moneda. El 5 de mayo de 1881 Vicente Riva Palacio lo inauguró. Quienes sabían leer comunicaron a los analfabetas la

siguiente leyenda, que se encuentra bajo la estatua, en la cara principal del pedestal:

LAGO DE ZUMPANGO
A
LA MEMORIA
DEL
ILUSTRE COSMÓGRAFO
ENRICO MARTÍNEZ
EL MINISTERIO DE FOMENTO
1878
PLANO DE COMPARACIÓN
2268 METROS
SOBRE LA MAREA MEDIA
DE VERACRUZ

El monumento no tardó en ser conocido simplemente como El Nivel. Poco después de su inauguración, el sobrenombre se contagió a la cantina de enfrente, fundada en 1857 y considerada la más antigua del país. Cuando en 1914 el monumento fue cambiado de lugar, la cantina siguió llamándose El Nivel, pero con el paso de los años el significado del nombre se volvió una referencia lejana.

Lo mismo sucedió con las marcas hipsográficas del monumento, porque los lagos del Valle de México fueron desecados paulatinamente. Por su parte, el nombre de Enrico Martínez nunca gozó de buena suerte; pocos supieron quién fue ese hombre a quien el mármol inmortal se empeña, con escasa fortuna, en recordar. La cantina El Nivel cerró sus puertas en 2008.

¿Llegará algún día el final absoluto de esas historias, el momento en que los aviones del tiempo arrojen sobre ellas bombas de olvido?

El olvido total es imposible; las ciudades de la memoria sobreviven, aunque sea en ruinas, como esqueletos que no transmiten la íntegra verdad de antaño sino una proyección inexacta de lo que fueron.

¿Qué significarán las autopistas, los rascacielos, los túneles, las cisternas cuando los humanos desaparezcan de la tierra? Construcciones ilógicas, monumentos incomprensibles, gigantes de la Isla de Pascua que se mantienen en pie como enigmas que miran al tiempo.

Erigidos para hacer perdurar hazañas, amores o vanidades, los monumentos, entes melancólicos y paradójicos, refutan su intención y prueban siempre la fugacidad y la calidad efímera de todas las cosas humanas. Los héroes y los dioses pavorosos envejecen y mueren. De la devoción, el terror o la reverencia solo sobreviven el ingenio del artesano y el misterio. Por eso los monumentos más puros son aquellos cuyo significado se ha perdido.

Si ese destino espera a los entes de mármol y bronce, es terrible imaginar la pálida borradura y la deformación que nos aguardan a nosotros, seres de aserrín y ramas o de carne y hueso. ¿Qué quedará de lo que fuimos y de lo que se rompió para que pudiéramos existir? ¿Se conservará al menos la huella de nuestro origen?

Quien busque el kilómetro cero del país en el Monumento Hipsográfico estará extraviado de antemano. A su alrededor, una decena de danzantes disfrazados de guerreros aztecas girará al ritmo de un atávico tambor. El humo del copal lo envolverá y él, aturdido por el estruendo de los automóviles, apretujado por la multitud y de pie en un cruce de caminos donde se intersecan los siglos y las culturas, los vivos y los muertos, se preguntará quién fue el ilustre cosmógrafo

Enrico Martínez, cuáles fueron sus hazañas, glorias o tribulaciones meritorias.

Entonces, si tiene suerte, una gota de lluvia caerá sobre su rostro anunciando el inminente chubasco y, para no mojarse, tendrá que alejarse de ahí, olvidar su pesquisa y refugiarse en una cantina que no será la más antigua de la ciudad.

XXXIX

Indra llegó a una cantina del Centro Histórico cierta tarde, más por escapar de su enclaustrada habitación poblada de monstruos que por beber alcohol. A la primera cerveza que pidió, se le acercó un hombre viejo, de aspecto estrafalario y anticuado, como salido de una fotografía de principios del siglo xx.

El sujeto, dueño de cierta distinción, vestía ropas viejas y sucias, pero tenía la cara limpia y bien afeitada. Los pocos cabellos los llevaba en orden. Sus ojos eran inquietos, como sus manos, que jugaban con un curioso bastón mientras hablaba sin parar. Parecía un fantasma.

—Saludos, buen amigo —le dijo a Indra—, permítame presentarme, mi nombre es Agustín, filósofo y confesor de la ciudad. Si no es mucha molestia, quisiera pedirle un poco de su atención, regáleme aunque sea un segundo de su tiempo.

”Lo he observado desde que llegó y algo en su semblante me ha impresionado. Tiene usted una pesadumbre, seguramente padece una pérdida. Disculpe que me meta donde no me llaman. Yo también, como usted, ignore el atrevimiento, soy un desdichado. Tan solo por eso regáleme una brizna de su atención para contarle el

principio de la historia, o mejor dicho: la historia de la historia que, lo presiento, le atañe a usted también.

Parapetado detrás de su soledad y de la cerveza a medio beber, Indra observó al hombre e, intrigado por el ceremonioso y pomposo modo de sus palabras, le dijo:

—Claro, tome asiento, ¿quiere algo de tomar?

El sujeto se sentó y contestó que sí, que una cerveza estaba bien, que le agradecía su amabilidad. Indra se la pidió a una mesera. Agustín mojó sus labios resecos en el cuello de la botella y continuó:

—Para mí todo comenzó con los asesinatos del señor Madero y el señor Pino Suárez, en febrero de 1913. Yo andaba recorriendo la ciudad, lleno de tristeza y de rabia por el crimen. Caminaba como si algo se me hubiera perdido irremisiblemente, lo que también es la verdadera sensación de la vida, creo que usted me comprende. Alguien me dijo que detrás de la penitenciaría, del palacio de Lecumberri, estaba fresca la sangre de los muertos, y que la gente iba con velas y flores.

"Hacia allá encaminé mis pasos de historiador y de filósofo, porque todavía no se me habían despertado las vocaciones de confesor, juez y profeta. Ese día empezó cuando, desesperado, anonadado, dije: voy a conocer el cercano Canal del Desagüe, qué más puedo hacer sino asomarme a la corrupción de la urbe, después de crimen tan monstruoso, a más que siempre tuve deseos de conocer esa obra cuyas titánicas proporciones había leído ponderar.

"Y al Canal fui y en el Canal se me representó la figura de los asesinos encumbrados; descubrí la carroña esencial de una ciudad en que yo había visto el esplendor de Porfirio Díaz con las fiestas del centenario, el entusiasmo de la gente cuando la entrada del señor Madero, y la fastuosidad de las procesiones de Corpus,

de los arzobispos, de las damas, de los carruajes, de los catrines, de muchísimos banquetes y bailes, de las iluminaciones, de los palacios, al fin y al cabo: Ciudad de los Palacios. Había entrado a los teatros, a los restaurantes de lujo, y había oído, leído, contemplado fotografías y cuadros de Maximiliano y Carlota, de Iturbide, allá en el Museo, y de los virreyes, y de tanta gente principal, de tantos hechos brillantes.

¿Qué edad debía tener ese hombre para haber vivido tales cosas? Más de 100 años. En la cantina había muy poca gente y la rocola estaba apagada. El cantinero y las dos meseras lucían adormilados, hacía calor. Era una de esas bochornosas tardes en las que cualquier presencia, por fantasmagórica y absurda que sea, resulta ordinaria.

Indra estudió con detenimiento al hombre y pidió una segunda cerveza. Por la puerta entraba un rayo de sol donde flotaba el polvo, ingrátido, dorado e inquieto. En las botellas subían, finas y ondulantes, hileras de burbujas. La mirada de Agustín, enmarcada en un rostro enjuto y arrugado, brillaba mientras continuaba su discurso.

—Y ese mismo día, en el Canal, intuí que ahí iba a parar todo. Claro que no lo pensé con la lucidez que ha sido labor de años, de paciencia, de acostumbrarme a la hediondez, a la interpretación escatológica de la ciudad que allí vive su agonía, o dicho con más llaneza: que allí remata y cifra su lucha diaria, su historia verdadera, digo: en sus detritus.

"Desde ese día de la muerte del señor Madero en que se me ocurrió la idea de asomarme a la orilla del Gran Canal, desde entonces no he dejado de ir, y gracias a ello me he convertido en especialista de la ciudad. Mi experiencia no la tiene ni el más planchado historiador

ni el periodista más águila ni el confesor ni el médico exitoso, porque ellos no ven sino aspectos, partes de la vida, y yo abarco el panorama subterráneo, los secretos, las debilidades de los empingorotados y de los desgraciados, sin que nadie se me escape, pues algo de ellos forzosamente pasa por el dichoso Canal del Desagüe.

"Allí la corriente arrastra los desperdicios fisiológicos del Presidente de la República y del arzobispo juntos, igualados con los de los presos infelices, con los de las actrices cotizadas y los enfermos que suspiran por la muerte perdidos en las salas generales de los hospitales. Digo: esa es la justicia de la vida: un rasero de la pestilencia, en la que los productos de los magnates, por sus complicaciones, por sus enfermedades, por su atiborramiento de comidas, placeres, vicios, medicinas, hieden más. Allí va, yo lo veo, he aprendido a distinguir, el pus y la sangre de llagas ocultas, de delitos desconocidos, que multiplican hasta el infinito los crímenes sensacionales de los que vive la prensa.

"Van en río los pecados públicos oprimidos por la avalancha precipitada, temerosa de ser descubierta, ansiosa de escapar, de perderse. Digo, la avalancha de los pecados vergonzantes cometidos y multiplicados por fariseos que truenan públicamente contra los pecadores escandalosos; contra los pecadores que no se recatan, que exhiben sus vicios, como aquellos hacen gala de sus falsas virtudes, mientras echan al drenaje desde documentos comprometedores rotos en pedacitos, o convertidos en ceniza para mayor seguridad, o mejor dicho impunidad, hasta las masas sanguinolentas de abortos.

"Eh, buen joven, yo leo en las aguas negras las huellas de caricias buenas y malas, los desechos de festines y bacanales, la estría inacabable de semen que se deja

caer en lavabos y retretes, el escupitajo amarillo del que ha declarado la guerra a su prójimo, los residuos de lágrimas de monjas compadecidas, de madres atribuladas, de amantes despechadas, de ancianos vejados.

"Las medicinas desechadas por inservibles después de la muerte del paciente; y las flores marchitas que fueron holocausto, ilusión, lambisconería, pago galante; los cadáveres de animales que alegraron y consolaron a alguna doncella, que sustentaron a alguna familia: pájaros, gatos, perros, gallinas, chivas, y a veces, cadáveres mayores. Digo, de personas misteriosamente desaparecidas, cadáveres de veras: cuántos estarán atados con grandes pesos que los mantienen sumergidos en el fondo de la porquería, descomponiéndose sin avanzar al empuje de la corriente; cuántos huesos enterrados en un sitio fijo y cuántos disgregados al capricho de las aguas negras: mujeres asesinadas que no tenían dolientes ni quién reclamara sus despojos, víctimas políticas, suicidas solitarios.

Al oír eso último, Indra palideció y luego enrojeció de coraje. ¿Quién se creía para hablarle a él de suicidas? Ese loco no tenía derecho de incluir a Ixtab dentro de la multitud anónima y putrefacta del Gran Canal. Le dieron ganas de correr al viejo de su mesa, pero Agustín continuó hablando y su discurso, como un aluvión, inundó los oídos de Indra con mayor determinación que antes.

Parecía que todo cuanto decía, su maniático empeño en desglosar el contenido del drenaje, la plástica ampulosidad de sus palabras y el regodeo escatológico, estaba destinado a disolver el duelo de Indra, quien, absorto en las palabras, no advirtió que afuera el cielo se había nublado y comenzaban a caer las primeras gotas de lluvia.

—Cuerpos de delitos vueltos perdedizos. El Canal es suficientemente largo para acercársele y arrojar con impunidad materiales de delación que se unen, se confunden con los desechos de los caños que vienen de los barrios, de cada una de las casas, alcobas, cuartos de lujo deslumbrante o de sórdida miseria. Tributan ahí los cuarteles, los hospitales, los conventos, las sacristías, los internados y demás colegios; los bancos, los despachos de capitanes y caballeros de industria; las casas de asignación y los apartamentos exclusivos, los discretos y los de fama pública descarada. Se hallan ahí comunicados los rincones más íntimos de personas difíciles de ver, y ahí se juntan con las aportaciones de servicios colectivos en casas de vecindad, en teatros y cines, plazas de toros, estadios, frontones; ahí es el rezumadero, mejor decir: el contadero, minuto a minuto, de millones de vidas, grandes o mínimas, que forman la general historia de la ciudad.

El viejo respiró con amplitud, sin volverse a Indra y sin parpadear siquiera cuando tronaron en el cielo varios relámpagos. Afuera la tormenta se había desatado. En un abrir y cerrar de ojos las orillas de la calle se convirtieron en pequeños ríos, las alcantarillas en sumideros y las atarjeas en cascadas subterráneas.

Desde todas las azoteas, los desagües escupían chorros gordos que golpeaban las banquetas. Las llantas de los automóviles cruzaban los charcos grises como si fueran proas de barcos petroleros. Rastros de lluvia se colaban a la cantina por debajo de la puerta.

Varias personas entraron, huyendo del agua, con los cabellos y las ropas mojadas; reían o maldecían; apesataban. Agustín, quizá porque había notado que Indra se irritó por algún punto tocado en su discurso, dijo:

—Eh, buen joven, porque usted es un buen joven,

¿cuántas veces habré visto pasar entre las aguas negras la historia de usted? El residuo de su sudor, de sus apuros y sustos, la materia sobrante de sus duelos y fiestas, lo que haya quedado del café bebido en algún velorio, de los alcoholes con que haya festejado algún buen acontecimiento. Hasta su mugre, dispénseme, la inevitable mugre de los que sufren, porque yo puedo ver que usted, en soledad, derrama lágrimas, aunque ahí en el Canal se junte con las mugres vergonzosas, las de aquellos incapaces de llorar; qué le vamos a hacer.

"Una ciudad es así: junta de santos y pecadores, de apóstoles revueltos con asesinos, de dolientes y alevosos, culpables e inocentes; de los que hicieron todo por salvar a quienes amaban y de los que no hicieron nada, de los que duermen tranquilos y los que tienen pesadillas por las noches.

"Sospecho que usted se lamenta, porque yo veo cosas en los rostros de las personas. Le aconsejo relajarse: no es usted culpable de nada. Lo he aprendido con el paso del tiempo y de la contemplación de las aguas negras: existen crímenes verdaderos, y son horrendos. Pero la mayoría de la gente, al vivir con otros, al amar, al reñir, al tratar con las enfermedades, no incurre en actos malvados. La verdadera maldad está en sitios distintos, en la alevosía de los poderosos, y eso uno puede verlo en el canal, ahí uno aprende a distinguir.

Indra quedó perplejo y desarmado. Las palabras de Agustín eran como un torrente que eliminaba cualquier resistencia. Pensó que podía permanecer la tarde entera escuchándolo. Se sentía lleno de cansancio.

La pesadez de los últimos meses se acumuló sobre sus hombros y párpados. A eso se sumó el efecto de la segunda cerveza. Cerró sus ojos. De repente creyó estar flotando a la deriva sobre un río turbulento, como

un náufrago afiebrado. En su cabeza el ambiente de la cantina desapareció y surgió una espesura negra. La zozobra lo invadió.

Escuchó ruido de agua chocando contra unos peñascos que se dibujaron a pocos metros de distancia. La corriente arrastraba borregos, vacas, personas muertas, bicicletas.

Indra se descubrió desnudo: sus piernas delgadas, su torso lampiño, su ombligo, su propia cara escurriendo agua sucia. Palpó su pene erecto cuando observó que a lo lejos, sobre un parapeto de estilo neoclásico, Ixtab se mantenía de pie, con el rostro devorado por las alimañas. La vio saltar al torrente. Quiso gritar, pero no pudo. Entonces abrió los ojos. Había luz, rumor de parroquianos, agitación de meseras. Frente a él estaba Agustín, con una sonrisa en el rostro, hablando sin parar.

—Escrutar las aguas negras es como leer las páginas del Apocalipsis, como descifrar cada uno de sus símbolos para entender el pasado, el presente y el futuro de la humanidad. Yo lo hago, completo una cosa con otra: leo el Apocalipsis para comprender la lección del desagüe, y también a los profetas del Antiguo Testamento. No hay nada más bello que la fealdad fulminada por sus labios.

"Yo aspiro a ser profeta en mi propia tierra, compenetrarme con las enseñanzas del Canal, para un día nada lejano arrojar sus inmundicias al rostro de la sociedad, en busca de que se avergüence y arrepienta. Si todos fueran de cuando en cuando a reflejarse, a contemplar sus vidas en las aguas negras, y se pusieran a reflexionar, otra sería la historia de la ciudad. Como en el caso de aquel que se hizo santo al mirar el cadáver putrefacto de la reina en cuyo servicio se había desvivido.

Agustín se detuvo un momento y respiró con profundidad. Su mirada se juntó con la de Indra. Ambos

permanecieron quietos un par de segundos. El viejo continuó.

—Confesor, juez, profeta y por esto, para muchos, loco. Alguien me llama, también, “cínico”. Solo que yo no vivo desnudo en un tonel ni tengo linterna, pues para buscar justos entre pecadores me bastan estos ojos, que no necesitan lentes hasta el día de hoy.

”Cínico tiene que ser el filósofo de una ciudad, y más de esta gran ciudad donde miles mueren y todo desaparece. Un día usted y yo también habremos pasado, y quién puede asegurarnos que no será por el Gran Canal. Así como lo escucha: por el repugnante Canal, que al fin y al cabo es lo mismo que un agujero nauseabundo en que nadan a su gusto los gusanos entre materia corrompida.

”Me gusta corregir al sabio y decir: ‘corrupción de corrupciones y todo es corrupción’. El desagüe, la piqueta demoledora, los desengaños, los pudrideros de hombres y basuras. Tal es la historia que yo quería compartirle desde el momento en que usted llegó a este lugar. Me dije: ‘Qué joven tan particular, seguro que él me comprenderá’. Por eso me acerqué y tuve el atrevimiento de platicar con usted. ¿Conoce el Gran Canal, ha tenido la oportunidad de asomarse a las aguas negras, ha perdido algo en su corriente?

Indra sintió que iba a llorar. Bajó la mirada y permaneció en esa postura mientras meditaba la mejor manera de contar su historia, la muerte de Ixtab, su determinación de ir al kilómetro cero del Gran Canal para recorrer la senda del suicidio. Cuando dio con las palabras adecuadas, alzó el rostro. Vio sus propias manos, luego unas botellas de cerveza vacías, después un servilletero y, del otro lado de la mesa, la silla desocupada.

Durante siglos se creyó que el sabio Enrico Martínez había sido español, portugués, flamenco y hasta mexicano. Fue a principios del siglo xx cuando en los empolvados estantes del Archivo General de la Nación se descubrieron algunos documentos del Santo Oficio que demostraban que era, en realidad, alemán nacido en Hamburgo entre 1550 y 1560.

Investigaciones posteriores revelaron datos más precisos de su biografía: a los ocho años de edad fue llevado a Sevilla con sus parientes, unos viejos impresores alemanes de quienes aprendió, desde muy pequeño, el oficio de la tipografía y la composición. En Sevilla vivió hasta los 19 años. Se sabe que a los 21 recorrió Europa, se graduó como matemático en París y dio clases en Polonia.

De regreso en España recibió, por mandato de Felipe II, el título de cosmógrafo del rey, con el que viajó a la Nueva España en 1589 para dar cuenta de las particularidades geográficas, demográficas, meteorológicas y astronómicas de la Colonia, así como para impartir una cátedra de ciencias.

En México fue también intérprete del Santo Oficio, dueño de una imprenta que publicó libros en español, latín y náhuatl, cartógrafo, médico y autor del *Reportorio de los tiempos* y *Historia Natural desta Nueva España*, una de las obras de astrología más consultadas en su tiempo. Sin embargo, no es por ninguna de esas cosas por las que el Monumento Hipsográfico lo recuerda, sino por ser el pionero del desagüe en el Nuevo Mundo.

El dato por todos aceptado es que, en 1589, Enrico Martínez (Heinrich Martin en alemán) se embarcó a la

Nueva España en la flota que condujo al virrey don Luis de Velasco II y al dramaturgo Juan Ruiz de Alarcón.

Al final de su vida el cosmógrafo lamentó haber sostenido en aquel barco cierta charla sobre ciencias en la que él, envalentonado por la precaria instrucción científica de sus acompañantes, aseguró:

—No existe problema alguno que no pueda ser resuelto por medio del cálculo preciso y la acción humana.

En 1607, exactamente un año después de que publicara el *Reportorio de los tiempos*, el ya octogenario virrey De Velasco lo mandó llamar para que solucionara las estragadoras inundaciones de la ciudad.

—Usted me dijo que cualquier problema puede resolverse usando la cabeza —le recordó el virrey a Enrico—. Llegó el momento de que lo pruebe.

La biografía de Martínez es novelesca, pero no tanto por sus viajes y sus rocambolescos conocimientos científicos aplicados en Francia, Polonia y México, sino por el dramático fracaso que vivió gracias al encargo del virrey.

Durante los 25 años que siguieron a 1607, el desafío de eliminar las inundaciones en el Valle de México se convirtió en la principal obsesión de Enrico. Él, un hombre dedicado a la resolución de asuntos matemáticos, abrazó el proyecto del desagüe como su mayor desafío intelectual, su imperativo categórico o su Moby Dick personal, que, como a un Ahab novohispano, lo condujo al naufragio de su vida.

Dos semanas después de la petición, cuando gran parte de la Ciudad de México aún seguía bajo el agua, Martínez presentó su propuesta. El manuscrito del plan original se perdió, pero se sabe por distintas relaciones históricas que consistía en varias obras encaminadas a que las aguas del lago de Texcoco se vaciaran por medio de una zanja en las del lago Xaltocan; las de

este, en las del lago de Zumpango, y las de este último, por medio de un tajo en Nochistongo, en el río Tula, que las llevaría al Golfo de México.

La última parte del programa, en especial, parecía la más acertada: al drenar el lago de Zumpango y desviar el cauce del río Cuautitlán, que lo alimentaba, se evitaría que las aguas se desbordaran sobre los otros lagos y anegaran la ciudad, ubicada en la parte más baja.

Las autoridades aceptaron la propuesta y de inmediato buscaron la forma de conseguir a los peones. Un pregonero en canoa gritaba por las calles de la ciudad:

—Los negros, mulatos, mestizos y gentes que quisiesen alquilarse para trabajar en el desagüe, acudan dentro de ocho días a hacer asiento ante el corregidor —decía, entre los edificios sumergidos—. Se ofrece suficiente paga. Asimismo los vecinos que deseen dar esclavos para ello, denlos: se les dará de comer y alguna satisfacción.

La “suficiente paga” consistió en un sueldo de tres reales cada siete días (cantidad con la cual no se podía comprar ni siquiera un cuarto de pollo en el tianguis), un almud de maíz a la semana, una libra de carne diaria, una fanega de chile para cada 100 hombres, además de transporte de ida y vuelta a sus respectivos pueblos y los servicios de un hospital construido en Iluehuetoca. Esto, cabe subrayarlo, fue un logro conseguido con grandes dificultades por el virrey, pues los miembros del Ayuntamiento defendían la postura de que los indígenas debían cavar los túneles y los canales sin recibir ningún tipo de recompensa. La discusión oscilaba entre ofrecer una miseria y no dar nada.

Para financiar las obras y los sueldos se impusieron contribuciones tributarias a los propietarios de inmuebles, además de un impuesto especial a las cajas

de vino que, de inmediato, dejaron de llegar, lo cual disgustó a la población y a la larga volvió impopular el trabajo del desagüe.

Con esas disposiciones, comenzaron las obras en Nochistongo. El virrey De Velasco las inauguró el 29 de noviembre de 1607. Se dijeron algunas palabras sobre el futuro seco de la ciudad, una banda de música tocó y luego el arzobispo bendijo el lodo. Como no había vino para consagrar, el sacerdote vertió en su vaso, de espaldas a la audiencia, un poco de cerveza.

Al principio todo salió de maravilla. A esta primera etapa de éxito del desagüe corresponden unos versos encomiosos que Juan Ruiz de Alarcón escribió en su comedia *El semejante a sí mismo*, en los que, por cierto, no mencionó nunca el nombre de Enrico Martínez.

El 16 de junio de 1608, sin haber acabado aún el socavón, se inauguró el tajo a cielo abierto (más o menos siete kilómetros de longitud). Enrico Martínez abrió las compuertas y el agua entró al tajo "con grandísima furia y raudal".

El nivel del lago de Zumpango descendió ante los ojos de los testigos. El cosmógrafo, orondo y conmovido, recibió de hinojos una cadena de oro que simbolizaba el agradecimiento de la ciudad.

El segundo lunes de septiembre de ese mismo año, las aguas del tajo pudieron por fin ingresar al túnel que las llevó al río Tula. El socavón, de aproximadamente cinco kilómetros y medio, fue con justicia alabado por Juan Ruiz, pues se trató de una obra de ingeniería insólita en el mundo. Cuando en el siglo xix el barón de Humboldt visitó la Nueva España, concluyó que la obra de Martínez era admirable aun para los patrones de la tecnología decimonónica.

La laguna de Zumpango, que milenios atrás calmó

la sed de los mamuts que abrevaban en ella, se desaguó por completo. Como todos los presentes andaban emocionados por el éxito de la obra, nadie advirtió el espectáculo protagonizado por los miles de peces que agonizaron en el lodo ni vieron cómo los ahuízotes huyeron al monte y se confundieron con los coyotes.

En teoría, y a juzgar por los primeros resultados, el proyecto de Martínez era impecable, pero bien examinada, su realización estaba llena de fisuras y defectos.

Ya desde el comienzo, los peritos enviados por el virrey avisaron que el tajo se debía hacer más ancho y reforzado con taludes de piedra y madera en los costados para evitar los derrumbes. También recomendaron recubrir con mampostería el interior del socavón. Enrico no hizo caso. Los versos de Alarcón que dicen:

*Después, porque la corriente
humedeciendo cavaba
el monte, que el acueducto
cegar al fin amenaza,
de cantería inmortal
de parte a parte se labra*

son mendaces; nunca se recubrió con piedra el túnel. Los oídos sordos de Enrico serán siempre un misterio. Lo cierto es que, de haber escuchado las recomendaciones que se le hicieron, hubiera evitado la catástrofe y las acusaciones que se avecinaban.

Los émulos de Martínez eran legión. Tal vez lo odiaban por extranjero y porque don Luis de Velasco lo protegió y favoreció al otorgarle la obra. Cuando el virrey terminó su mandato en México, varios peritos escribieron libelos en contra del cosmógrafo. El redactado por Alonso Arias, su archienemigo, fue el más enconado.

Esos informes se enviaron al rey Felipe III de España, que, ignorante y posiblemente cansado del asunto, mandó a México en 1614 a Adrian Boot para que solucionara el asunto. Al final, para desembarazarse del problema, el virrey marqués de Guadalcázar envió a Boot a Acapulco y ordenó clausurar las obras del desagüe. Poco a poco el lago de Zumpango se llenó de nuevo.

Pese a los ataques recibidos, el cosmógrafo continuó con sus cálculos y en 1615 presentó un nuevo proyecto. Sin embargo, ante el aumento de las aguas en el norte del valle, la Audiencia lo condicionó injustificadamente a que pagara una fianza de 12 mil pesos en 24 horas. Enrico no pudo cumplir. A consecuencia de ello, terminó por primera vez en la cárcel.

Desde el fondo de una oscura celda, el matemático graduado en París pidió su libertad ofreciendo 30 por ciento de su sueldo. Cuando salió, dispuesto a comenzar las obras, nuevas discusiones e intrigas propiciadas por Alonso Arias entorpecieron los trabajos, que después de muchas zancadillas pudieron reiniciarse, pero con una lentitud tan desesperante que para 1623 casi no se había avanzado nada.

En 1628, Enrico redactó un informe donde exponía sus logros y presumía: "Solo han fallecido veintiún indios, de los muchos miles que laboran; y si se ataca la obra es por enemigos envidiosos y por codicia, pues ella implica una desatención de los indios en las labores de los campos y haciendas de los ricos".

Todavía hoy se desconoce la cantidad real de trabajadores muertos en el desagüe. La verdad es que la cifra dada por Martínez resulta bastante inverosímil como para darse por cierta. Los cálculos de demografía histórica siempre arrojan, en estudios sobre la Colonia,

cifras de mortalidad muy superiores a las dadas por las fuentes históricas de la época.

Si se tienen en cuenta tan solo las enfermedades, la mala alimentación, las condiciones laborales explotadoras y carentes de seguridad, así como las rudimentarias técnicas de curación en casos de accidentes, es obvio pensar que las víctimas fueron muchas más.

Como haya sido, las autoridades aceptaron nuevamente los servicios del cosmógrafo. Por desgracia, para septiembre de 1629 los lagos habían crecido en exceso y se desbordaron sobre la capital. El agua cubrió primero calles, luego ventanas, naves de iglesias, salones, plazas, bibliotecas, lupanares.

Al ver el aluvión mucha gente abandonó para siempre la ciudad y se mudó a Puebla. A partir del 11 de septiembre diluvió durante casi una semana entera. Treinta mil personas —sobre todo indígenas— se ahogaron. También fallecieron multitud de animales, cuyos cadáveres flotaron cubiertos de moscas y gusanos.

La noche del 18 de septiembre, en medio de un ambiente apocalíptico y una tormenta infernal, las autoridades encarcelaron por segunda vez al ya anciano Enrico Martínez. Chivo expiatorio de una urbe llena de ahogados, se le acusó de haber cerrado la boca del desagüe que él mismo había construido.

Muchos dijeron que, ante la amenaza de las aguas que evidentemente no podrían caer por el socavón sin destruirlo, el cosmógrafo mandó tapar su entrada para no arruinar el trabajo de tantos años. Otros aseguraron que, con ánimo maquiavélico, lo cegó para demostrar a sus émulos que sin drenar la laguna de Zumpango la inundación sería catastrófica. Enrico afirmó que habían sido las avenidas violentas las que taparon con lajas la entrada del desagüe.

Asustado porque el agua seguía subiendo y le llegaba ya a la górguera, el virrey, arrepentido, mandó sacar al cosmógrafo de la cárcel y le suplicó que hiciera lo necesario para salvar la ciudad. No se disculpó por el presidio al que lo había sometido, pero le dio 15 mil pesos de oro, cantidad con la que Enrico trabajó una vez más en Nochistongo y se dispuso a desviar arroyos y ríos en Chimalhuacán, Coyoacán, Mixcoac y Xochimilco.

El cosmógrafo se fue a vivir al pueblo de Cuautitlán para supervisar de cerca las labores de Nochistongo. Ahí trabajó incansablemente hasta 1632, cuando creyó concluido el desagüe que se había convertido en su obsesión durante 25 años y que sin duda él consideraba la obra maestra de su existencia.

Llegó la hora de la verdad. Ante la expectativa de todos, se abrieron de nuevo las compuertas del túnel. Enrico, enfermo y disminuido, tenía la certeza de que por fin recibiría el premio por sus esfuerzos. Esperó desde la orilla del lago de Zumpango a que las aguas descendieran.

Sin embargo el conducto resultó demasiado estrecho para vaciar el volumen de líquido que se había acumulado. Aquello parecía un castigo divino.

Anatemas y acusaciones cayeron sobre su cabeza calva y moteada de lunares seniles. La versión aceptada por los historiadores es que, humillado, Martínez murió a causa de los insultos que el oidor Villalona y el fraile Andrés de San Miguel le escribieron. El primero lo tachó de inepto, embaucador, hipocondriaco, fracasado y extranjero arribista, mientras que el segundo se lamentaba de que ninguna autoridad hubiera ahorcado a Enrico, a la vez que señalaba al difunto virrey Luis de Velasco como culpable por haber protegido a un rufián.

Al enterarse de esas palabras, su espíritu debe de

haberse doblegado. A los pocos días cayó enfermo y se encerró en su triste y lóbrego aposento del pueblo de Cuautitlán, rodeado de sus libros y sus instrumentos científicos. No quiso regresar a la Ciudad de México.

Enrico murió en la nochebuena de 1632. Se desconoce el lugar exacto donde yacen sus restos. Su figura tuvo que esperar a que en el siglo XIX, gracias a los comentarios benevolentes y admirativos de Humboldt, Porfirio Díaz y Vicente Riva Palacio mandaran erigir el Monumento Hipsográfico, que carece de efigie porque nadie recuerda su aspecto físico.

Actualmente, en Cuautitlán, frente a la catedral de San Buenaventura y a un lado de la imponente cruz de piedra que ostenta la cabeza labrada de Carlos V, una pequeña calle de tan solo una cuadra se llama Enrico Martínez: en una esquina hay una heladería y en la otra una cantina. Parece que su memoria está ligada, de forma misteriosa, a ese tipo de establecimientos, como pasó con la cantina El Nivel.

En la Ciudad de México una calle cercana a la Biblioteca de la Ciudadela lleva su nombre, el mismo que su contemporáneo Juan Ruiz de Alarcón no tuvo empacho en desaparecer de sus versos sobre las obras que al cosmógrafo solo le trajeron desgracias.

Cuando yo, una simple criatura hecha de ramas, pienso que las obsesiones, las investigaciones y las obras que realizan los hombres son muchas veces medios para protegerse de la melancolía, me pregunto qué clase de problemas se agitaban en el corazón de Enrico, cómo eran los demonios de los que venía huyendo desde que salió de Europa.

Doscientos sesenta y ocho años y 67 días después de la muerte de Martínez, el desagüe del Valle de México alcanzó uno de sus puntos cúspide con la inauguración

porfiriana del Gran Canal, que desemboca en el túnel de Tequixquiac, a un lado de la laguna de Zumpango.

XLI

Obsesionado por comprender los antecedentes de la muerte de su novia, Indra investigó la historia de Enrico Martínez y decidió ir a Zumpango.

La última vez que había estado ahí fue con Ixtab.

De pie en la orilla, vio la extensión lacustre y le pareció grande y hermosa, aunque supuso que no lo era tanto como en el siglo XVII, cuando el pueblo del mismo nombre se encontraba en su ribera y el cosmógrafo se esforzaba en secarla.

Algunas lanchas de motor, ancladas no lejos de donde él estaba, se mecían por el viento como dando vida a una pintura de Monet. Las garzas extendían sus alas. Los patos flotaban en el agua.

Ignoraba que con frecuencia aparecen cadáveres humanos en esas aguas, en ocasiones sin dientes, uñas ni ojos. Solo pensaba en el viaje que había hecho con Ixtab y que todos los caminos lo llevaban a su memoria. El sol se ocultó inadvertidamente. No había nadie alrededor e Indra sintió, más que otras veces, angustia por la soledad.

Se fue de ahí reflexionando que la terca permanencia de la laguna y la blancura de sus aves tenían algo de estremecedor y milagroso. Una lección de dignidad y sobrevivencia dentro de un contexto que tiende a la muerte. Anocheció y, junto con las sombras y el frío, el hedor del vecino Canal del Desagüe se volvió más intenso. Antes de la orilla de la carretera, miró hacia atrás y observó los puestos, a esa hora vacíos, donde

Ixtab comía con su abuela en los lejanos domingos de su infancia.

Por la ventanilla del autobús contempló la luna. Intentó imaginar cómo se vería reflejada sobre el agua de la laguna. Las milpas dieron lugar a las casas, a la zona industrial, a los suburbios interminables. En Cuautitlán tomó el Tren Suburbano hacia la estación Buenavista. Llegó a la ciudad desecada. Una hora más tarde, entró a este departamento, a más de 60 kilómetros de Zumpango.

Cansado, se quitó la ropa, entró al baño y abrió el grifo. En la regadera vio, durante varios minutos, cómo el agua se iba por la coladera con rumbo, quizá, a donde había pasado el día.

XLII

En la víspera de esta historia, antes de dirigirse al kilómetro cero, Indra vio llover desde la ventana de la habitación. Una silenciosa y lenta lluvia de fuego, como si de las nubes cayeran cuadritos de papel higiénico en llamas. Al llegar al suelo, a las azoteas, a las copas de los árboles, a los automóviles estacionados, la lumbre se convertía en ceniza, en hojuelas frágiles, negras y temblorosas que se amontonaban en las banquetas como la basura de un desfile fantasmagórico. Indra contempló a través de la ventana ese espectáculo desolador. Lentamente la aurora se anunció tras los edificios de la ciudad.

Refugiado en Tlatelolco, 495 años atrás, Cuauhtémoc supo que la lluvia de fuego presagiaba el fin del Imperio. Indra, al verla desde la ventana, advirtió que era la señal esperada para ir al kilómetro cero y recorrer la senda del suicidio.

Guardó ropa y víveres en su mochila: latas de atún, una bolsa con manzanas, botellas de agua. Se lavó la cara y los dientes, consciente de que no lo volvería a hacer. Se calzó los zapatos y, antes de salir, recordó que había sido en una aurora como esa cuando Ixtab, sin darse cuenta de que sus pausados movimientos lo despertaron, se levantó de la cama que compartían y salió a hurtadillas del hotel donde se hospedaban en Zumpango.

Tenían una semana recorriendo los alrededores. Un viaje emocionante y triste porque sabían que era el último que harían juntos. Ella había vivido cerca de ahí; amaba esos paisajes suburbanos, la atmósfera indecisa entre ciudad, pueblo, campo, zona industrial y tiradero de basura. Cada tanto repetía que ahí se encontraba la verdadera belleza del mundo, y que la región —una de las más violentas, desiguales, corruptas y contaminadas del país— era el laboratorio del futuro. Indra la escuchaba y creía que sus palabras eran delirios de moribunda, pero callaba sus opiniones.

Le daba la razón en todo, intentaba animarla y hacía lo que le pedía. Cumplía sus deseos, incluso los que le hacían daño: compraba la comida que se le antojaba, bebía la misma cantidad de cerveza que ella consumía, aunque después le destrozara el corazón verla vomitar, porque para entonces cualquier cosa le hacía mal, a causa del cáncer que había vuelto a su cuerpo. Si decía que quería fornicar, y lo decía hasta ocho veces al día, sin importar que estuvieran en la calle, Indra la llevaba a algún lugar escondido y la penetraba ahí mismo, de pie, frente a una barda o un árbol. Sospechaba, sin embargo, que Ixtab no tenía verdadero deseo, sino que se lo pedía solo porque el tiempo se le agotaba. A él le costaba trabajo terminar y en ocasiones, mientras

hacían el amor, recargaba su rostro en la espalda de Ixtab para llorar en silencio.

Pese a las situaciones tristes, durante el viaje pudieron apreciar que esa región del Estado de México, en verano, tiene un encanto irreal, lleno de pliegues en el paisaje a través de los cuales puede vislumbrarse la fertilidad, la juventud de la tierra y de las poblaciones, la pureza milagrosa del viento frío. Es el tiempo de la tuna, de los esquites, del huilacoche, de los amaneceres húmedos, los charcos negros, las lluvias torrenciales que limpian el aire, los arcoíris.

Vieron, verdes y escurridos, los campos pautados por pirúcs de corteza escrofulosa, las nopaleras ásperas, la miseria gris y porosa de barrios hiperpoblados, la basura apilada en los cruces de caminos, los camiones que, raudos y ruidosos, escupen humo tóxico cuando pasan frente a supermercados transnacionales. Vieron gente caminando por el arcén de las carreteras. No pudieron distinguir si eran migrantes centroamericanos extrañados, peregrinos católicos que festejaban a su santo de cabecera o personas que regresaban a sus hogares después de una jornada laboral.

Recorrieron un día entero varios fraccionamientos suburbanos de casas idénticas, laberintos de interés social que tenían nombres como Galaxia Cuautitlán, Alborada, El Terremoto, Las Almenas, Las Estepas, Santa Elena. A veces, cuando iban de un lugar a otro, descendían de los camiones en mitad de carreteras vecinales y se internaban en las milpas, en esas tierras en las que basta escarbar un poco para encontrar ídolos prehispánicos de barro.

Visitaron los pueblos de Tultepec, con sus mercados de pirotecnia y sus historias de explosiones y catástrofes. En Melchor Ocampo comieron mole de olla con xoco-

nochtli agrio y dulce y dieron vueltas alrededor de un monumento llamado Centenario del Himno Nacional, un obelisco altísimo que tiene la forma de un elegante faro marítimo, como si ese lugar, en vez de encontrarse en la región norte del Estado de México, estuviera en un proceloso puerto de Nueva Inglaterra.

En el tianguis dominical de Cuautitlán, cuando bebían cerveza en un puesto ambulante abarrotado de adolescentes ebrios, Dios se les acercó, con su piel cubierta de cicatrices y tatuajes carcelarios, para convencerlos de que me compraran.

Ellos me vieron: una escultura de madera y aserrín apelmazado que era al mismo tiempo una pipa y un duende con dos caras. Observaron mi cabeza con su agujero para poner tabaco o marihuana. Se sorprendieron con mis dos narices huecas y largas que, como ustedes han comprobado, sirven para aspirar el humo. Calcularon mi estatura: 40 centímetros de alto. Desconcertados, tocaron mis seis brazos huesudos hechos de ramas rotas, aunque fueron mis cuatro ojos, caparazones de caracoles de jardín, lo que más los impresionó.

Con un tono casi imperativo, Dios insistió en que me compraran: yo costaba 80 pesos y era valioso porque él mismo me fabricó con sus manos, "unas manos que han empuñado navajas y robado, pero también, y eso es lo importante —dijo Dios—, son capaces de crear, de dar vida a seres como este duende que habla, que cuenta historias, que sabe todas las cosas del mundo, que tiene en su mente los libros que se han escrito y las palabras dichas aquí y en otros lugares".

—Pero para que el duende les hable —advirtió Dios—, deben ponerle mota en su cabeza y fumarla por sus dos narices.

Al final, aceptaron y pagaron mi precio. Dios les dijo, agradecido:

—¡Hido la banda, que Dios los bendiga.

Acto seguido desapareció entre los puestos del tianguis, como si tuviera un compromiso cósmico inaplazable al que ya iba con retraso.

El nombre que eligieron para mí fue Escargot, por mis ojos de caracol. Durante el resto de su viaje, me llevaron con ellos, como si yo fuera su hijo.

Juntos, visitamos varios pueblos cercanos. Por las tardes, regresábamos a Zumpango, a la plaza, al mercado, a la laguna a contemplar el atardecer, las lanchas y los patos. O nos refugiábamos en el hotel, donde Ixtab le pedía a Indra hacer el amor de nuevo, y donde yo los veía dormir, desnudos y abrazados, con la sombra de la muerte presidiendo su sueño, pues era evidente que sobre ambos se ceñía ya un cerco trágico del cual me hubiera gustado hablarles, quizá prevenirlos. No pude porque ninguno de los dos quiso fumar en mí, y yo solo hablo con quienes lo hacen, así que acerquen otra vez el fuego y aspiren el humo, si en verdad quieren escuchar el resto de esta historia.

XLIII

Después de contemplar la lluvia de fuego sobre la ciudad, Indra salió de su casa con rumbo al kilómetro cero, pero antes recordó que fue en una aurora como esa cuando Ixtab, sin darse cuenta de que lo había despertado, salió del hotel que compartían en el centro de Zumpango.

Indra la siguió en silencio, cuidándose de pasar desapercibido. A cierta distancia uno del otro, anduvieron los tres kilómetros que los separaban del túnel donde

desemboca el Gran Canal. Indra vio cómo la figura de ella, que en un principio era una silueta solo discernible al pasar bajo los faroles, se hizo más nítida.

Caminaron por la avenida Melchor Ocampo, solitaria y fragante por la lluvia de horas atrás. Una camioneta pasó a su lado y aceleró, quizá porque los hombres que iban dentro creyeron ver a un par de fantasmas. Justo donde la avenida comienza a curvarse para entroncar con la carretera México 35, Ixtab giró a la izquierda y se internó en un sendero flanqueado por matorrales, girasoles dormidos, montañitas de cascajo y zonas todavía oscurecidas, como si la noche se hubiera quedado enredada en las telarañas y las ramas.

Llegó a una alambrada que tenía un agujero a ras del suelo. Se enlodó las rodillas, las manos y rasgó su suéter para entrar a la Caja Colectora, la majestuosa construcción de estilo neoclásico que tiene, en la parte superior, una enorme plancha de mármol que dice: "DESAGÜE DEL VALLE". A la luz del amanecer, caminó por los pasillos ajedrezados, descendió por peldaños de cantera, subió al parapeto central, se mantuvo de pie un par de segundos y, como si hubiera practicado esa escena muchas veces, se dejó caer, bella y trágica, a la boca del túnel donde las aguas negras desaparecen con un rugido monstruoso y pestilente.

Indra atestiguó los hechos a unos pasos de distancia. Permaneció en el lugar varios minutos, quizá un par de horas. Ya era media mañana cuando regresó al hotel. Recogió sus cosas, incluyéndome a mí, y volvimos a la Ciudad de México, a este departamento donde ella y él habían vivido y en el que ahora, tras un año de abandono, ustedes, los nuevos inquilinos, me encontraron y se atrevieron a usarme.

APROPIACIONES

De la misma manera que el Gran Canal del Desagüe jamás oculta su origen múltiple y poluto, este libro desea mostrar las muchas voces que lo conforman. La mayoría de las veces han sido asimiladas y transformadas dentro la prosa. Sin embargo también hay fragmentos incorporados literalmente. En orden de aparición, la bibliografía de los fragmentos apropiados:

Soustelle, Jacques, *La vida cotidiana de los aztecas en vísperas de la Conquista*, Carlos Villegas (trad.), Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 2013, pp. 20 y 21.

Smithson, Robert, "El *Spiral Jetty*", en Eva Quintana Crellis (trad.), *Robert Smithson. Selección de escritos*, Ciudad de México, Alias, 2014, p. 162.

Mejía Madrid, Fabrizio, *Hombre al agua*, Ciudad de México, Punto de lectura, 2011, pp. 99-100, 102-103, 107.

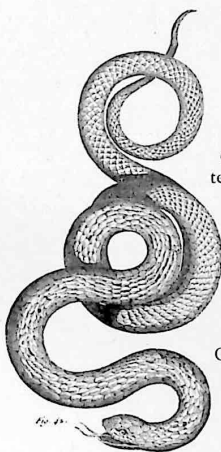
Ruiz Naufal, Víctor Manuel, "Los trabajos del ingeniero Adrian Boot en el Virreinato de la Nueva España", *Memorias e historias compartidas. Intercambios culturales, relaciones comerciales y diplomáticas entre México y los Países Bajos, siglos XVI-XX*, Ciudad de México, Universidad Iberoamericana, 2009, p. 88.

González Rodríguez, Sergio, *Campo de guerra*, Ciudad de México, Anágrama, 2014, p. 119.

- Balderas, Óscar, "Sobrevivir a lo imposible: mis 7 años como esclava sexual de Los Zetas y Cártel del Golfo", en *Vice News*, Ciudad de México, agosto de 2016, https://www.vice.com/es_latam/article/598z88/sobrevivir-imposible-mis-7-anos-esclava-sexual-zetas-cartel-golfo, consultado el 4 de septiembre de 2019.
- Sebald, W.G., *Austerlitz*, Miguel Sáenz (trad.), Barcelona, Anagrama, 2012, pp. 18-20, 121-122.
- Reyes, Alfonso, "Palinodia del polvo", *Ancorajes*, t. XXI de *Obras completas de Alfonso Reyes*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 2000, p. 61.
- Valek Valdés, Gloria, *Agua. Reflejo de un valle en el tiempo*, Ciudad de México, Dirección General de Divulgación de la Ciencia-Universidad Nacional Autónoma de México, 2000, p. 17.
- Legorreta, Jorge, *El agua y la Ciudad de México. De Tenochtitlan a la megalópolis del siglo XXI*, Ciudad de México, Universidad Autónoma Metropolitana Azcapotzalco, 2006, p. 115.
- Mosser, Federico, "Historia geológica de la Cuenca de México", *Memoria de las obras del Sistema de Drenaje Profundo del Distrito Federal*, t. I, Ciudad de México, Departamento del Distrito Federal, 1975, pp. 22-32.
- Tortolero Villaseñor, Alejandro, *El agua y su historia. México y sus desafíos hacia el siglo XXI*, Ciudad de México, Siglo XXI editores, 2000, p. 116.
- Smithson, Robert, "Un recorrido por los monumentos de Paissac, Nueva Jersey", en Eva Quintana Crelis (trad.), *Robert Smithson. Selección de escritos*, Ciudad de México, Alias, 2014, p. 92.
- Careri, Francesco, *Walkscapes. El andar como práctica estética*, Maurici Pla (trad.), Barcelona, Gustavo Gili, 2014, pp. 149 y 152.
- Cruz Villegas, Abraham, "Desolate Landscape", *Melanie*

- Smith. Parres, Verona, A&R Press / Turner / Galería OMR / Galerie Peter Kilchman, 2008, p. 25.
- Riva Palacio, Vicente *et al.*, *México a través de los siglos*, t. VIII, Ciudad de México, Editorial Cumbre, 1989, pp. 230 y 231.
- Magris, Claudio, *El Danubio*, Joaquín Jordá (trad.), Barcelona, Anagrama, 2010, p. 22.
- Peña, Christian, *Me llamo Hokusai*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 2014, p. 17.
- Padgett, Humberto, "Edomex: La guerra por Cuautitlán Izcalli", en *sinembargo.mx*, Ciudad de México, marzo de 2014, <http://www.sinembargo.mx/18-03-2014/934596>, consultado el 4 de septiembre de 2019.
- Brautigan, Richard, *El monstruo de Hawkline. Un western gótico*, Damiá Alou (trad.), Barcelona, Blackie Books, 2014, p. 76.
- Kafka, Franz, *El castillo*, Rafael Hernández Arias (trad.), Ciudad de México, Sexto Piso, 2015, pp. 127, 131, 133.
- Roura, Alma Lilia, "Códices Xólotl y Quinatzin", *Memoria de las obras del Sistema de Drenaje Profundo del Distrito Federal*, t. IV, Ciudad de México, Departamento del Distrito Federal, 1975, pp. 9, 11.
- Kafka, Franz, "Ante la ley", en Pablo Grosschmid (trad.), *Un médico rural y otros relatos pequeños*, Madrid, Impedimenta, 2014, p. 35.
- Berman, Marshall, *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*, Andrea Morales Vidal (trad.), Ciudad de México, Siglo XXI editores, 2013, pp. 46, 64-66.
- Beltrán, Rosa, "Mary Shelley", *El nacimiento del monstruo. Verano de 1816 en Villa Diodatti*, Ciudad de México, Dirección de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural-Universidad Nacional Autónoma de México, 2016, p. 63.

- Weinberg, Liliana, *Pensar el ensayo*, Ciudad de México, Siglo XXI editores / El Colegio de Sinaloa, 2007, p. 10.
- Perló Cohen, Manuel, *El paradigma porfiriano. Historia del Desagüe de México*, Ciudad de México, Instituto de Investigaciones Sociales-Universidad Nacional Autónoma de México / Miguel Ángel Porrúa, 1999, pp. 295-297.
- González y González, Luis, *Alba y ocaso del porfiriato*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 2010, p. 12.
- Owen, Albert K., *Obras*, Ciudad de México, Siglo XXI editores / Universidad de Occidente / El Ayuntamiento de Ahome / Difocur-Sinaloa / El Colegio de Sinaloa, 2003, pp. 226-229.
- Connolly, Priscilla, "Weetman Dickinson Pearson: el contratista de don Porfirio", en *Revista de la Universidad de México*, núm. 544, Ciudad de México, mayo de 1996, pp. 3 y 4, en http://www.revistadelauniversidad.unam.mx/ojs_rum/files/journals/1/articles/14361/public/14361-19759-1-PB.pdf, consultado el 4 de septiembre de 2019.
- Hiriart, Hugo, "Variaciones sobre el Gattamelata", *Disertación sobre las telarañas*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 1988, p. 41.
- Yáñez, Agustín, *Ojerosa y pintada. La vida en la Ciudad de México*, Ciudad de México, Joaquín Mortiz, 1975, pp. 109-117.
- De la Maza, Francisco, *Enrico Martínez, cosmógrafo e impresor de Nueva España*, Instituto de Investigaciones Bibliográficas-Universidad Nacional Autónoma de México, Ciudad de México, 1991, pp. 109-110, 125-126, 146.



**DESAGÜE DE
DIEGO RODRÍGUEZ
LANDEROS,**
con un tiraje
de 2000 ejemplares, se
terminó de imprimir en
noviembre de 2019
en los talleres Impresora
y Encuadernadora
Progreso S.A. de C.V.
(IEPSA), San Lorenzo
#244, col. Paraje San
Juan, Iztapalapa,
C.P. 09830, Ciudad
de México. Para
su composición se
utilizaron las tipografías
ITC Caslon y Kapra Neue.

“ASPIREN EL HUMO Y AGUARDEN. CON MIS DOS CARAS, CUATRO OJOS Y DOS BOCAS CONTARÉ ALGO.”

La Ciudad de México pudo tener el destino de ciudades pluviales como Venecia o Ámsterdam, pero cinco siglos de someter la planeación urbana al delirio y a la política le dieron a la capital mexicana su condición de monstruo sobre las aguas.

Desagüe es la suma de historias sobre esa ciudad secreta de cañerías, presas y drenajes que ha fungido de contrapunto a la historia visible de la megalópolis. Aunque también es la historia de Indra, un universitario en una enrucijada vital que parece desembocar en un vertedero acuoso.

Desagüe, de Diego Rodríguez Landeros, es una primera novela a la altura de su vocación totalizadora.

DIEGO RODRÍGUEZ LANDEROS

(Mazatlán, 1988) estudió letras hispánicas en la UNAM. Fue becario de la Fundación para las Letras Mexicanas y del Programa Jóvenes Creadores del Fonca. Textos suyos se han publicado en medios nacionales y en las antologías *Álbum rojo. Narrativa sinaloense de no ficción* (2018) y *Ciudades aprehendidas y otros apegos* (2019). Es autor de *El investigador perverso* (2014) y *Nadie es tan desvergonzado como desea* (2019).

ISBN 978-607-16-6534-8



9 786071 665348

www.tierraadentro.cultura.gob.mx
 @ProgramaCulturalTierraAdentro
 @TierraAdentro



CULTURA

SECRETARÍA DE CULTURA